



Chris Axcan

Más fuerte que su destino

Ámame ahora y siempre... I



Chris Axcan

The background of the entire cover is a photograph of a building facade, likely a church or cathedral, with arched windows and a central entrance. The image is dimly lit, with a warm, reddish-orange glow. The title is overlaid on the middle section of the image.

Más fuerte que su destino

Ámame ahora y siempre... I

The bottom section of the cover features a close-up, high-contrast image of a fiery explosion or fire, with bright orange and yellow flames and sparks.

TRILOGÍA
MÁS FUERTE QUE SU DESTINO

Libro I - Ámame ahora y siempre

≈

Chris Axcán

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

EPÍLOGO

“ El tiempo es demasiado lento para aquellos que esperan... demasiado rápido para aquellos que temen.... demasiado largo para aquellos que sufren.... demasiado corto para aquellos que celebran... pero para aquellos que aman, el tiempo es eterno ”

Henry Van Dyke

AGRADECIMIENTOS

Siempre me ha fascinado el poder viajar en el tiempo. Esta novela fluyó naturalmente, los personajes me guiaron a través del proceso de escritura y lo viví con ellos. Quiero agradecer por el apoyo recibido y la calurosa acogida con *Promesas Rotas*. Con esta trilogía, les llevo a mi mundo de fantasía y donde, por qué no, todo es posible.

Gracias a Loulou y Santi, (mis madres), mis hermanos por alentarme a continuar, a mis amigas del alma, Paloma, Ale, Nekane, Astrid, Isabel, Laura (L.G Fabían autora de Centinelas Nocturnas), y un especial agradecimiento a Mirella Diaz, que sin ella estaría perdida a la hora de corregir.

A ti Luisa Fernanda, sin tus consejos, tu paciencia y tu gran amistad, jamás habría podido cumplir mi sueño, gracias amiga.

Con todo mi cariño a chicas arcoíris.

Besos y abrazos, Chris Axcan.

CAPÍTULO 1

—Unidad dos. Aquí central urgencia. Prioridad uno en la mansión O’Connell. El paciente es un hombre mayor, con los síntomas de un ataque al corazón, pero con dificultad para respirar. Jefferson County oeste...

Mi padre puso el helicóptero en marcha y me preparé para el vuelo atando el cinturón de seguridad.

Vivo en Denver desde que me trasladé hace ya ocho años, y desde entonces no han hecho más que cotillearme del tenebroso señor Jefferson; un hombre sólo, amargado, asquerosamente rico, pero sólo al fin y al cabo. La gente comentaba que su esposa desapareció misteriosamente. Fue un escándalo en el pasado. Un compañero me contó que él la asesinó y escondió el cadáver para no ir a la cárcel.

-Ya casi estamos hija —me advirtió mi padre sobrevolando la ciudad.

Mi padre desde que se divorció de mi madre no volvió nunca a hablar de ella, dolido porque aún la quería. Ella se volvió a casar y yo volví con mi padre. A mis veinte nueve años de edad me sentía mal, nunca encajaba en ningún lado ni con mi madre ni con él. Por lo menos con él no hacía falta hablar mucho, al revés de mi madre.

Me llamo Alison Bennett, soltera, y trabajaba con mi padre, Paul. Él era conductor de helicóptero y yo médico. Aunque me mareaba la sangre y de verdad que todos se extrañaban de que eligiera esta profesión. Por alguna razón que desconozco supe que en un momento dado sabría el por qué...

Llegamos y mi padre maniobro para aterrizar en el jardín de la mansión. Apenas el helicóptero aterrizó me desate el cinturón y Salí a fuera agachando la cabeza. Me quedé helada al contemplar la casa. ¡Parecía un castillo!, con sus dos torres, una por cada lado. ¡Y todas esas ventanas! habían un montón y también el primer piso...

Por Dios, me puse a temblar, mi corazón se aceleró cuando vi la puerta de entrada.

De repente me vino algo a la cabeza: *"Te buscaré por la eternidad..."*

¿Un recuerdo? No, no lo creo.

Me quede ahí parada delante de esa puerta. Me era tan conocida, sin embargo nunca había estado aquí. Era como un *déjà vue*.

—Alison, vamos —indicó mi padre.

Volví a la realidad de repente y automáticamente cogí el maletín de primeros auxilios y entramos a la mansión.

Un mayordomo nos guió a través de los pasillos hasta el primer piso donde por fin

llegamos a una habitación que supuse, sería la del paciente. Todo estaba pasado de época, pertenecía al siglo pasado. Era como un museo, observé en silencio.

En la entrada me quedé helada. Me paré en seco. Las paredes de piedra antigua, los techos altos, hasta las cortinas de terciopelo en un color rojo vino me eran tan familiares.

—Por Dios —susurré. En ese instante mi padre se acercó a mí.

—¿Estás bien?

—Sí... Sí, claro. Vamos, *Noah* nos espera.

—¿Cómo sabes su nombre? —me preguntó mi padre perplejo.

—Lo sé, eso es todo —le contesté sin saberlo.

Me volví a poner en marcha. Mi corazón latía a mil por hora. Me acerqué a la cama. Era alta, de época y a baldaquines.

Ahí estaba el señor Jefferson recostado y se le oía respirar con dificultad.

—¿Señor? —le llamé—. Todo va a ir bien. Estamos aquí para ayudarle.

Traté de tranquilizarlo con mis palabras, que me tuviera confianza.

—¡Papá, oxígeno por favor!

Mientras mi padre se daba prisa en poner la mini botella de oxígeno en funcionamiento le tomé el pulso al paciente.

Se veía realmente mal. Su pulso era irregular, aunque fuerte.

—Aquí tienes.

Mi padre me dio la mascarilla, se la puse alrededor de la cabeza a mi paciente y la deposité con rapidez pero suavidad sobre su nariz y su boca.

—¡Aguja! —pedí a mi padre que me la dio en seguida.

Me dispuse a ponerle la intravenosa. ¡Haría todo para que no muriera! ¡No podía morir!

—Ve a por la unidad móvil. «Rápido» —le susurré.

Me miró extrañado, seguro se dio cuenta de mi nerviosismo, se fue corriendo.

—Señor Jefferson, ¿Me oye? Todo va a salir bien —volví a decirle. Tomé su mano, intentando que él supiera que no estaba solo.

Estaba muy delgado, la piel muy pálida, se le marcaban las venas a través del tejido.

Su cara llena de arrugas, su pelo todo blanco y despeinado. De repente un movimiento

leve llamó mi atención y me sobresalté. ¡Sus ojos estaban abiertos! Y me miraban fijamente. Eran verdes como el jade.

—¿Señor? No se preocupe... —no me dejó terminar. Se arrancó la mascarilla de oxígeno.
—No haga eso, es para ayudarlo a respirar —repliqué con dulzura.

—*Alison*. ¿Eres tú? —preguntó.

Me recorrió un frío inexplicable por la espalda. Esa voz, ¡Oh, Dios!, esa voz me era familiar.

Sentí que me iba a caer, pero no sé de dónde él sacó las fuerzas para sujetar mi mano.

—¿Me perdonarás algún día? —murmuró con esfuerzo.

Quedé perpleja, mirándolo, se perdía en sus recuerdos.

—Tranquilo. Señor, yo soy...

—Igual de hermosa que siempre —dijo en un suspiro.

Me miró con más intensidad, sus ojos se enfocaron.

—Mi Alison —murmuró con emoción.

Me sentía perdida. ¿Cómo sabía mi nombre?

—Señor, toda va a ir bien —le dije, en eso empezó a tener convulsiones, su cuerpo se retorció. —¡No, no, no! —emití un gemido ahogado.

Comencé la reanimación y el masaje cardiaco con lágrimas en los ojos.

—¡No te vayas! —Supliqué— ¡Noah! Por favor...

CAPÍTULO 2

¿Me perdonarás algún día...?

Esas palabras no paraban de dar vueltas en mi cabeza desde que dejé que se llevaran al señor Jefferson a reanimación.

Conseguí, que su corazón volviera a latir. No me separé de él hasta ahora.

Llevaba aproximadamente dos horas en la sala de espera del hospital. Sabía que en su estado era arriesgado hacerle una operación tan complicada. Había pocas probabilidades de que sobreviviese.

Me aferré el colgante que llevaba siempre conmigo con fuerza, por favor pedí en silencio *que no muera*.

—¿Doctora Bennett? —llamó la enfermera.

Trabajaba en el servicio de cardiología.

—Sí —me levanté de un salto, el corazón apretado en un puño.

—¿Qué hace aún aquí? —me preguntó sorprendida.

—Bueno, yo quería saber el estado del señor Jeffeson.

Enseguida desvió la mirada y me contestó:

—Tengo prisa, ya sabe cómo son esas cosas.

Y se fue alejando.

Otra vez me quedé sola.

—¿Familiares del señor Jefferson? —preguntó otra una enfermera diez minutos más tarde.

Seguramente era nueva nunca, nunca la había visto antes.

—Sí... Sí —contesté a duras penas y en voz baja.

—¿Usted es Alison?

—Sí, soy yo.

—Pase al cuarto a verlo. Ha despertado de la anestesia y solicita su presencia.

Me levanté del sillón, hasta ahora no me había dado cuenta de lo tensa que estaba, me dolía todo el cuerpo.

La enfermera me guió a una habitación en cuidados intensivos. Respiré hondo un par de veces y abrí la puerta acristalada palmo a palmo para no molestarlo.

Ahí estaba tendido en la cama todo lleno de tubos y agujas que salían por todos los lados.

Más pálido que esta mañana si era posible. ¡Parecía tan frágil! Un sentimiento de querer protegerlo me invadió. Tenía ganas de abrazarlo, de susúrrale que todo iría bien.

Me aproximé a él, parecía tan cansado.

—Alison... —me llamó. Estaba casi segura que dormía, me sorprendió.— Has venido.

Me entró entraron ganas de llorar.

—Sí —respondí con una emoción desconocida—. Aquí estoy.

Era de locos. No lo conocía de nada y me sentía tan atada a él. Era más fuerte que yo. No comprendía nada.

—¿Me llevarás a casa? —preguntó, esta vez abrió sus ojos de un verde profundo y vidrioso.

—Yo... Yo no soy su esposa, falleció hace muchos años señor Jefferson —dije en un susurro.

Hizo una breve negación con la cabeza.

—Sí, lo eres, aunque no lo sabes... —contradijo con cansancio.

Entonces levantó una mano y con un dedo acarició mi colgante.

Me miró con ternura y se le derramó una lágrima por la comisura de sus ojos.

Las lágrimas seguían por las arrugas de su cara para ir a morir más abajo de su barbilla. Me quedé hipnotizada, conteniendo el aliento. Un ruido hizo que girara a ver qué ocurría. El monitor de su corazón hacía un sonido de alarma.

¿Por qué la línea era tan plana?

No quería reaccionar. ¡No podía ser! Volví la cabeza hacia Noah. Estaba sonriendo, con los ojos cerrados y tan tranquilo de repente.

Automáticamente le cogí el pulso, aunque mi corazón me gritaba de dolor.

Se había ido para siempre...

CAPÍTULO 3

Hacía ya un mes que Noah Jefferson había fallecido.

Recuerdo fragmentos de una línea plana en un monitor, una lágrima correr por una mejilla arrugada y ahí ya nada. Negro total.

Desperté como una hora más tarde bajo la preocupación de mis colegas y fui acompañada a casa.

Subí a mi cuarto, me quité la ropa de trabajo. Mi blusa blanca toda arrugada, mis pantalones y mi camiseta y la ropa interior y lo tiré todo al suelo, me enrollé en una toalla y me fui corriendo al baño.

Cuando me examiné en el espejo y vi la imagen que me devolvió me asustó. Parecía fuera de mí.

Me metí a la ducha y sentí como poco a poco el agua caliente relajaba mis músculos aun doloridos. Me vino a la cabeza unos ojos de color verdes, una mirada que me hizo temblar de anhelo.

Me dejé caer al suelo de la ducha, apretando mis piernas, rodeándolos con mis brazos.

No me di cuenta de que lloraba, fue como si el mundo se acaba para mi, ¡era de locos, por Dios!

Me dejé llevar por mi llanto. No sé cuánto tiempo estuve ahí sentada. Algo estaba mal y tenía que descubrirlo.

Y ahora qué había pasado mes, no me sentía mejor. Estaba desanimada y apenada.

—¿Alison? —llamó mi padre— ¿Bajas a desayunar?

—Ya voy, papá.

Acabé de vestirme. Hoy no trabajaba. Tocaba limpiar la casa. Aunque no me sentía con ánimo de más, la verdad. Me puse un chándal de un gris pasado desvaído y bajé a la cocina.

—Buenos días, papá. ¿Estás leyendo el periódico?

—Sí.

Y regresó a su lectura. Mi padre, como siempre, hombre de pocas palabras. Me serví café y me hice un par de tostadas con miel, luego me senté frente a él.

—Alison, no piensas salir hoy?

—No —respondí distraídamente y seguí comiendo.

Hizo ruido al pasar las páginas.

—¿Sabes? Van a organizar una subasta benéfica esta tarde.

—Ah, qué bien, un sitio lleno de polvo y cosas viejas —refuté.

—A mí me hubiera gustado ir, pero tengo guardia en el trabajo hoy.

Le miré sin comprender

—Bueno, otra vez será, papá, habrá otras.

—No, no lo creo. Esa subasta es de todas las pertenencias que había dentro de la mansión Jefferson.

Casi me estrangulo con la tostada y me entró un ataque de tos. Tosí varias veces, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó mi padre alarmado al verme roja.

—Sí. Sí —repliqué, aun nerviosa de la noticia.

Tenía que ir a esa subasta, estaba segura que ahí estaban las respuestas que buscaba.

Más tarde, cuando mi padre se fue, llamé a Dan para preguntarle si me acompañaba y él feliz me dijo que pasaría a por mí en un rato. Era Cheyenne, habíamos salido un tiempo en el pasado.

Corrí a mi habitación y me cambié de ropa. Me puse una falda larga hasta los tobillos de algodón azul, era ancha y fresca, y escogí una camisa de manga corta blanca con cuello en uve. Mis zapatillas deportivas blancas para ir a juego y corrí al cuarto de baño, me miré al espejo, ¿qué iba a hacer con ese pelo?

Por Dios, igual de rebelde que siempre. Lo cepillé con fuerza y lo dejé caer libremente por mi espalda. No me puse maquillaje ya que era batalla perdida. Me cepillé los dientes y en ese momento oí el claxon del coche de Dan.

Bajé corriendo para encontrarme con él en la entrada. Me miró y me dijo sonriendo:

—Estás radiante hoy.

—Gracias —contesté. Empuñé mi bolso de piel marrón de bandolera y me lo puse—. ¿Nos vamos? —pregunté ansiosa.

—Sí, claro ¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿Por qué? —inquirí, mirándole a los ojos.

—No, por nada —repuso dirigiéndose al coche, para ir rumbo a la mansión Jefferson, allí se daba la subasta.

Estaba impaciente.

Llegamos a la mansión, estacionamos el coche y me bajé, consciente de que a cada paso que daba me acercaba más a algo inexplicable. Me sentía como atraída.

En la entrada de la casa había un grupo de personas con un guía. Iban a realizar como una especie de visita, nos unimos a ellos.

Empezamos la visita por la inmensa cocina, seguido por la cochera. Había toda una colección de coches antiguos. Dan se dirigió a verlos más de cerca. El guía explicaba que al señor Noah Jefferson le encantaba los coches de lujo y esa era una de sus pasiones. Seguimos con el grupo hasta dentro de un salón enorme, era como una sala de fiestas, ahí habían puesto la mayoría de los objetos para sacar a la subasta.

Me entró vértigo y me agarré a una silla cercana. Fragmentos de conversaciones me venían a la cabeza. Susurros. Un jarrón que se rompía. Caras que ni si quiera conocía. Discusiones. Palabras de amor. Era como recuerdos, pero nada que yo hubiera vivido, estaba segura.

Mi corazón martilleaba en mi pecho, ¿qué es lo que me estaba ocurriendo?

Tenía que descubrir lo que pasaba. El guía dirigió al grupo hasta los cuadros y retratos.

—¡Por fin vamos a ver a su esposa —decía una mujer, muy emocionada.

—Seguro que fue el amante quien la mató —indicaba otra.

—Pues yo creo que se fugó con él —comentó un tercero.

—No constato nada de eso, señoras. ¡Por favor, un poco de respeto! —les replicó el guía con enfado. Luego explicó con más calma: —Este famoso retrato pintado a mano es el último que fue echó de la señora Eleonor Jefferson. La noche que desapareció, buscándola hasta unos pasadizos secretos detrás de la chimenea, se encontró el cuadro y el colgante tirado por el suelo.

Me acerqué a ellos, que ponían todos caras de sorpresa mirando el cuadro y el guía no paraba echar miradas entre el cuadro y yo.

Dan que estaba a mi lado se aproximó primero y se sorprendió.

—¡Alison, ella es idéntica a ti!

Me acerqué, me empezaron a sudar las manos y ahí estaba ella sentada en un sillón antiguo. Quedé congelada, pasmada, mejor dicho y tuve la impresión de verme en un espejo. ¡Era increíblemente parecida a mi! Los ojos grandes del mismo color marrón, el pelo también tenía el mismo color caoba, sólo que más ondulado y recogido en un lado que hacía que cayera en cascada de bucles sobre su hombro. Llevaba un vestido de época eduardiana, de un color rojo rubí con pedrería incrusta. En ese momento percibí una

mano apoyada posesivamente en su otro hombro. Seguí con mi mirada esa mano para subir más arriba del sillón, y allí detrás había sin lugar a duda una visión espectacular.

Contuve la respiración cuando me encontré con el señor Noah de joven. Tendría como unos treinta años más o menos. Era alto, guapo, con cabello castaños con reflejos fuego. El pintor había hecho un trabajo magnifico, parecía que estuviesen vivos. Recorrí con la mirada el rostro perfecto de mi paciente, sus rasgos tan jóvenes me impactaron. Su expresión era seria y refinada y cuando por fin me encontré con su mirada, esos ojos verdes tan profundos, tan hipnóticos, tan bellos... me entraron unas ganas enormes de acercarme y alcanzarle. Como si fuese real.

Me giré para ver donde estaban todos y me di cuenta de que ya no había nadie ahí, sólo Dan, pero él estaba distraído por una vieja colección de discos de vinilo. Entonces, salté la cinta donde había pegado un cartel que decía «*no tocar*».

Me daba igual. Estaba tan atraída al cuadro que no podía resistirme. Era como un imán. Me acerqué y algo centelló; me hizo detenerme y mirar más detenidamente el cuello de Eleonor.

—¡Ese es mi colgante! —exclamé aturdida.

Me cubrí la boca con una mano para ahogar un grito adicional de sorpresa.

—Pero no puede ser —dije en un susurro para mí.

Me aproximé indecisa. Estaba a punto de tocarlo. Era igual que el mío, en forma irregular y sostenido por un filamento de oro entrelazado. Mi colgante colgaba de una cadena a juego y el de Eleonor de una fina cinta de terciopelo negra.

Instintivamente me llevé una mano al cuello para ver si seguía allí. Claro que si estaba y volví a oír a lo lejos voces otra vez, discusiones, no me aguanté más y toqué el colgante del cuadro.

Una luz cegadora llenó toda la sala de fiesta, borrando todo lo que ahí estaba. Todo menos la sonrisa de suficiencia de Eleonor.

Escuché a Dan llamándome, su voz sonaba distendida.

Un trueno estalló muy fuerte haciéndome cerrar los ojos asustada, me sobresalte violentamente. ¿Acaso había tormenta?

Otro trueno repiqueteó mucho más fuerte que el anterior y me cubrí las orejas con las manos. ¡Parecía que estaba dentro de mi cabeza!

—¡Basta, basta! —grité aterrorizada.

Me tambalee y alargue las manos en busca de algo a lo que aferrarme, todo se sacudía y algo chocó en mi cabeza haciéndome perder el conocimiento.

CAPÍTULO 4

Estaba todo muy oscuro cuando reabrí los ojos, recuerdo el trueno, las voces, los gritos de Dan y luego nada.

Percibí algo pegajoso y caliente deslizarse por mi mejilla. Por el olor a sal y óxido probablemente era sangre.

Respiré hondo y solté el aire por la boca. Intenté moverme, pero no podía.

Me puse a temblar, las lágrimas empezaron a desbordarse de mis ojos.

Seguía sin poder moverme pero gracias a una suave luz que percibí, observe que estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada contra una pared. Pero ¿dónde estaba? Había muchos trastos viejos, muebles, muy parecidos a los del siglo pasado, telarañas en todos los rincones. Era como un cuarto trastero y a mi izquierda había un pasillo muy diminuto, de esos que tienes que acachar la cabeza para pasar, el cual tenía un espejo viejo de esos que tienen marco de madera hecho a mano apoyado en la pared. ¿Cómo había llegado aquí? No recordaba nada, estaba frustrada.

Escuché pasos que provenían por el pasillo más abajo, con suerte me encontrarían, me sentía feliz, en el reflejo del espejo vi a dos siluetas acercarse.

Un hombre de mediana estatura, no le veía bien, estaba de espalda a mí y a su lado una mujer con un vestido rojo granate, me concentré en ver su cara y abrí la boca con sorpresa.

¡Por Dios bendito! Pensé aturdida. ¿Es Eleonor?

El mismo cabello, los mismos ojos.

Sonreía coquetamente al hombre que tenía al lado, ¿quién era él? No podía verle, sólo el pelo, que lo tenía todo grasiento, mal cortado y negro.

Me quede ahí mirando con la boca abierta, no sabía si reírme o llorar. ¿Acaso había viajado al pasado? ¿Cómo podía ser eso posible? Un chillido de Eleonor me hizo salir de mis pensamientos.

—¡Suéltame! —le gritó al hombre que la había cogido por las muñecas.

El hombre la acercó a él con gestos bruscos.

—¡Siempre serás mía! —le respondió con furia, por el tono de su voz se notaba muy enojado.

—Que me sueltes, canalla —Eleonor se debatía— ¡Nunca, nunca dejaré a mi marido! ¿Me oyes? ¡Lo amo!

El hombre enfurecido la estaba estrangulando, se veía en el rostro de la mujer el miedo reflejado, el horror, yo no podía gritar algo me lo impedía. Estaba sin voz.

Apretaba más y más su cuello tan delicado. Eleonor luchaba, pero no tenía nada que hacer contra él. Era muy fuerte.

«¡Lucha, lucha!» grité interiormente, ojala pudiera oírme.

Entonces la mirada de Eleonor y la mía se encontraron por unos instantes. Se quedó sorprendida, me miró fijamente, su mirada impresionada. Poco a poco dejaba de combatir, ya casi sin fuerza. Me di cuenta que podía mover un brazo, luego otro.

Conforme el cuerpo de Eleonor dejaba de moverse el mío recuperó toda la fuerza y me levanté si hacer ruido a esconderme atrás de unas cajas apiladas. Seguía mirando por el espejo como el hombre soltaba a Eleonor para dejarla caer sin escrúpulo al suelo.

Qué podía hacer yo, tenía miedo de que me descubriera y me matara a mí también.

El hombre se acuclillo delante de su víctima y le aplastó los labios con un beso furioso. ¡Dios, que monstruo!

—Volveré a por ti —señaló el hombre. En eso arrancó el colgante del cuello de Eleonor, en apenas un segundo vi una marca de nacimiento en el antebrazo izquierdo del asesino.

No lo iba a olvidar.

—¿Eleonor? —gritó a lo lejos una voz de mujer —¿Dónde estás?

El hombre se sobresaltó, gruñó y salió corriendo en dirección opuesta. Cuando estuve segura que ya no había peligro salí de mi escondite, agache la cabeza para pasar por el pasillo y me acerqué a ella. Temblaba por dentro, automáticamente fui a cogerle el pulso. Nada ya se sentía. Miré a la cara a Eleonor, a su cuello con marcas moradas. Tenía que buscar ayuda, me levanté y caminé por el mismo sitio por dónde provino la voz.

Me sentía mal, aturdida. Me llevé una mano a la cabeza, ya no salía sangre, pero noté una buena brecha abierta, necesitaré puntos. Seguí caminando y una mano salida de la nada me atrapó del brazo.

—¡Ah! —grité, espantada

—Eleonor, que soy yo ¿qué te pasa? ¿Dónde estabas? —me preguntó una mujer, giré a verla.

Aquí estaba una mujer no muy alta con pelo corto y negro y con ojos de un color oscuro también. Traía puesto una falda larga hasta abajo de un color amarillo pálido y una blusa del mismo color. Me miraba con curiosidad, de arriba a abajo.

—Pero, ¿qué llevas puesto? —se indignó ella.

No supe qué contestarle. No sabía ni quién era. Me confundía con Eleonor.

—¿Dónde está el vestido que te regalé? ¡Por Dios, estás llena de sangre! ¿Qué ha pasado querida?

—Yo... Yo no sé, yo no soy... —iba a decirle que no era ella cuando nos interrumpieron.

—¿Ann? ¿Amor, dónde estás?

—Ya me contarás más tarde. Vamos, nos buscan, y hay que curarte esa herida.

Me arrastró por una puerta diminuta que daba paso a una espectacular biblioteca, ¿cómo? Pero, ¿dónde estamos? Me di la vuelta y vi una chimenea con un falso fondo. Me recordó lo que dijo el guía.

«La noche que desapareció la señora, buscándola hasta unos pasadizos secretos, se encontró el cuadro y el colgante tirado por el suelo».

Ann me soltó y se fue corriendo hasta un hombre rubio y con ojos azules, y se tiró a su cuello para darle un sonoro beso en los labios. Desvié la mirada sintiendo mucho ser testigo de un momento tan privado.

—Hay que llamar a mi hermano —le dijo Ann al que suponía era su pareja —¡Eleonor está herida!

Él me echo una mirada extraña y en eso se abrió una puerta grande, todos nos volvimos a ver quién se acercaba. Cinco personas; dos mujeres y tres hombres, todos vestían de época. «¿Acaso había una fiesta de disfraces?» me pregunté confundida. Llevaban ropas del siglo pasado, o eso me parecía a mí.

Una de las mujeres que tendría sobre mi misma edad tenía una mirada dulce de color ámbar y pelo de un castaño claro recogido en un moño muy complicado a mi gusto. A su lado un hombre que la cogía por el brazo, alto, rubio oscuro y con ojos marrones, tendrían la misma edad. La otra pareja parecían salidos de una revista de moda.

Ella muy alta, pelo de un rubio platino, ojos azules muy claros, parecía una Barbie con ese cuerpo tan espectacular. Su pareja, a juzgar por cómo se miraban, tenía el cabello oscuro, corto y rizado, ojos azules marinos, muy musculoso, tenía una cara muy expresiva, como los de los niños pequeños.

A dos pasos de ellos había un hombre delgaducho de piel oscura, africano o algo así, que vestía como un criado.

Se acercaron a nosotros con paso ligero.

—¿Eleonor, qué a pasado? ¿Estás bien? ¿Te sientes mal? —me preguntó la mujer con la mirada dulce, pero llena de preocupación.

Todos me miraban no supe que contestarle.

—Essien —llamó la mujer el que suponía yo el criado y vino a ella.

—¿Si, señora Jefferson? —contestó éste.

—Busca a mi hijo y tráelo —indicó la señora.

El criado salió casi corriendo. El hombre a su lado se acercó a mí y no escuché lo que decía. ¿Dijo *Jefferson*? Me quedé helada, mirando a todos con cara de poker. Entonces ¿no era un sueño? me pregunté, él está aquí... Imposible. ¿Dónde estaba yo? Tan abstraída estaba que no me di cuenta de una presencia a mi espalda, hasta que sentí un aliento erizarme la piel del cuello.

—¿Ya te cansaste de tu amante? —preguntó una voz detrás de mí.

Me di la vuelta sobresaltada y di un grito, ahí estaba él. El mismo hombre del cuadro, pero ese de carne y hueso, esa mirada tan verde, tan hermosa, casi me derrito ahí mismo, me temblaban las rodillas. Me quede sin habla, paralizada por el asombro.

Me miraba con furia y desprecio. Yo con asombro y confusión.

Mi corazón se aceleró, no podía creer que estaba vivo.

CAPÍTULO 5

Me despertó la luz del sol que inundaba la habitación. Abrí mis ojos lentamente, miré a mi alrededor desorientada. Era una gran habitación con techo alto y paredes de papel pintado con motivos florales dibujadas en tonos pastel. Un armario de cuatro puertas de madera blanca, un escritorio con silla a juego y un tocador con un espejo estaba en otro rincón. A cada extremo de esta había dos grandes ventanales con cortinas de terciopelo marón claro.

Esta definitivamente no era mía. Me moví para levantarme pero un dolor agudo en la cabeza me hizo cambiar de idea. Y todos los recuerdos del día anterior me vinieron a la cabeza de golpe.

El cuadro, el verme tocar el colgante, la luz cegadora, el ver morir a Eleonor.

Y el más bello recuerdo, haber visto en persona a Noah. Mi corazón empezó a acelerarse.

Era tan guapo, con esos ojos tan verdes como el jade, su cabello rojizo me hizo sonreír.

¡Y yo que lo conocí de mayor y con pelo blanco!

No sabía cómo había llegado hasta esta época y el por qué.

Tampoco sabía si volvería a la mía pero de algo estaba segura, encontraría al que mató a Eleonor para que se hiciera justicia.

En ese momento oí que tocaban a la puerta.

—Adelante —dije.

Me senté en la cama y en la puerta vi a Ann.

—Por fin estás despierta.

—Sí, así es.

Se acercó a mi cama casi corriendo, dio un salto para subirse a la cama y me abrazó.

Le correspondí.

—¿Qué pasó anoche? —me preguntó ella con cara seria al echarse para atrás.

Yo no sabía qué o cómo decirle quien era y lo que me pasó en verdad.

—No me va a creer.

—Cuando tú te derrumbaste ayer al ver a mi hermano te llevamos a tu cuarto. Te limpié y te puse ropa de noche. Mi padre, tu curó la herida —contó ella—. Me quedé junto a ti toda la noche, tuviste fiebre alta.

Me llevé la mano a la cabeza, estaba vendada, me di cuenta que llevaba puesto un camisón de color blanco de seda, demasiado pequeño para mí.

—Pero tranquila, ya estás bien —continúo Ann— Es de Ashley.

Me la quedé mirando con gratitud, y me preguntaba quién era esa tal Ashley.

—Es que cuando vi a Noah me sorprendí mucho, no me esperaba verlo ahí. Eso es todo.

Ann hizo un puchero y me miró como si fuera a llorar.

—¿Por qué no me quieres decir la verdad, Alison? ¿Porque te sorprendiste al ver a mi hermano *vivo*?

¿Qué? ¿Me llamó Alison? ¿Y sabía lo de su hermano?

Ahugué un grito, me la quedé mirando boquiabierta. Ella también me miró, pero con una mirada de saberlo todo o casi.

—¿Tú lo sabes todo? Pero ¿cómo?

—Bien, primero, déjame presentarme como es debido. Me llamo Ann Sheffield, el hombre guapo que me vistes besar ayer es mi marido Jeffrey. Soy hermana adoptiva de Noah. Soy también vidente, veo el futuro Alison —me explicó con una sonrisa—. Sabía que vendrías, te estaba esperando.

—Entonces, ¿estaba escrito que tenía que venir a aquí?

—Bueno, algo así, ¿sabes que hablas en sueños? —me dijo riendo.

Me entró vergüenza.

—Sí, lo sé —me ruboricé— ¿Qué? ¿Qué dije?

—¡Casi lo cuentas todo! Y Noah estuvo aquí gran parte de la noche velando tu sueño.

—¡Dios mío, Ann! ¿Conté algo de Eleonor? —pregunté con miedo.

Mi corazón latía al frenesí.

—Si —respondió bajando la mirada entristecida.— Toda esa parte la contaste, entera entre balbuceos. Noah salió corriendo de aquí como un loco. Thomas, mi otro hermano, y Jeffrey lo acompañaron a los pasadizos a buscarla. Aun no sabemos nada.

Me puse a llorar. Ann que se dio cuenta enseguida, me rodeó con sus brazos.

—Lo siento tanto —murmuré gimiendo— ¡No llegué a tiempo de salvarla!

—Oh, Alison, no llores, eso nadie podría haberlo cambiado —me dijo ella, abrazándome más fuerte— Ni yo lo vi venir. Tienes que contarme todo lo del futuro. Dime ¿dónde

encontraste ese colgante?

Me llevé una mano protectora a mi cuello. Ahí seguía, menos mal.

—Fue muy extraño, la verdad.

Recordando aquel día como si hubiera fuera ayer. Se lo relaté.

«Un día mi padre me llevó a un anticuario, porque quería darme un regalo de bienvenida. Me dijo que era por todos esos cumpleaños que se perdió. Sabía que no me gustaban los regalos, aun así no pude negarme.

Entramos a una tienda diminuta pero muy acogedora, tenía miles de objetos de toda clase. Parecía la caverna de Ali Baba.

Sombreros de todas las épocas, relojes de cuco, vestidos antiguos, recuerdos de toda una vida. Nos acercamos al mostrador donde nos esperaba una señora mayor bajita con pelo negro con canas y ojos negros. Le preguntó mi padre a la señora por las joyas antiguas, enseguida sacó un joyero de debajo del mostrador, lo abrió con manos temblorosas, rebuscó entre anillos, brazaletes y relojes de bolsillo hasta encontrar lo que buscaba.

—¡Aquí esta! —exclamó con alegría la señora, sacando una pequeña bolsa negra.

Extrajo de ella un colgante que realmente era hermoso.

Sentí algo cuando lo vi y lo cogí en mis manos, por primera vez no sabía describirlo. Era como si fuese echó para mí.

—Ese colgante, le quedará muy bien —parlamentó la señora.

—Si — estaba de acuerdo. — Es muy bonito. Se ve antiguo, como a mí me gusta.

—Entonces es para ti, hija —mi padre estaba feliz de acertar con el regalo.

Lo miré con agradecimiento

—¡Gracias papá, me encanta!

La señora se puso a reír, la miré, ¿qué tenía tanta gracia?

—Perdónenme —nos contestó la señora — Por favor, cuida mucho de él, era de mi cuñada, tiene un valor muy sentimental para mí.

—¡Oh!—exclamé— Pero, ¿no quiere conservarlo?

—No, está hecho para usted señorita, lo supe en cuando la vi entrar.»

Me quedé mirando a Ann por un segundo, ella me sonreía con conocimiento.

—¿Eras tú?

CAPÍTULO 6

—¡Eras tú la de la tienda!

—¡Sí! Lo sabía —estaba encantada—. Siempre supe que algún día tendría mi propia tienda —continuó, con un brillo nuevo en la mirada.

—Esto es demasiado raro. Mi padre me dijo que mi Noah del futuro al morir no tenía familia.

—Bueno, puede que no legalmente, pero todo pasa por alguna razón, ya ves, estaba ahí por algo, tenía que entregarte el colgante.

En ese momento mi estomago hizo un ruido que me avergonzó.

—Oh, Alison, lo siento, debes tener mucha hambre. Con todas mis preguntas se me olvidó que vienes de muy lejos.

—Bueno, a unos setenta años de distancia más o menos —repliqué con broma.

Ann sonrió y se levantó de la cama y fue directo al armario. La miré como se agitaba, rebuscando por toda la ropa. Finalmente encontró lo que buscaba y me lo enseñó. Una falda larga hasta los pies o casi, de color azul noche y una blusa blanca de manga de tres cuartos.

—Te va quedar muy bien ese color, ya verás. Primero, date un baño, el agua está lista.

Me señaló una puerta atrás que no había visto antes.

Volví con ella quince minutos más tarde vestida y aseada.

—Vamos, te acompaño a la cocina.

La seguí por los pasillos, esta casa era enorme con todas esas habitaciones. Bajamos por una escalera de servicio hasta llegar a una cocina muy grande y muy antigua, la misma que había visitado el día anterior pero con algunas cosas diferentes. Había una mesa de madera al medio y unos fogones a la izquierda. Una hilera de cacerolas se alineaba en la pared, eran de cobre.

Y olía muy bien, como a pan recién hecho.

Ann me hizo sentarme a la mesa, en ese momento entró la mujer que vi anoche con mirada dulce.

—Margaret, te presento a Alison —nos presentó Ann.

Ésta me miró con gentileza, pero con un poco de desasosiego.

—Alison, ella es mi madre adoptiva —le di una sonrisa tímida.

—Hola, sé bienvenida.

—Gracias, tiene una casa hermosa, señora Jefferson —comenté, ella sonrió con disimulo

—Llámame Margaret, por favor.

Me dio un vaso de leche que bebí casi de un trago y dispuso una bandeja de fruta variada delante de mí, tomé una manzana y empecé a comerla. Estaba famélica.

Las tropecientas preguntas del como llegué hasta aquí me daban vueltas en la cabeza. Comí pensando en eso, distraída hasta que escuché como unos caballos se acercaban a toda velocidad. La puerta que daba al patio estaba medio abierta.

Nos levantamos las tres a la vez y salimos a fuera.

Ahí estaba Noah, Thomas y Jefferson. Bajaron de los caballos y se nos acercaron.

Se les veía cansados.

—¿Qué? —Preguntó Margaret con desesperación en la voz—. ¿La han encontrado?

—Si —fue Noah quien respondió con sequedad—. Avisa a padre que disponga todo para el funeral.

Nuestras miradas se encontraron y mi corazón tartamudeó.

Sentí un escalofrío bajar por mi columna.

—Lo siento mucho de verdad —expresé mis condolencias con desolación.

Desvió la mirada y entro a la casa. Me sentía mal por él, perder así a su mujer. Era horrible.

Pero algo no me cuadraba, en el futuro a Eleonor no la encontraban nunca. ¿Habría cambiando la historia sin querer?

—Alison, ve tras él —me susurró al oído Ann, la miré con duda—. Confía en mí. Está en la biblioteca, al fondo, última puerta a la derecha.

Entré y fui caminado por donde me indicó, abrí la puerta y ahí estaba él de cara a la chimenea, mirando al fuego. Me acerqué a él y se giró al oirme.

Tenía una mirada tan triste, sus ojos reflejaban tanto dolor que me mordí el labio inferior. Me miró como si viera un fantasma. Retrocedió un paso para luego acercarse a mí, no me dio tiempo a reaccionar, me sujetó la nuca con una mano y alzó mi barbilla con la otra y me besó. Me paralicé.

Era un beso lleno de rabia y de furia, aun así sentí electricidad pasar entre nosotros, casi me deja sin aire.

«¿*A quién besaba?*» me pregunté.

Me deshice de su agarre como pude, sabía que me arrepentiría pero cerré mi puño bien fuerte, cogí impulso y le pegué en todo el mentón.

CAPÍTULO 7

Sentí crujir algo, gemí de dolor y me lleve la mano al pecho. Dolía mucho, pero me arrepentí en el acto de lo que le hice a él. Miré a Noah con arrepentimiento.

—¡Oh, lo siento mucho!

Me miró confundido y sorprendido frotándose el mentón, donde ya se le veía como cambiaba de color y se oscurecía.

—No lo sientas, no tenía derecho, me lo merecía. Soy yo quien te pide disculpas, por un momento pensé que eras ella... —esta vez él inclinó la cabeza.

Iba a acercarse a mí cuando oímos una voz detrás nuestro preguntando.

—¿Qué pasa aquí?

—Nada —respondió Noah—. Padre, te presento a Alison. Me hizo un gesto con la mano señalándome al hombre—. Es mi padre, Cedric Jefferson.

Recordé lo que me dijo Ann.

—Doctor, encantada de conocerlo, gracias por curarme la herida.

Lo miré agradecida, él me contestó:

—De nada, pero llámame Cedric y dejemos para el resto del mundo las etiquetas y formalismo. He de revistarte la herida.

En ese instante entraron el resto de la familia. Thomas se acercó a Noah.

—¿Qué te pasó? ¿Quién te pegó? —preguntó, muerto de una fingida curiosidad.

—Bien hecho, Alison —exclamó Ann. Todos la miraron incrédulos, luego me miraron a mí. Era vidente recordé.

Me sonrojé violentamente. Agaché la cabeza y en eso Thomas literalmente explotó de una risa contagiosa, todos nos unimos él, aunque algunas risas eran tensas debido a la tragedia de Eleonor, supuse yo. Noah permaneció en silencio, él me miraba a mí con sus ojos de jade impenetrables, parecía que intentaba leer en mí, le veía tan desolado y abatido. Desvié la mirada, incapaz de aguantar la suya.

—Bueno, ya basta. Alison, ven conmigo al consultorio —me comentó el doctor Jefferson—, de paso te examinaré también la mano.

Asentí con timidez mientras seguía apretando la mano contra mi pecho.

—Luego reunión familiar en el salón —continuó diciendo el cabeza de familia—. Tú también tienes que asistir, Alison.

Asentí con la cabeza y le seguí. Su consultorio estaba a dos puertas antes de llegar a la biblioteca. Entramos y me llevó hasta una cama de blancas sabanas, me hizo sentarme en ella. Acercó una mesita de hierro con ruedas, con todo tipo de instrumentos.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, adelante —cogió unas tijeras y comenzó a cortar la venda.

—¿Puede contarme algo de ella? —me miró parpadeando por un instante y siguió a lo suyo—. Es que me siento tan conectada a ella, me gustaría saber más de su vida, entender lo que pasó —justifiqué.

—Bueno, es comprensible. Noah es mi hijo adoptado. Sus padres eran pacientes míos, murieron de viruela hace unos años, no pude salvarlos. Eran mucho más que eso, eran como de la familia. Un año antes de morir redactaron un testamento para prometer que su hijo contrajera matrimonio con Eleonor, que era sobrina de una tía lejana demasiada mayor por hacerse cargo de esta. Eleonor no dudo en casarse ya que ansiaba su libertad, era eso o ir al convento.

—¿Pero, por qué le obligaron? —pregunté, sorprendida por la información.

—Pues, verás, no sé cómo es de donde provienes, —hizo énfasis en la palabra— pero aquí un matrimonio de conveniencia es muy corriente. Sus padres miraron por el futuro de su hijo, ya que Eleonor era una rica heredera.

—Oh, ya veo.

—Cuando murieron los padres de Noah, él aun no había cumplido la mayoría de edad, y lo acogí.

Que gesto tan noble, pensé.

—El cumplió la voluntad de sus padres y se casó, pero todo fue un gran error. Una esposa demasiado tiempo sola en casa, Noah que viajaba a través del mundo en busca de sí mismo. Ella era joven, caprichosa, y empezó a ir a fiestas. Era muy hermosa pero muy inocente, tenía a todos los hombres a sus pies, dándole todo lo que ella quería. Collares de diamante, brazales de perlas, anillos, abrigos de pieles... Se fueron alejando poco a poco el uno del otro. Hasta hace poco.

En ese momento me vino a la cabeza como un recuerdo, Noah gritando, cogiendo un jarrón para estamparlo contra la pared, sacudí la cabeza para que se me pasase, me di cuenta que Cedric me observaba, le devolví la mirada, animándolo a seguir.

—Un día llegó a casa antes de la fecha prevista. Buscó a su esposa, para encontrarla coqueteando con un hombre en el jardín, medio escondidos a medio vestir. Se volvió loco, lleno de celos y echó a patadas al intruso. Le dio a elegir entre él o el otro, ya que sí que la quería, y se dio cuenta que él tenía la culpa de todo por dejarla sola. Los dos se

dieron una segunda oportunidad, esta vez sí se les veía feliz, por fin. Pero esa felicidad duró muy poco. Hasta ayer por la noche en que Eleonor desapareció de su habitación misteriosamente. Lo que pasó después tú ya lo sabes.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Que pena me entró por ellos dos. Que injusta era la vida a veces.

—Bueno, esto ya está. —Sin darme cuenta ya me había cambiado la venda y revisó mi mano—. No está rota, tienes los nudillos inflamados, pero evita mover la mano por un par de días. Tuviste que pegar muy fuerte.

Se rió él por lo bajo. Desvié la mirada, sintiendo un poco de vergüenza.

—Gracias, doctor, lo tendré en cuenta —me bajé de la cama.

—Vamos al salón. Nos esperan.

Llegamos y ahí estaban todos. El salón era muy acogedor, una gran chimenea en la pared de enfrente, encima de esta había un gran cuadro pintado a mano, en él se veía al doctor y su esposa. Se les notaba en la forma de mirarse lo mucho que se amaban. Que envidia me daba. Sin querer miré a Noah, estaba tan guapo, se había cambiado de ropa. Solo anhelaba que me volviese a besar y me reprendí por esos pensamientos, acababa de perder a su esposa.

Nos acercamos y Ann me señaló que cogiera asiento a su lado, en un sillón tapizado, me fijé en que tenía los ojos rojos de llorar. Noté como todos me miraban raro, supongo que el parecido debió de impactarlos mucho.

Les miré a todos. Primero a Thomas, que me ofreció una pequeña sonrisa, se la devolví. Muy pegado a él estaba la última que no tuve oportunidad de conocer. Ashley, que ni si quiera se dignó a mirarme. Frente a de ellos se sentó Cedric, al lado de su esposa, esta que me devolvió la mirada con amabilidad. Le agradecí asintiendo con un ligero movimiento de mi cabeza. Me entraron ganas de llorar, me recordaba a mi madre. Noah se quedó de pie al lado del ventanal. Y por último mire a Jeffrey, me hizo una seña con la mano saludándome en silencio, me sonrió apenas, se le veía tenso.

—Gracias por reuniros todos aquí —habló Cedric en voz alta y clara— Como ya saben Eleonor falleció anoche, asesinada.

En eso se oyó a Margaret sollozar, y Ashley también se puso a llorar. Thomas la rodeo con sus fuertes brazos para darle consuelo.

—No vamos a celebrar un funeral público.

Ashley se levantó de su asiento de un golpe, echa una furia, alejando a su marido sin mucha delicadeza.

—¿Pero, por qué? —Preguntó ella— ¡Se merecía eso y más!

—Sabemos de tu gran amistad con ella, —Cedric hablaba sin perder la calma—. Pero es de vital importancia que nadie se entere de su muerte. De ello depende la vida de Alison Bennett. Haremos un funeral privado.

Ashley se giró a coger una tetera que había a su lado. No la vi venir, fue muy rápida y me lanzó el contenido encima... Señalándome con un dedo me gritó:

—¡Es por tu culpa, maldita seas!

CAPÍTULO 8

—¡Ashley! —le regañó Cedric—. ¡Pídele disculpas enseguida a Alison! Es un comportamiento inadmisibile.

Ella se dio media vuelta para alejarse corriendo y llorando, Thomas fue tras ella.

Ann y Margaret, que estaban cerca de mí, me preguntaron.

—¿Alison estás bien?

—Si, no se preocupen, no fue nada, el té no estaba muy caliente —les respondí, escurriendo un poco mi ropa mojada.

—Oh, lo siento mucho, de verdad, es que la quería mucho— me dijo Margaret.

—Está enojada y dolida, lo entiendo.

—No es una razón para hacerte eso, no es excusa —intervino Noah— Traiganle a Alison algo para que se seque.

Ann y Margaret se levantaron y se fueron, Jeffrey con ellas.

Me quedé mirando cómo se iban todos, quedándome a solas con Noah, un extraño silencio se instaló entre nosotros. Me levanté y me fui acercando al ventanal donde estaba, quise respirar aire fresco, intente abrirla pero no cedía. Noah que se dio cuenta alargó el brazo para ayudarme, y me vino el aroma de su perfume de lleno, olía de maravilla como a miel y a sol. Empecé a hiperventilar, mi pulso se aceleró y respiraba deprisa. Me maree un poco, noté su mano que me cogía por la cintura para que no me cayera.

—¿Qué ocurre? ¿Necesitas salir?

—Mmm... sí, por favor, aire fresco.

No me atreví a mirale, me sujetó y salimos afuera, dejó que me apoyara en la barandilla pero no me soltó. Respiré profundo para llenar mis pulmones de aire.

Nuestras miradas se encontraron y me perdí en el maravilloso color de sus ojos. Su mirada no era ni fría ni tan dura como antes, había algo más que no supe descifrar.

—Alison, has venido de muy lejos. ¿Por qué?

—Yo sólo sé que en un momento estaba con Dan mirando al cuadro y al momento siguiente estaba aquí, en tu mundo, presenciando un asesinato. Estoy muy confundida —respondí sin vacilación.

—Cuéntame qué es de mi vida en el futuro —me pidió. Su mirada tenía un brillo

hermoso—. Y quién ese Dan.

—Dan es mi mejor amigo, fuimos novios pero no funciona. Poco te puedo contar. Mi padre dijo que eras muy rico, que coleccionabas coches y sobre todo, eras antisocial.

—¿Pero dónde estaban todos? ¿Ann, Thomas y los demás? ¿Es que no tuvieron hijos? —me preguntó con curiosidad.

—Bueno, un día, poco tiempo después de tu falle... —enmudecí de repente.

No sabía si era bueno que él supiera lo de su muerte.

—De mi fallecimiento, puedes decirlo, lo contaste en sueños.

Lo miré asintiendo y tragando saliva, parecía contener una sonrisa, preferí ignorarlo.

—Sólo sé que no tenías familia, y fui a tu casa porque me llamaron debido a que habías sufrido un ataque al corazón.

—¿Tu eres enfermera?

—No. Soy médico —aclaré.

Sus ojos se abrieron como platos. Me entró una risa nerviosa ante su reacción.

—Noah, en el futuro también habrá mujeres que pilotan aviones, y también sabrán conducir coches.

—¡Eso si que no me lo creo! ¿Una mujer que conduce un coche? —Estaba incrédulo—
¡Imposible, nunca las dejaré tocar mis coches!

No me pude contener ante sus palabras.

—¡Cuando quiera y donde quiera, señor Jefferson! Se lo demostraré —le reté, parándome fieramente ante él.

Levantó una ceja.

—Por encima de mi cadáver —contradijo con una sonrisa ladeada.

Se me produjo un nudo en la garganta; desvié la mirada. Se dio cuenta de la barbaridad que había dicho y añadió.

—Lo siento, no tendría que haberte dicho eso —se disculpó.

—Está bien, acepto tus disculpas.

Le di la espalda haciendo que me soltara de su agarre, y di unos pasos para intentar tranquilizarme. Mis nervios estaban hechos añicos, me mordí el labio inferior como lo hacía siempre que estaba nerviosa.

Le di una ojeada al jardín para distraerme un poco de su cercanía. Era muy verde y lleno de rosales de todos los colores; más abajo de este, entre unos arbustos, se distinguía un río. Y ahí de pie muy quieto estaba un hombre de piel rojiza y pelo largo y negro. Parecía salido de una película de indios y vaqueros, con plumas en la cabeza y todo el atuendo.

Su cara me recordaba a alguien conocido, me hizo signos de la mano de que me acercara a él.

—¿Lo conoces? —le pregunté a Noah.

Miró a donde le señalaba.

—Sí, es el jefe de la tribu Cheyenne, Nube roja, nos ayudó a encontrar a mi esposa.

"¡*Oh dios bendito!*" pensé. No podía creerme que ese hombre era el abuelo de Dan.

—¿Podemos acercarnos?

Me moría de ganas de verlo más de cerca y saber qué quería, seguro él podría ayudarme a comprender todo lo que había pasado.

—Yo iré a ver, tú tienes que ir a cambiarte de ropa —repuso, haciéndome recordar que estaba mojada y me entró un escalofrío.

—Sí, claro.

Se dirigió al encuentro del jefe Cheyenne y lo contemplé con respeto.

Cuando pudiera iría a visitarle, tenía que hablar con él. Entré por donde antes salí en busca de mi habitación. Salí al pasillo, giré a la izquierda para llegar al recibidor de la casa en donde había unas imponentes escaleras muy anchas de un mármol blanco, las subí.

—¡Alison! Siento no haber bajado —se excusó Ann, saliendo a mi encuentro—, es que cuando fui a tu recámara, un sonido de campanillas salía de esta cosa tan rara— agregó, enseñándome la cosa en cuestión.

—¡Mi celular! seguro que está sin batería.

Se lo cogí de la mano casi esperanzada, marcaba *fuera de red*. Por supuesto aún no habían sido inventados.

—C.e.l.u.l.a.r —deletreó ella, asombradísima—. ¿Qué es?

—Pues, gracias a esa cosa, podrás hablar con tus familiares aunque estén muy lejos y en cualquier parte.

Se le iluminó la cara como a un niño pequeño impaciente por recibir su regalo de cumpleaños.

—¿Y de eso hay mucho en el futuro? —pregunto con la mirada maravillada.

No me dejó contestarle, tiró de mi brazo llevándome casi a rastras a mi habitación, saltó a la cama en donde estaba esparcido el contenido de mi bolso, el cual yacía en el suelo. Me pregunté cómo conseguía no enredarse en la falda tan larga, era un misterio. Recogí mi bolso y me acerqué a ver que la tenía tan interesada.

—Explícame qué es todo esto —exigió, señalándome las demás cosas. Me senté a su lado, y cogí lo primero que alcanzó mi mano.

—Esto es mi agenda electrónica —se la enseñé. Miraba muy atenta—. Ahí es donde anoto mis citas, los cumpleaños y reuniones en el trabajo para no olvidarme.

Asintió con la cabeza y seguí.

—Las llaves de mi casa, un espejo de bolsillo, un paquete de pañuelos desechables, un bolígrafo...

Seguía mirando fascinada, me entró ganas de reír pero me contuve. Seguí.

—Un brillo de labios sabor a fresa y otro sabor a Coca-Cola —levanto una ceja—. Prueba —la animé.

Lo hizo sin pensárselo dos veces. Cogió el segundo y se lo aplicó en los labios

—¡Wow, que bien sabe!, ¡me encanta!, ¿me lo regalas? —preguntó esperanzada.

No me resistí, claro.

—Claro, todo tuyo.

—¡Gracias!

Se ve que en ese momento se acordó de algo, y bajó de la cama, igual que subió, para salir pitando por la puerta, soltándome un *"vuelvo enseguida, no te muevas"*.

Que mujer tan eléctrica y tan hiperactiva, ¿de dónde sacaba tanta energía? pensé yo.

Empecé a recoger mis pertenencias para ponerlas en mi bolso marrón de piel y volvió a entrar como un tornado, traía mis ropas del futuro en una mano y mis zapatillas en la otra.

—Hay algo que me tienes que explicar, Alison —me dijo ella, enseñándome el revés de la falda donde estaba la etiqueta.

—¿Qué es?

—¿Por qué pone ahí Corte Inglés*? ¿Acaso lo corto *un inglés*?

**El Corte Inglés es un grupo de distribución de España compuesto por empresas de distintos*

formatos, siendo el principal el de grandes almacenes.

CAPÍTULO 9

Después de explicarle a Ann que *El Corte Inglés* era una tienda, y ¡no un inglés que cortaba la tela!, me reí de buena gana. Había comprado la prenda por internet.

El día había pasado muy rápido, con tanta emociones que ni me di cuenta, que estaba oscureciendo ya. Le pedí a Ann que me disculpara con su familia por no bajar a cenar con ellos; le mentí diciéndole que tenía dolor de cabeza. Preferí dejarles llorar la pérdida de Eleonor en paz. Me deseó buenas noches y se fue.

Me cambié de ropa y me puse la de noche, me acosté y casi sin darme cuenta, caí en un profundo sueño.

Al día siguiente desperté temprano, me levanté y fui a mirar dentro del armario.

—Vaya tela —susurré.

Ahí encontré unos vestidos, faldas, blusas, todos más hermosos los unos que los otros. Rojos, azules, amarillos... y también los complementos a juego.

Parecían salidos de la época de July Garland o Vivien Leygh. "*Mas bien son de la época de ellas*" pensé sonriendo para mí misma.

Me decidí por algo sencillo y oscuro, ya que hoy era el funeral. Un vestido negro de cuello alto y manga largas. Busqué unos zapatos de igual color, pero ahí no había ningunos, en eso tocaron a la puerta.

—Adelante —contesté y la puerta se abrió para dejar pasar a Margaret con una media sonrisa, también vestía de negro.

—Buenos días. ¿Has dormido bien? —me preguntó.

—Muy bien, gracias. Buenos días a ti también.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Es que no encuentro zapatos.

Se dirigió al almario y presionó algo que hizo que se abriera, como un doble fondo y ahí, señalándome con el dedo, estaba lo que buscaba. La miré agradecida.

—Acompañame en el desayuno, si gustas —me invitó amablemente—. Estaremos solas.

—Será un placer. Termino de arreglarme y bajo.

—Te espero en la cocina —dijo; se dio media vuelta y se marchó.

Entré al cuarto de baño, me tomé un baño rápido y decidí recogerme el pelo en un moño alto, como los que me hacía mi madre para mis clases de ballet. Me vestí y acomodé los

zapatos. Bajé a la cocina en donde me esperaba Margaret.

Olía a café y la mesa estaba repleta de comida variada, galletas y fruta. Me acomodé a una silla y pregunté:

—¿Puedo tomar café?

¡Necesitaba cafeína ya! Me miró con cara de sorpresa y contestó:

—¿Café? Si, claro. Perdón por mi sorpresa, pero es que las mujeres no acostumbran a beberlo, es más bien una bebida para los hombres —me explicó.

—Ah —respondí asombrada—. Pues, en ese caso no lo tomare, no quiero que piense mal de mí.

¡Cómo echaría de menos la cafeína! Pensé. Me sonrió y me lo sirvió igualmente.

—Quedará entre las dos, no diré a nadie que tomaste, será nuestro secreto.

Le agradecí y me lo bebí a pequeños sorbos para no quemarme, cogí un par de galletas que comí con apetito ya que la noche anterior no cené.

—¿Alison?

Me giré a ver quién me llamaba y vi entrar al doctor acompañado de Noah.

—¿Si?

—Siento comunicarte que sería prudente que no asistieras al funeral —me explicó Cedric, mirándome a los ojos.

—Lamento no poder ir, lo entiendo por supuesto.

¡Claro que lo entendía! Si alguien me veía pensarían que era el fantasma de Eleonor.

—Querida, partimos en una hora, ya todo está organizado —informó Cedric, ahora mirando a su esposa.

—Estaré esperando.

Se dio media vuelta y se fue. Margaret se excusó diciendo que tenía que ir a averiguar lo de unas flores. Otra vez quedándome a solas con él. Me aventuré a mirarlo y descubrí que tenía la mirada fija en mí. Mi corazón se aceleró de golpe, "*si seguía así me daría algo*" pensé yo.

Me levanté de la silla y me acerqué a donde se había quedado de pie.

—Si hay algo que pueda hacer, Noah, puedes contar conmigo.

Me miró con sus hermosos ojos color jade, una mirada cautivante, y recogió un mechón

de pelo mío para ir a colocarlo detrás de mi oreja.

—Mantente a salvo, por favor. No salgas de la casa, prométemelo —pidió con urgencia.

—Por supuesto, aquí estaré, te lo prometo... Se me olvidó decirte algo ayer.

Me miró, animándome a seguir, le tendí mi mano buena con ademan de apretar la suya, y continué:

—Mi más sincero pésame.

Contempló mi mano con extrañeza pero se puso serio y la cogió, para llevarla a su boca y depositar un pequeño beso en los nudillos. Apenas rozó mi piel con su boca, pero sentí que pasaba una corriente eléctrica que hizo que revolotearan mariposas en mi estomago. Lo miré fascinada, fue tan delicado y tan caballeroso su gesto. Me sonrojé.

—Gracias. Por favor, estás en tu casa y... —se debatió unos segundos consigo mismo, mirándome con detenimiento— Te tengo que decir que ayer el jefe de los Cheyennes me pidió decirte que quiere que te encuentres con él esta noche en el bosque, es muy importante que acudas.

—¿Me quiere ver a mí? —pregunté con la voz contenida.

¡El ancestro de Dan! ¡El pasado de mi amigo!

—Sí —respondió Noah—. Te acompañaré.

Le di una mirada agradecida, por alguna extraña razón, algo que no podía explicar, me sentía segura en su presencia.

Se dio media vuelta y se marchó. Después de unos minutos fui a la ventana para ver que estaban todos allá fuera. Noah en primer lugar iba detrás del que era, supuse yo, el coche fúnebre. Detrás de él le seguía el doctor y su esposa, Ann, Jeffrey, Thomas y Ashley. Las mujeres llevaban puesto un velo negro en la cabeza.

Se me encogió el corazón de verlos tan tristes. No pude evitarlo y lloré con ellos en la distancia.

Hacía un buen rato que se marcharon y cuando por fin dejé de llorar, decidí ir a la biblioteca, puede que encontrara un libro que me hiciera pasar el tiempo más deprisa.

El silencio de la casa era abrumador, pese a que había algún que otro trabajador en la propiedad; me entró un poco de miedo y me apresuré a llegar rápidamente. Ahí estaban todas las paredes desde el suelo hasta el techo, repletos de libros. No sabía cuál escoger, era una maravilla. Había de todos los tamaños. Empecé dando la vuelta a toda la biblioteca, llegando a unas escaleras estrechas de caracol.

Me entró curiosidad por saber qué había arriba, pero no estaba en mi casa al fin y al cabo. Escogí un libro que leí de pequeña, "*Mujercitas*", me acomodé en un sillón, y sin darme

cuenta me quedé dormida.

—Alison, despierta —pronunció una hermosa voz en mis sueños.

Abrí los ojos para encontrarme con la cara de un ángel muy cerca de mí. Me miraba ladeando la cabeza.

—Me quedé dormida, lo siento.

Se alejó un poco.

—No lo sientas, lo necesitabas. ¿Mujercitas? —preguntó Noah, recogiendo el libro del suelo.

—Sí, lo leí por nostalgia, me recuerda a cuando mi madre me leía de pequeña.

—¿La echas de menos, verdad? Debe de ser duro para ti, lo entiendo —afirmó.

—Sí, aunque no la veía muy seguido tampoco.

—¿Estaba de viaje?

¿Cómo le explicaba lo que era un divorcio sin que le parezca grotesco? No podía recordar cuando fue concedido el divorcio.

—No. Verás, mis padres se separaron cuando era yo muy pequeña, y mi madre me llevó con ella abandonando a mi padre y dejándolo destrozado.

Me miró con el ceño levemente fruncido, algo contrariado con lo que acababa de contarle.

—¿Eso se hace en tu futuro? Cuando las mujeres se cansan dejan a sus maridos, no deberían permitirlo y menos que un hijo se críe sin el afecto de un padre, ¡es una abominación! —exclamó frunciendo el ceño con más dramatismo.

Le sonreí.

—Tranquilo, sobreviví, aquí estoy.

Me miró con un brillo extraño en los ojos e hizo algo que no me esperaba: me abrazó y apretó contra él con fuerza.

—Pero en qué mundo vives, mi *Ali* —murmuró.

Me dejé llevar por un torrente de emociones nuevas. Me llamó *su Ali* como el Noah del futuro, eso era demasiado para mí. Pase mis dedos por su cabello revolviéndolo, respiré el aroma de su piel, empezó a darme vueltas la cabeza. Noté su cálida mano en mi cara acariciando mi nariz, mis ojos, el contorno de mi cara. Mi corazón se fue yendo a la carrera hacia los cielos, no me cabía duda. Se inclinó hacia mi cara, percibía su aliento abrasador. Era embriagador, no me resistí y le besé yo.

Respondió a mi beso sin esperar, buscando con su lengua la mía y dejándolas seguir su propio ritmo. *¿Quién besaba?* me pregunté en un momento de duda y supe que no me importaba nada, porque le amaba desde antes de conocerlo.

Ahora me daba cuenta.

CAPÍTULO 10

La luz de la luna iluminaba nuestro camino a través del bosque. Noah me sujetaba de la mano para guiarme, y yo me sentía feliz. El beso en la biblioteca había sido hermoso, casi mágico, me sentí mal por eso, ¿cómo se me había ocurrido besarle? ¡El mismo día del funeral de su esposa, por Dios! Era imperdonable y Noah se detuvo haciendo que chocara con él, se giró a verme y me sonrió. Yo me puse colorada, le devolví la sonrisa tímidamente.

—Llegamos —me dijo, señalando delante de él con un movimiento de la cabeza.

A unos pasos de nosotros estaba el ancestro de Dan. Nos indicó que nos acercáramos y nos invitó a sentarnos en un tronco junto a un fuego. Lo que hicimos. Me recordaba mucho a mi mejor amigo, tenían los mismos rasgos, la misma forma de mirar y me sonreía con serenidad.

—Se bienvenida, viajera del futuro —saludo con solemnidad. Asentí con mi cabeza a modo de agradecimiento—. Los espíritus vinieron a nosotros para contarnos que venías, y que necesitabas mi ayuda.

Le miré emocionada y nerviosa por saber.

—Soy Nube Roja, jefe de la tribu Cheyenne, responderé a todas tus preguntas.

Le miré con curiosidad, ¿por dónde empezar?

—Yo soy Alison Bennett, es un honor conocerlo, ¿Por qué no pude salvarla?

—No era tu destino, así estaba escrito que ella se fuera —contestó.

Me llevé una mano al colgante, apretándolo con fuerza.

—Hay algo que no entiendo, en mi futuro el cuerpo no es encontrado nunca, pero ahora sí —afirmé.

—Tú lo has cambiado, Alison —me contestó con sabiduría.

—¿Yo? ¿Pero, cómo? —no daba crédito a lo que oía—. ¿Cómo es eso posible? ¡Yo no soy nadie! —refuté nerviosa.

Sentí que Noah me cogía de la mano y me la apretó con suavidad, gesto que agradecí y me tranquilizó en seguida.

—Alison, no es casualidad que encontraras ese colgante, siempre fue... *tuyo*.

—¿Qué?! —exclamé, impactada.

Sentí como se me desencajaba la mandíbula de la sorpresa.

—Tú eres la reencarnación de Eleonor —esclareció Nube Roja.

—Las voces... los recuerdos... —dije con la voz temblando, ahora lo entendía mejor, aunque seguía siendo increíble.

—Recuerdos de una vida pasada. Cuando el colgante llegó a tus manos lo sentiste tuyo ¿verdad? —Explicó él, asentí con la cabeza—. Como si siempre te hubiera pertenecido, ahí es cuando empezaste a tener los primeros recuerdos.

Asentí de nuevo, incapaz de contestarle. Ahora giró la cabeza en dirección a Noah y continuó:

—Se le concedió a su esposa una segunda oportunidad, joven Noah, para volver a la vida, el hecho de que ella se arrepintiera de sus pecados salvó su alma. Y el amor la llevó de vuelta hasta aquí para encontrar a su asesino y así limpiar su nombre.

Noah parecía una estatua, se puso blanco y su mirada era seria. De repente su mirada cambió y su cara reflejaba furia, soltó mi mano, se levantó apresuradamente y se enfrentó a al jefe de los Cheyennes.

—¡Mentiras! —gritó él.

Me sobresalté, intente cogerle la mano para tranquilizarlo, pero me rechazó, me dolió su gesto, pero no dije nada—. ¡No voy a dejarme engañar! —Volvió a gritar— ¡Y tú! —se giró hacia a mí, señalándome— ¡Eres bruja y me has echado un sortilegio para volverme loco de amor por ti!

Mi corazón se encogió y me entró ganas de llorar, pero al mismo tiempo se despertó un sentimiento de injusticia.

—¿Que yo qué?¡Pero, cómo osas decirme esas cosas!

No podía ser cierto que pensara eso de mí, y el beso en la biblioteca no significara nada para él. Sentí las lágrimas desbordarse en mis ojos, me di media vuelta para que no me viera llorar. "*Es una pesadilla y me voy a despertar*", recé. Después de unos minutos me calmé un poco como para volver a hablar.

—Vine desde muy lejos para aclarar una injusticia, y eso haré, encontraré al culpable del crimen para limpiar tu nombre.

Lo enfrenté, ya no me importaba que me viera llorar. Busqué su mirada, en ella había dolor, incredulidad, sorpresa; pero ya no me importaba, el daño estaba hecho.

—Y eso es una promesa, también te juro que después de eso no volverás a verme jamás, será como si nunca hubiera existido.

Noah parecía tener una lucha con el mismo, se le veía claramente tenso y levantó una mano que extendió hacia mí. Supuse que se esperaba a que le correspondiera. Le eché

una mirada dolida y negué con la cabeza, bajó su mano y desvió la mirada. Un ruido de alguien que se aclaraba la garganta me llamo la atención, vi que ahí seguía Nube Roja, testigo mudo de nuestra pelea. Estaba serio y miraba a Noah como intentando decirle algo.

—¿Se puede? —preguntó una voz conocida, y ahí estaba Ann llegando cogida de la mano de su marido. Nos miró a los tres como intentando averiguar que había ocurrido— ¿Pero, qué ha pasado aquí?

Se fue directa a por su hermano y se plantó ante él, mirándolo fijamente a los ojos.

—Jeffrey, acompaña a Alison a casa —le ordenó a su marido— Yo iré después, tengo que hablar con el tonto testarudo de mi hermano.

Se la veía muy enfada.

—Vamos —me alentó Jeffrey, ofreciéndome su brazo.

Busque con la mirada al jefe Cheyenne.

—Gracias por aclarármelo todo, me ha encantado conocerlo.

Me miró y sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Búscame cuando quieras mi ayuda, aquí estaré.

Jeffrey me volvió a ofrecer su brazo y me fui con él sin mirar atrás. Moría de ganas por saber qué le diría Ann a su hermano, sólo alcancé a escuchar unas palabras.

—Noah Anthony Jefferson, ¡ahora me vas a escuchar muy atentamente burro sin cerebro!

CAPÍTULO 11

Miré como se alejaban Alison y Jeffrey. Un sentimiento de culpa me invadió, mi corazón me gritaba que fuera tras ella, pero mi mente no quería escuchar. Noté un fuerte dolor en la rodilla y respondí un:

—¡Ay! —disparé una mirada furiosa a mi hermana y vi que había sido la causante de mi dolor, me miraba con irritación.

—Por fin reaccionas —dijo con impaciencia—. ¡Te dije esta mañana que tuvieras la mente abierta, Noah! ¿Cómo has podido decirle eso a Alison?

Desvié mi mirada, me sentía avergonzado.

—¿Una bruja nada más? ¿Y yo que soy? ¿El mago de Oz? — me regañó ella con enfado—. Sé que mis visiones pueden dar miedo a veces, pero también sabes mejor que nadie que no me equivoco nunca en lo que veo. A veces son de dentro de muchos años, otras llegan con el tiempo suficiente para darme tiempo a reaccionar y así ayudar a quien me necesite. Pero también llego tarde...

Ahora en su voz se notaba la tristeza, y comprendí a que se refería, me sentí más miserable que nunca. Nube Roja se adelantó un paso y continuó:

—Sé que es difícil de creer, joven Noah —me miraba directo a los ojos—. No deje que su orgullo le ciegue o la volverá a perder, y esta vez para siempre.

Mi corazón dio un vuelco al pensar que podría ser así.

—¿Sabes cómo se sentirá ella? —demandó mi hermana. No respondí nada, y me di media vuelta mirando a lo lejos, intentando calmarme un poco. —Ella estuvo junto a ti en el futuro, sin saber nada pero inconscientemente ya sabía quien eras, ya te amaba —relató Ann torturándome—. Escuchó lo que su corazón le susurraba, y la trajo hasta ti, ¡a través del tiempo! y lo más fuerte, ella fue testigo de su propio asesinato... —continuó con su voz entre cortada —¡Noah!

Se puso a sollozar incapaz de continuar, me di media vuelta hacia donde estaba Ann hecha un mar de lágrimas. *¿Qué hice?*

—Lo siento Ann, no quería hierla, ni a ti tampoco, sé muy bien que tus visiones son ciertas. Han pasado tantas cosas en tan pocos días, me siento como perdido, la noche que mi esposa desapareció yo casi me vuelvo loco... *ella me lo prometió*. Prometió que pasara lo que pasara encontraría la manera de volver a mí, no lo entendí en ese momento, pero recuerdo lo aterrada que estaba. Eleonor me pidió que fuera a buscarle un calmante y cuando volví ya no estaba.

Me entró rabia, y mis músculos se tensaron. Advertí en mi brazo la mano de Ann, miré

sus ojos rojos, y ella me animó a seguir, con ojos llorosos.

—Sentí que Alison era mía, no supe por qué, un extraño sentimiento se apoderó de mí, de querer protegerla. Ansiaba tocar su piel, respirar su perfume, besar sus labios. ¡Cómo podía ser eso posible si mi mujer acababa de morir! Me odiaba por pensar eso, por desearla de esa manera —continué en un susurro. Busqué la mirada de Nube Roja—. Pero al oír sus palabras, recordé la promesa que me hizo y simplemente me entró pánico. No podía creerme que fuera cierto que encontrara la manera de volver a mí tan pronto.

—Así es, ayúdala en su misión, joven Noah. Aun no es tarde para los dos.

—¿Pero, qué hace Alison a la orilla del río? —exclamó Ann de repente. Busqué sus ojos, estaban mirando a la nada y supe que tenía una visión. Un escalofrío recorrió mi espalda y agarrando a mi hermana de los brazos la sacudí para que volviera en sí.

—¿Qué ves? —pregunté, con los nervios a flor de piel.

Su rostro cambió a una expresión de sorpresa y gritó.

—¡Alison, cuidado!

CAPÍTULO 12

Apenas llevaba unos minutos en mi cuarto cuando sentí que me ahogaba entre esas cuatro paredes. Incapaz de tranquilizarme y dolida de las palabras de Noah, salí sin hacer ruido y bajé las escaleras de servicio que llevaban a la cocina. Llegué y fui directa a la puerta que daba al jardín y por fin estaba fuera. Respiré a grande bocanadas para llenarme los pulmones del cálido aroma de la noche.

Mis ojos se humedecían al recordar lo que me dijo una hora antes. Lloré en silencio, sufría el martirio de su rechazo, mi corazón lloraba conmigo. Anhelaba el calor de su cuerpo, sentir su labios bajo los míos, ¡Oh, Dios mío, como lo amaba!

Me decidí a dar un pequeño paseo cerca del río, que ayudara a aclarar mis ideas. Recordé también las palabras del jefe Cheyenne, todo tenía sentido ahora. Mi inexplicado viaje hasta aquí, el hecho de sentirme tan atraída hacia Noah, los sueños y recuerdos que tuve. Todo era de mi vida pasada.

Llegué a la orilla del río, miré al agua traslúcida a la luz de la luna. Me entraron ganas de bañarme.

—Ojalá que el agua se llevara con ella mi sufrimiento —me dije para mí misma.

Me solté el pelo que cayó en una cascada libre hasta mi espalda. Llevaba puesto un camisón de satén blanco que llegaba a los tobillos. Miré a mi alrededor, por si las moscas hubiera alguien y me lo quité dejándolo caer al suelo, así despojándome de casi todo lo que llevaba puesto a excepción de mi ropa más íntima. Me aventuré a tocar el agua con el dedo gordo de mi pie, estaba fría, pero me daba igual. Avancé un paso y sentí el agua fría ponerme la piel de gallina, avancé otro pero el ruido de alguien correr y acercarse a mí a gran velocidad me asusto.

—Demonios —susurré, me apresuré a entrar en el río para así poder esconderme detrás de unas rocas que yacían en el medio.

—¡Alison! —gritó una voz bien conocida.

Me sobresaltó de tal manera que resbalé y me caí al río. Completamente sumergida, me debatí para nadar hacia la superficie pero se veía tan oscuro, me entró pánico y solté el poco aire que tenía en los pulmones. Sentí dos manos grandes y fuertes cogerme de la cintura y arrastrarme hacia arriba.

Por fin emergí y tosí con fuerza para expulsar el agua de mis pulmones, cuando se me pasó un poco me giré a ver quién me ayudó para darle las gracias, pero para mi sorpresa o mala suerte Noah fue mi salvador.

Mi corazón empezó a acelerarse solo, y le miré a los ojos alcanzando a distinguir pese a la poca luz que la luna podía ofrecer que tenía la mirada de un verde oscuro y se le notaba

la preocupación.

—Gracias por ayudarme —le dije en un suspiro —, pero si tú no me hubieras asustado no me habría caído.

Me miró con sorpresa por mis palabras.

—Ann te vió caer y yo corrí hasta aquí, pensando que te habrías abierto la cabeza o Dios sabe qué cosa. No podría vivir con la idea que te pasara algo.

Parecían sinceras sus palabras. Le miré con más intensidad y añadió con una sonrisa contenida.

—¡Perdone usted ,señorita quiere darse un baño a media noche y con poca ropa!

Ahora se le veía una mirada pícara y divertida.

Me ruboricé violentamente y me di media vuelta con ademán de salir de agua, pero Noah no me dejó escapar y me atrapó entre sus brazos haciéndome girar al mismo tiempo para estar cara a cara conmigo. Su mirada era intensa, sus labios peligrosamente cerca de los míos, respiraba agitadamente, haciéndome llegar el delicioso aroma de su piel. Me empezó a dar vuelta la cabeza y sin querer me agarré a sus hombros para no hundirme en el agua.

Gran error, eso hizo que mis pecho rozaran su torso desnudo. *¿Cuándo se había quitado la camisa?* Mis pezones endurecieron.

Me hervía la sangre, me mordí el labio inferior y contuve el aliento por un segundo. Si seguía este camino no habría vuelta atrás. Sentí en mi espalda una suave caricia que me hizo temblar de pies a cabeza. Rodeé su nuca con mis brazos y hundí mi cara en su cuello. Él me apretó más fuerte, acercó sus labios a mi oreja y susurró:

—Alison, te amo. Fui un bruto, ¿me perdonarás algún día?

Mi corazón dio un brinco al oír esas palabras otra vez, y casi se podía oír como una pieza de mi rompecabezas se encajaba en mí. Me alejé un poco, le miré a los ojos emocionada.

—Te perdono, yo también... te amo.

Dejó escapar un suspiro de alegría y buscó mis labios para depositar un beso dulce, haciendo que las mariposas de mi estomago se agitaran.

Le devolví el beso y enrosqué con osadía mis piernas alrededor de su cintura. Quería sentirlo más cerca de mí, le acaricie el torso remarcando cada musculo con mi dedo, con la otra mano busqué su cabello desordenado. Se puso tenso de repente y busqué su mirada para saber qué le había molestado. Sus ojos brillaban de deseo, pero se contuvo a duras penas.

—Aquí no, vamos.

Me sacó del agua apretándome contra él y me cogió de la mano para llevarme a través del jardín, finalmente se detuvo un segundo para cogerme entre sus brazos y así poder llevarme mas deprisa.

Llegamos a un granero en la parte de atrás de la mansión, entramos, y ahí donde yo pensaba que hubiera animales no los habían. Noah me hizo señas de mirar arriba y vi colgadas unas enormes bolsas de tela. Lo miré sin comprender, alargó una mano para deshacer el nudo que las mantenía atada a la pared y de repente empezó a caer miles y miles de pétalos de rosas de todos los colores. Miré encantada y fascinada tan bello espectáculo.

—Con eso hacen esencia de rosa —explicó.

Entonce Noah se adelantó unos pasos y me depositó con suavidad sobre una improvisada cama de pétalos de rosas, olía de maravilla.

Me miró con deseo y yo le abrí los brazos, impaciente de formar con él uno solo.

Ahora estaba completamente segura que pasara lo que pasara, nada o nadie podría separarnos nunca más. Iba a ser todo lo posible para ser, más fuerte que mi destino...

CAPÍTULO 13

Me dejó sin aliento, mi pulso se aceleró, Noah me tenía loca por él, respondí a su beso con la misma pasión, jugando con su lengua, mordiendo los labios con suavidad, soltó un gemido de placer y eso me llevo a ser mas atrevida... Le besé en la comisura de los labios, acaricié su boca, su nariz, sus ojos, la línea de su mandíbula.

Quería saborear cada centímetro de su piel, cada caricia, cada beso. Seguí por su cuello y ahí apreté mis labios contra su vena, pudiendo sentir que su pulso estaba tan alocado como el mío, me estremecí. Apoyé mis manos en su torso y lo empujé para que él quedara acostado a mi lado. Cerró los ojos y empecé a acariciar sus hombros, su piel era tan firme y tan suave. Acerqué mi cara a su piel para respirar su olor, era tan embriagador y fascinante, me empezó a dar vueltas la cabeza. Seguí con las caricias bajando por su pecho y besando cada músculo, sintiendo con se estremecía su cuerpo, llegué a su ombligo y pasé mi lengua por dentro, su cuerpo dio un espasmo, haciendo que abriera sus ojos.

Nuestras miradas se encontraron y vi arder el deseo. Se arrodilló a mi lado, quedando mi espalda pegada a su pecho. Me apartó el pelo para dejarlo caer sobre mi hombro izquierdo. Me rodeó con sus brazos, apretándome más a él, sentí contra mi pierna el objeto de su amor creciendo y esta vez gemí yo. Me dio un sin fin de besos desde mi hombro hasta llegar a mi lóbulo, mi cuerpo no me perteneció más, seguía su propio ritmo. Me dejé llevar y cerré mis ojos para saborear cada caricia, cada beso. Sus manos atraparon mis pechos, aun a través de la prenda fina de mi sujetador, sentí una descarga eléctrica atravesar todo mi cuerpo. Sin saber cómo, mi sujetador desapareció, dejando libre mis pechos a las manos expertas de mi amado. Poco a poco sus manos bajaron por mi estomago, me hervía la sangre. Cuando más se acercaban sus manos a lo más íntimo de mi, más temblaba yo. Pasé mis brazos por encima de mi cabeza buscando su pelo, el cual aferré sin hacerle daño, me arqueé contra él sintiendo una ola de placer recorrerme.

—Te amo, mi Ali... —me susurraba una y otra vez.

Un torbellino de emociones me llegó, arrastrándome a un abismo; no pude más y me di media vuelta buscando su boca, besandolo con pasión. Nos dejamos caer en nuestra improvisada cama de pétalos. Me quitó la única prenda que aun llevaba puesta y vi como recorría su mirada con lentitud mi cuerpo.

—Eres hermosa y tan irresistible...

Los colores me subieron a las mejillas, alargué la mano para desabrochar su pantalón y acto seguido estaba junto a mí sin ninguna barrera que nos impidiera amarnos por fin.

Entró en mi con dulzura, mirándome a los ojos, me sujeté a sus hombros gimiendo de placer.

Juntó su boca con la mía y empezó a moverse, lentamente primero, sintiendo tanto él como yo un fuego naciente que se hacía cada vez más grande y más fuerte. Soltó un gemido y le animé, impaciente, a seguir más rápido, sintiendo que estaba ya a punto de llegar a explotar literalmente de placer.

Llegamos los dos al mismo tiempo, gimiendo y gritando, nuestros cuerpos se tensaron y una explosión me invadió, haciéndome caer casi en la inconsciencia.

Exhaustos los dos pero felices, nos miramos en silencio, sobraban las palabras. Un amor reencontrado, un amor demasiadas veces soñado, un amor por fin vivido, era mas de lo que jamás pensé vivir. Así seguimos toda la noche, amándonos y dejándonos llevar por la pasión, el amor y el deseo.

Una lágrima de felicidad se deslizó por mi mejilla y sentí un cálido dedo recogerla. Abrí mis ojos y me encontré con la mirada ardiente de Noah. Entrelazados el uno al otro, maravillados de esta noche tan mágica, las palabras no bastaban para describir lo que sentíamos, lo hermoso que fue.

Encontrándonos por primera vez, era increíble como encajaban nuestros cuerpos a la perfección. Las caricias tan devotas y delicadas de Noah, mis suspiros de placer, la suavidad y firmeza de la piel de mi amante, nuestros movimientos lentos pero seguros. Los momentos de descanso que tuvimos, en los cuales, y sin palabras, nos mirábamos a los ojos, explorando nuestras facciones, conociendo cada secreto del cuerpo del otro. El sabor de la piel, la textura y hermosura de la anatomía del hombre y la mujer; tenerlo en mi piel, dentro de mí... Sentí mis mejillas arder con el simple recuerdo y bajé la mirada para ocultar el motivo de mis pensamientos. Noah puso un dedo debajo de mi mentón, subiéndolo a la altura de su boca sonriente.

—Sabes que eres adorable cuando te ruborizas de esa manera... Y eso me vuelve loco de hacer esto.

Trazó una línea sin fin de pequeños besos hasta llegar a mi lóbulo, mi pulso se aceleró y un escalofrío de placer recorrió mi columna vertebral. De repente los rayos del sol entraron iluminando todo el granero y una voz ronca exclamó:

—¡Pero que...! Ups, perdón, no quería molestar.

Chillé muerta de vergüenza. Rápidamente Noah se echó encima de mí para tapar mi desnudez con su cuerpo.

—¡Thomas, lárgate! —gritó Noah a su hermano.

Este que se había tapado los ojos con las manos balbuceando.

—Lo... lo siento... yo... nooo... quería... —y retrocediendo sobre sus pasos, llegó a la puerta y salió pitando.

Que vergüenza, pensé para mi misma, seguro que si antes me subieron los colores ahora estaría de pies a cabeza como un semáforo. Me di cuenta que Noah me miraba divertido.

—Será mejor que te acompañe a tu habitación antes de que no te deje salir de aquí hasta mañana.

Le devolví una mirada pícara y le reté.

—¿Serías capaz...? —no tuve tiempo de terminar mi frase cuando sentí sus labios besándome apasionadamente. Unos minutos más tarde me separé buscando aire, ya que casi se me olvida respirar. Escuché como se reía dulcemente, le miré y le sonreí de vuelta. Una idea me vino a la mente, me deshice de su abrazo y me levanté de un salto.

—Ya sé como encontrar al asesino —me miró perplejo— ¡Y tú me vas a ayudar! —lo señalé con un dedo.

—¿Cómo ? —preguntó.

—Tengo que hablar con toda tu familia primero.

Vi como su mirada recorría mi cuerpo de arriba abajo.

—Primero, tienes que vestirte.

Desvié la mirada ruborizada y oí como se le escapó una risa.

—Cierto, pero...no tengo ropas.

Se levantó inmediatamente con un movimiento ágil, rebuscó entre los pétalos sus pantalones y se lo puso, dejándome en ese momento apreciar su cuerpo perfecto. Suspiré y él se giró con una mirada traviesa en su rostro. Me pilló *in fraganti*, mirándolo descaradamente.

—Vuelvo en un momento, no te muevas de aquí.

Asentí con la cabeza, salió por la puerta y apenas dos minutos después, regresó con su camisa en la mano, la misma que me pregunté la noche anterior cuándo se la quitó. Me ayudó a ponermela, era muy grande, pero serviría para llegar a mi habitación.

Me cogió de la mano y salimos al jardín a hurtadillas para que no nos pillaran.

Me llevó hasta la parte trasera de la casa y se detuvo delante de una de las torres, le mire sin comprender.

—¿Acaso vas a hacerme trepar hasta la ventana de mi cuarto? —pregunté con incredulidad—. Con la suerte que tengo seguro me caigo.

Me miro divertido y contuvo una risa.

—No, más bien entraremos por ahí —indicó, y con su mano apretó una piedra de la

pared que hizo aparecer de la nada una puerta secreta.

Ahogué un grito de sorpresa y me aventuré a entrar, estaba muy oscuro y me inmovilicé, sentí las manos de Noah rodear mi cintura.

—No temas, yo te protegeré —susurró a mi oído y depositó en mi cuello un beso. Apenas si sentí su roce, pero bastó para hacerme temblar las rodillas. Se rió dulcemente y añadió: — Mejor te llevo en brazos.

Y así, me llevó por unas diminutas escaleras cuesta arriba. No me atreví a protestar, demasiado aturdida por el perfume de su piel.

Llegamos demasiado pronto para mi gusto, abrió una puerta y dimos con un pequeño cuarto, parecía una lavandería con enormes cubos de madera llenos agua, y sábanas de un blanco inmaculado perfectamente plegadas y planchadas en una estantería.

En otro rincón había una estufa de leña, ardía calentando agua por un lado y en el otro una especie de plancha en hierro que parecía pesar muchísimo.

—El día que las mujeres descubran la plancha de vapor será como un regalo para ellas — me dije a mí misma. Noah me miró confundido y levantó una ceja—. Perdón, pensé en voz alta —le contesté a su pregunta muda.

Voy a echar de menos un montón de cosas del futuro. Esta vez si lo pensé. Nos dirigimos a un pasillo que reconocí enseguida en el de las habitaciones. Avanzó hasta llegar a la mía y me depositó suavemente en el suelo. Buscó mi mirada, sus ojos se veían dulces, llenos de amor, mi pulso se volvió loco cuando depositó un suave beso en mis labios.

—Tómate tu tiempo, te esperaré abajo en el salón. Les diré a todos que acudan — murmuró contra mi boca.

Asentí levemente con mi cabeza, buscó mi boca y otra vez me besó, pero esta vez con más pasión.

—A este paso, ¡no dejarás nunca que Alison se pueda ir a vestirse correctamente! — exclamó una alegre voz femenina.

Me sobresalté y ahí estaba parada Ann, con sus dos manos apoyada en sus caderas y intentando parecer enfada. Me ruboricé.

Se acercó a nosotros dando pequeños saltos de alegría y cogiéndome del brazo y arrastrándome dentro del cuarto, me deshice en contra de mi voluntad del abrazo de mi amado. No pude ni despedirme.

—Más tarde la verás, Noah — le despidió ella.

Se oyó un bufido exasperado y luego nada, Ann cerró la puerta dejando ahí a su hermano.

—¿Sabes que es de mala educación cerrar la puerta en las narices de la gente?

Me dirigió una mirada divertida.

—Sí, lo sé, pero no podía dejar que te sorprendieran así —objetó, señalándome con un dedo y riéndose—. Y créeme si te digo que estaban por pasar por aquí los criados, el mayordomo, Ashley, Margaret...

Levanté una a mano a mi boca horrorizada.

—Entonces mejor si te doy las gracias, ¿verdad? —la interrumpí, ella sintió con su cabeza — Gracias.

—¡Sabía que le perdonarías! —exclamó Ann con alegría—. Lo vi anoche, vi que caías al río, y con eso Noah salió disparado en tu dirección, no me dio tiempo a decirle que caías por culpa de él.

La mire aterrada.

—¿Tu nos vistes...? —le pregunté, temerosa.

—No, sólo vi lo que paso hace un rato delante de tu puerta.

Suspiré aliviada.

—Me gusta tu plan, Alison —añadió, mirándome seria de repente, la miré confundida.

—Pero si aún no se lo he dicho a nadie, ¿Cómo sabes? *Claro, que tonta soy, es evidente.*

—No le va a gustar a mi hermano pero te ayudare a convencerlo. Anda vamos, te ayudaré a escoger ropa. Ve a bañarte, el agua está preparada.

Como unas dos horas más tarde estaba vestida y peinada, Ann es muy buena pero no le gustaba ningún vestido pretextando que eran viejos o pasados de moda. A mí me daba igual la verdad, accedí a ir con ella de visita a su diseñadora preferida y me dejó ponerme un sencillo vestido de manga cortas y de un color verde botella y con flores bordadas en tonos más oscuros.

Bajamos al salón y ahí estaba el doctor y su esposa sentados en el sillón, Ashley de pie al lado de la ventana con su esposo al lado de ella y Jeffrey que acudió enseguida a recibir a su amada Ann en cuanto nos vio entrar. No vi a Noah, pero decidí empezar a explicarles mi plan.

—Buenos días a todos. Gracias por acceder a reuniros conmigo —dije, aclarándome la voz.

—Buenos días, Alison —me contestaron Margaret con una mirada de cariño y el doctor. Asentí con la cabeza.

—Buenos días —contestó Thomas, lo miré ruborizándome y añadió con una sonrisa traviesa— ¿Qué tal dormiste anoche? ¿No pasaste mucho frío?

Eso le valió un codazo de su esposa en todo el estómago, miré a Ashley incrédula y me devolvió una mirada de vergüenza hacía su esposo, como un *lo siento*, pero sin palabras, le sonreí agradecida. Era la primera vez que me miraba directamente a los ojos, y empecé a hablar. Cuando terminé, la voz furiosa de Noah detrás de mí exclamó de repente, haciéndome sobresaltar.

—¡Nunca te dejaré hacer eso, nunca!

CAPÍTULO 14

—Pues, es la mejor solución —solté mirando a Noah.

—¡Nunca te dejaré ponerte en peligro de esa manera, nunca!

Le di la espalda y seguí con un tono más enfadado.

—¿No crees que me vas a tener aquí encerrada mientras por ahí anda suelto un asesino, verdad? —no contestó y seguí—. Sólo te pido que confíes en mí, necesito salir y que todos piensen que soy Eleonor.

—Hijo, sé que sientes miedo, pero no dejaremos que le pase nada a Alison —me apoyó Cedric.

—Noah, va a salir bien, ¡lo presiento! —dijo Ann; la miré agradecida y ella me sonrió.

—Alison, te ayudaré para que vistas y actúes igual que ella —intervino de repente Ashley. Todas las miradas fueron a parar a ella, le subieron los colores a las mejillas y contesto—: También yo quiero dar con el asesino, ¿quién mejor que yo para aconsejar a Alison sobre Eleonor? Saben que ella era muy perfeccionista en todo lo referente a la belleza. Siempre lo hacíamos todo juntas.

Su voz se quebró y Thomas la cogió entre sus brazos.

—Todos te ayudaremos, Alison —Margaret me miró con cariño.

—Gracias, son muy amables.

Giré hasta encontrarme de cara a Noah, su mirada era seria y se pellizcaba el puente de la nariz. Estaba enojado.

—Yo no puedo, lo siento, no estoy de acuerdo, ¡es demasiado arriesgado! —se acercó a mí, me cogió de las manos y me susurró, sólo para que yo lo escuchara—: Eres mi vida, y sin ti no soy nada.

Mi pulso se aceleró ante esa confesión tan hermosa. Lo miré y le sonreí tímidamente.

—Tengo que hacerlo, por ella, por mí, y sobre todo por ti.

Se le descompuso la cara, se dio media vuelta y se fue dejándome ahí parada.

—¡Noah, espera!

—Alison, déjalo necesita estar solo —aconsejó Margaret—. Conozco a mi hijo y cuando se enoja es mejor dejar que se le pase.

La miré y asentí, pero no me quede tranquila, quería correr tras él y abrazarlo con fuerza.

—Ven, toma asiento y empezaremos a explicarte algunas cosas de Eleonor —me dijo Ann—. Tranquila, cambiará de opinión, ya verás.

Pasé todo el día con ellos hablando de cómo era Eleonor, sus modales, su manera de sentarse en público o cómo miraba a la gente con un aire superior. "*Por eso se llevaban tan bien las dos*" pensé, mirando a Ashley. Cuando menos me di cuenta ya era de noche y aun no había aparecido Noah. Deseé buenas noches a todos después de la cena y me fui a mi habitación con el corazón en un puño.

Entré y cerré la puerta, no encendí ni la luz. Me quité la ropa echándola toda al suelo. Busqué en la penumbra el camisón de noche que se suponía que estaba sobre la cama. Un movimiento que provenía de la misma llamó mi atención. Me quedé helada, había alguien en mi cama, estaba segura. Retrocedí un paso intentando que pareciera natural y una mano atrapó mi muñeca, haciéndome caer en la cama. Iba a gritar cuando me llegó un delicioso aroma familiar. Me abracé a él con fuerza, buscó mi boca con desesperación y ansia.

Su beso era intenso y le respondí de la misma manera. Me aferré a él con más fuerza, me recostó y se tendió encima de mí. Su cuerpo estaba caliente y suave, me dejé llevar por un torrente de emociones, vibrando al mismo compás del de mi amante. Entró en mi con fuerza y creí perder la cabeza en ese momento, una ola de calor me invadió, empujando con movimientos seguros me llevó hasta casi desfallecer de placer, gritamos los dos llegando al mismo cielo, y caí rendida entre sus brazos.

Acurrucó su cabeza contra mi pecho, le envolví con mis brazos acariciando su sedoso cabello, su respiración era agitada igual que la mía. Le levanté la cabeza con suavidad, obligándolo a mirarme a los ojos. Tenía una mirada triste, se me encogió el corazón.

—Todo va a salir bien —le dije en un susurro.

Me miró con más intensidad.

—Yo no quiero perderte de nuevo ahora que te he vuelto a encontrar, no lo soportaría.

Me abrazó y noté que su cuerpo se estremecía.

—No me vas a perder nunca, te lo prometo.

Casi sin darme cuenta me puse a tararear una nana que siempre oía en mis sueños, era muy hermosa y transmitía paz. Me miró sorprendido y maravillado a la vez.

—¿Tu la recuerdas?

—¿El qué? —pregunté sin comprender.

—Es la nana que compuse para ti, la noche en que tu... que ella desapareció.

—Desde que tengo recuerdos. Sí, la oía en sueños. Ahora sé por fin de donde proviene.

Le sonreí tímidamente.

—Te amo, mi Alison. Eres mi vida.

—Yo también te amo, eres la razón de mi existencia. Sin ti mi vida no tiene sentido, ahora lo sé — estaba segura de mí misma.

—¿Dime qué tienes previsto para mañana? —me preguntó.

—Le prometí a tu hermana ir con ella a la boutique de su diseñadora favorita.

Se echó a reír a carcajadas y yo levanté una ceja como interrogándole.

—¿De qué ríes? Sólo va a comprarme un par de vestidos nuevos.

Me echó una mirada traviesa.

—No sabes lo que le acabas de prometer a mi hermana.

CAPÍTULO 15

A la mañana siguiente desperté sola en mi cama, había una nota y una rosa blanca a mi lado. La cogí y leí:

«SIENTO NO ESTAR AHÍ. TE VERÉ EN EL DESAYUNO, SIEMPRE TUYO. NOAH»

Esbocé una sonrisa. Me levanté de la cama demasiado rápido, me cogió un mareo y me agarré a la silla del escritorio para no caerme.

—Tonta —me dije.

Si nunca tuve el sentido del equilibrio en el futuro aquí tampoco. Cayéndome cada dos por tres, era algo inevitable mi torpeza, nació así.

Cuando se me pasó, me fui a bañarme y me vestí con una falda larga de algodón negra y una blusa de media manga blanca. Rebusqué en el armario y encontré un chaleco hecho de punto de cruz en algodón negro.

Me lo puse y abroché los minúsculos botones, me fui a mirar en el gran espejo y la imagen que devolvió no era la misma que en mi recuerdo.

Una hermosa mujer estaba ante mí, con la mirada brillante y los pómulos que normalmente eran pálidos ahora se veían de un color rosado. Los labios un poco hinchados y rojos, me ruboricé ante los pensamientos pocos inadecuados que me venían a la cabeza. Dejé mi pelo suelto caer libremente por mi espalda, como de costumbre era indomable. El chaleco acentuaba mi cintura esbelta. Hacía mucho calor y decidí desabrocharme el último botón de la blusa, así dejando entrever mi cuello, cuando me di cuenta.

—¡Mi colgante!

Ya no estaba en su sitio. Empecé a buscarlo por todo el cuarto como una loca. En la cama, entre las sabanas revueltas, entre las almohadas, nada.

Me desesperé y con lágrimas en los ojos salí corriendo de la habitación y bajé en busca de Noah. Entré en tromba en el comedor. Nada. Ahí no había nadie, me desesperé. Di media vuelta y fui a la cocina con la esperanza de encontrar a Margaret. Llegué y allí estaba ella amasando pan.

—¿Dónde puedo encontrar a su hijo? — le pregunté con la voz entrecortada.

Me dirigió una mirada sobresaltada por el tono de mi voz.

—¿Te pasa algo? —me preguntó inquieta.

La miré con ojos llorosos.

—Lo... perdí... no... sé dónde está —articulé y mi voz se quebró.

Empecé a llorar desconsoladamente, sintiendo que me flaqueaban las piernas me deje caer al piso, incapaz de aguantar mi peso.

La madre de Noah se acercó a mí y me rodeó con sus brazos como consolando a una niña pequeña.

-Tranquila, sigue, desahogate y luego te sentirás mejor.

Me acordé de mi madre y como me consolaba de pequeña igualmente, eso hizo que llorara más fuerte y que me cogiera pequeños espasmos.

—¡Cedric! —llamó Margaret a su esposo, el cual alarmado de los gritos llegó enseguida.

—Me has asustado, ¿qué pasa? —le preguntó a ella.

Seguro me señaló, pero yo no vi nada. Se arrodilló a mi lado y me tomó el pulso.

—¿Alison, te sientes mal? ¿Dónde te duele? —me preguntó preocupado.

Alcé la cabeza y le miré a los ojos para contestarle con mi voz rota por el dolor de mi perdida.

—Estoy bien, es que... *¡lo perdí!*

No pude acabar de explicarles porque otro llanto desgarró mi garganta. Me abracé más fuerte a Margaret, buscando en ella algo de mi madre.

Entre lágrimas vi a Cedric salir de la cocina. No tardó ni un minuto en volver con su maletín en la mano. Sacó de ella un pequeño frasco y una jeringuilla.

Mi cerebro se puso en alerta y di salto hacia atrás topándome con un mueble. Margaret me miraba sorprendida por mi acto. Cedric se acercó a mí para cogerme el brazo.

—¡No! —grité con miedo.

—Alison, es por tu bien, es un tranquilizante suave, te ayudará a relajarte —me dijo con voz tranquilizadora.

—Aléjense de mí *¡ahora!* —les volví a gritar.

Se escuchó abrirse una puerta con furia y ahí apareció mi salvador.

—¡Noah! —le llamé con desesperación.

Giró su cabeza en mi dirección alertado por mis gritos. Levanté mis brazos en su dirección y acudió a abrazarme. En su mirada se leía el pánico y el miedo. Volví a llorar

desconsoladamente, en el calor de sus brazos me sentía protegida.

—Amor, te amo, estoy aquí —me decía con su voz que amaba tanto.

—Noah... lo siento tanto... Lo busqué pero no aparece...

Se me volvió a quebrar la voz otra vez. Un pinchazo en mi brazo me sorprendió.

—¡Ay!

Me alejé de su abrazo y leí en sus ojos una expresión de culpabilidad y disculpa al mismo tiempo. Me levanté a duras penas, alejándome de todos, salí por la puerta que daba al jardín en busca de aire puro, no quería dormirme. Me dirigí también como pude hacia el río. Mi vista empezó a nublarse, y mi cuerpo perdía fuerza a cada paso. Todo iba muy rápido.

—Alison... déjame llevarte —me dijo Noah.

—No, ahora no. Casi, ya casi estoy llegando.

No alcancé a llegar y reparé como caía y como se acercaba el suelo peligrosamente a mi cara. Solté un grito de horror, nombrando aquel único que siempre me ayudaba cuando me caía.

—¡Dan!

Ya no supe más de mí, la oscuridad me engulló.

Llegaron voces a través de mi inconsciencia, como un murmullo. Intenté concentrarme en ellas, me sentía tan entumecida.

—¿Qué es lo que a pasado?

Reconocí la voz de Noah, se le notaba preocupado.

—No lo sabemos, solo repetía una y otra que lo había «perdido» —le contestó su padre.

—Y yo que quería ir de compras... —susurró Ann con decepción.

—Ann —le regañó su madre con dulzura.

¿Pero, qué hacían todos ahí? ¿Mirando al mono del circo?

Cómo pude dejarme llevar hasta el punto de sufrir una crisis. Ah, ya me acuerdo, "agujas". Sí, sin duda ellos no sabían de mi miedo hacia ellas.

—¿Pero, qué es lo que perdió? — preguntó de nuevo Noah con preocupación, hice un esfuerzo muy grande para abrir la boca y aclararlo.

—El col... col... gante.

—¡Alison!

Se acercó a mí y me abrazó, me ayudó a incorporarme un poco.

Abrí los ojos a duras penas sintiendo mis parpados muy pesados y me di cuenta que estaba en el despacho de Cedric, acostada en la camilla. Parpadeé un par de veces y centré mi mirada en los ojos tan hermosos que tenía frente a mí. Me miraba inquieto, yo le devolvía una sonrisa.

—Tranquilo, estoy bien.

—Alison, lo siento. Estabas tan mal, parecías tan desesperada.

—En realidad fue idea mía —intervino Cedric. Giré la cabeza a verlo.— Era la única manera de tranquilizarte. ¿Lo sabes, verdad?

—Sí, lo sé y se lo agradezco, sufro siempre una crisis de ansiedad ante las agujas. Me dan un miedo horrible desde pequeña.

—Pero, eres médico, ¿cómo haces tu trabajo entonces? —preguntó perplejo esta vez.

—Bueno, mientras no sea para mí, no me da miedo —respondí.

—Un médico que le tiene miedo a las agujas, eso sí que no se ve todos los días —se mofo Thomas que asomaba la cabeza por la puerta en ese momento.

—¡Thomas! No seas grosero —le regañó la voz de su esposa en algún lugar del pasillo.

—Tranquila, Ashley. Es patético, lo sé, pero no pude evitarlo. Tenía que ser médico, era algo más fuerte que yo — expliqué, desviando la mirada.

Noah me alzó el mentón obligándome a mirarle a los ojos.

—No estoy de acuerdo, creo que eres muy valiente, doctora Alison —afirmó con una sonrisa torcida.

Mi corazón empezó a acelerar y le devolví una sonrisa tímida. Se acercó y depositó un tierno beso en mis labios.

—Ups, esto se pone caliente, caliente... —dijo Thomas estallando de risa.

"PLAM", escuchamos, nos giramos a ver qué era ese ruido y ahí estaba él en el suelo, donde se había caído de culo. Todos estallamos de risa a carcajada de ver la cara que puso de sorpresa.

—No sé como lo has hecho enana, pero mejor corre a esconderte antes de que te atrape y te hinche a cosquillas.

Hizo ademán de levantarse y Ann salió corriendo

—¡Jeffrey! ¡Socorro!

Dio un salto de acróbata que me dejó sin aire. Todos se rieron de nuevo, Thomas se levantó del suelo riéndose también y dijo en voz alta y clara:

—¡Enana voy a por ti, ahora!

Desde algún lugar de afuera oímos como le replicaba ella.

—¡No te atrevas Thomas el oso! Jeffrey no dejará que te acerques a mí.

—¡Uh que miedo! —se burló él con una mueca divertida en la cara—. Si me disculpáis, tengo unos asuntos que arreglar con un duendecito malvado.

Con sus palabras hizo un gesto como de reverencia y se marchó corriendo por la puerta. Todos reímos. Cedric se aclaró la voz.

—Será mejor que vayamos a ver a estos dos —le comentó a su esposa.

—Alison, me alegro ver que estés mejor —Margaret sonrió con calidez hacia mí.

—Oh, perdón, no era mi intención asustarte.

—No te preocupes, está todo bien ahora, hija.

Se me encogió el corazón ante sus palabras. Como me recordaba a mi madre.

Nos sonrió y salió acompañada de su esposo, dejándome a solas con Noah. Aprovechó y me estrechó contra su pecho con dulzura. Me acordé del colgante perdido y eso hizo que me subieran las lágrimas a los ojos.

—Perdí el colgante que me regaló mi padre y el cual me trajo hasta ti —murmuré con voz pequeña y llena de tristeza.

—Lo sé amor, y lo siento mucho de verdad.

—Probablemente se cayó en el río la otra noche. Cómo no me di cuenta, que estúpida soy.

Se apartó un poco de mí y me miró a los ojos fijamente.

—No digas eso, por favor, nunca más. Si no te hubiera asustado, no te habrías caído al agua. Es mi culpa, no la tuya — me contestó muy serio.

—No, Noah, no es así, es mala suerte y es algo normal en mí —le repliqué.

Me miró, esta vez divertido.

—Bien, pero no concuerdo contigo en ese tema. No llores más, por favor, me rompe el corazón —me rogó—. Lo buscaré en el río y con un poco de suerte lo encontré.

Se me iluminó la cara de esperanza, y me tiré a su cuello para llenarlo de besos. Se rió de mi gesto y pasó sus brazos por mi cintura. Me levantó, me entró risa porque mis pies no tocaban tierra.

—Amo cuando te ríes así, es una música muy dulce para mis oídos.

Me ruboricé como una adolescente ante su comentario, lo que hacía mucho últimamente.

—Y todavía te amo más cuando te suben los colores amor... — siguió, y me besó con deseo, sin darme tiempo a contestarle.

Sentí su lengua buscar la mía. Me aferré a él, a su pelo, y le devolví el beso como buscando saciar algo más grande que empezaba a arder en mi cuerpo. Separó sus labios de mí a regañadientes.

—Si no fuera porque estamos en el despacho de mi padre...

Su mirada brillaba de lujuria. Me separé de él y alisé un poco mi cabello desordenado.

—Nos podrían pillar otra vez. ¡Qué pensarían de mí, por Dios!, que soy una señorita indecente...

Noah se rió dulcemente.

—No creo que piensen mal la verdad —respondió—. Ellos me ven feliz y eso es lo importante. Mi familia es diferente a las demás, están muy adelantados a esta época.

Se puso serio, cogió una mano mía y puso una rodilla al suelo. Me sobresalté literalmente y aguanté la respiración. *Dios, no irá a hacer lo que yo pienso*, me entró pánico y le miré a los ojos. Tenía una mirada profunda e intensa.

—Alison, sé que todo ha ido muy rápido, yo quiero hacer las cosas bien —me contempló durante unos cortos segundos— ¿Quieres casarte conmigo?

CAPÍTULO 16

¿Te casarás conmigo?

Extrajo de su bolsillo un anillo con una piedra brillante increíblemente hermosa y me lo puso en mi dedo anular. La verdad, parecía hecho para mí, solté el aire de repente.

—¿Alison?

Salí de mi estupor y le miré a los ojos. Aun seguía esperando una respuesta a su pregunta.

—No —respondí.

Se le abrieron los ojos como platos, se levantó arqueando las cejas y me atrajo a él.

—¿No me amas?

—¡Claro que te amo, más que mi propia vida! —repliqué.

Esta vez me miró confundido.

—No creo en el matrimonio, eso es todo.

—Alison, lo que pasó con tus padres no tiene porque volver a pasar.

Me abracé a él y apoyé mi cabeza en su pecho.

—No va conmigo, lo siento —justifiqué.

Pasamos unos minutos así, en silencio, pareció que él estaba pensando en mi respuesta.

—¿Qué te parece si empezamos por el principio?

Le miré sin comprender, no sabía a qué se refería.

—¿Me haría el honor de acompañarme esta noche a la ópera, señorita Bennett?

—¿Es una cita? —pregunté, levantando una ceja.

—Sí, nuestra primera cita.

En eso cogió mi mano y depositó un beso en ella. Me aguanté la risa y le hice una reverencia.

—Acepto ser su acompañante, señor Jefferson.

Y así pasó rápidamente el día, Ann y Ashley me ayudaron a escoger un vestido para mi primera "cita", me tomé un largo baño, luego me peinaron, una tortura para mí, pero no dije nada.

Dejé que sus manos expertas hicieran de mí lo que quisieran. Ann estaba encantada.

Miré el anillo que puso Noah en mi dedo con aprensión. Era una preciosidad, fino pero elegante. Tenía que devolvérselo, luego, me prometí.

—¡Terminamos ! —gritó una duendecilla feliz.

Me levanté con cuidado de no enredarme los pies con los metros y metros de tela y me aventuré a mirarme al espejo. Y ahí se me desencajo la mandíbula y se me abrieron los ojos como platos ante la sorpresa. La mujer del espejo no era yo, era de Eleonor. Éramos idénticas.

—¿Te gusta? —preguntó Ann.

—Yo no sé qué decir, es increíble lo que han hecho —susurré estupefacta.

Me miré de pies a cabeza. El vestido largo rojo palabra de honor era todo ella sin lugar a dudas. Una fina línea de brillantes serpenteaba desde mi cintura hasta la parte trasera. Mis hombros desnudos y el escote demasiado pronunciado a mi gusto.

Mi pelo estaba muy bien peinado, medio recogido y con bucles sueltos que caían en cascada sobre mi hombro.

—Gracias a las dos.

Ann se puso a dar saltos de alegría y Ashley me miraba con lágrimas en los ojos.

—¿Les importaría dejarme sola un momento?

—Nos vemos a bajo.

Y en eso me plantó un beso en la mejilla. Se cogió del brazo de su cuñada y esta me sonrió tímidamente, salieron dejándome al fin a solas.

Me miré de nuevo al espejo y respiré a fondo. *Venga, Alison, que tú puedes, para eso has venido aquí*, pensé. Se me encogió el corazón, tenía el extraño presentimiento de que el desenlace final estaba cerca. ¿Y qué pasaría después cuando volviera a mi época? ¿Por qué iba a ocurrir, no? No estaba segura de nada.

¿Podría vivir sin sus besos, sus caricias, o el calor de su cuerpo? Estaba enamorada de Noah.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar que no volvería a ver nunca más su mirada tan hermosa. Ahora no podía pensar, tenía que aprovechar al máximo de cada minuto compartido con él.

Me armé de valor, no podía dejar que se me notará el miedo que sentía. Compuse una cara fingida, una que me enseñó Ashley, y me dirigí al encuentro de algo que no sabía si estaba preparada para afrontar. Bajé las escaleras principales con cuidado. Llegué abajo

sin problema, menos mal. Me dirigí al salón y abrí la puerta más fuerte de lo normal, haciendo mucho ruido.

—Perdón, se me fue la mano.

Levanté la vista para observarlos y ahí estaban todos, mirándome fijamente, parecían que aguantaban la respiración.

—No soy un fantasma —reclamé.

Escuché un suspiro colectivo.

—Discúlpanos, Alison —manifestó Margaret—, pero el parecido es muy grande.

—Más que eso —intervino Thomas—, parecen como dos gotas de agua.

—Bueno, esa es la idea.

Me giré hacia a Noah, estaba cerca de la ventana y su mirada era impactante. Me acerqué lentamente y a unos pasos me detuve. Busqué su mirada y le sonreí.

—Qué te parece, ¿te gusta?

Me miró de arriba a bajo con lentitud, admirando cada detalle de mi nuevo yo.

—No sé si la palabra "gustar" es la adecuada.

Se acercó a mí, me pasó un brazo por la cintura y me susurró al oído:

—Estas bellísima, me entran ganas de robarte y... —susurró con erotismo, me subieron los colores de golpe y no pude aguantar una risilla tonta—. No te muevas.

Sentí como depositaba algo alrededor de mi cuello y lo ataba. Se alejó un poco de mí.

—Ya puedes mirar.

Bajé la mirada, curiosa y descubrí un collar de diamantes. Ahogué un grito de sorpresa.

—¡No puedo aceptarlo, es demasiado valioso! ¿Y si lo pierdo o me roban?

—Recuerda que a Eleonor le encantaban las joyas, no te lo puedes quitar. No lo vas a perder ni nadie te lo va a robar —aseguró Ann.

Giré para verla y ella me ofreció una sonrisa; se la devolví, insegura de mí.

—Confía en mí —continuó.

—Bien, es hora de irnos —me dijo Noah y depositó en mis hombros un chal de seda negro.

Deseamos buenas noches a todos y nos dirigimos hacia el garaje.

Estaba casi todo igual que cuando lo visite con Dan. ¡*Oh, Dan, cómo te echo de menos!*, pensé. ¿Qué sería de él? Seguro me buscaría como un loco. Conociéndolo movería cielo y tierra para encontrarme. ¿Y mi padre? Sacudí la cabeza para echar esos pensamientos antes que me entrara la melancolía.

Me abrió la puerta del coche y subí en silencio. No dije nada en todo el trayecto, un nudo se me formó en el estomago cuando más nos acercábamos al centro de la ciudad. Miré a las casas, fascinada de los cambios de esta época, nada que ver de lo que serían. Llegamos a la opera, detuvo el coche y vino a abrirme la puerta. Me tendió su mano para ayudarme.

—Tranquila, Alison — me tranquilizó. Le miré y sonreí un poco. —Todo va a salir bien.

Entramos y un empleado nos acompañó a un palco privado donde se podía apreciar todo el escenario.

—El Señor y la Señora Jefferson, ¡que placer volver a verlos! —exclamó un hombre que no conocía.

Era de mediana edad, bajito y calvo, se acercó a nosotros. Noah le tendió la mano para saludarlo.

—Ronald —dijo él a modo de saludo seco.

Se giró a mirarme con sus ojos globulosos.

—Señora Eleonor, está radiante esta noche, ¡cuánto tiempo sin ver su espléndida belleza por aquí!

Cogió mi mano y la besó, o mejor dicho, la babeó. Me entraron ganas de pegarle un puñetazo, pero me contuve. Soltó mi mano al fin y siguió.

—Noah, nos vemos luego para tomar un coñac, tenemos que hablar de tu carrera.

Este le echo una mirada feroz y contestó:

—Claro, luego hablamos.

Se fue, no sin mirar antes mi escote con mucho descaro, sentí a Noah tensarse a mi lado y le cogí la mano para tranquilizarlo un poco. Tomamos asiento y eché una ojeada curiosa a la gente del centro de la sala. Muchos caballeros me miraban con ojos brillantes pero las señoras con unas miradas de envidia y celo. Desvié la mirada, puede que él asesino esté ahí, mirándome. Me dio un escalofrío de horror.

—Alison —susurro mi amado en mi oído— ¿Te he dicho lo increíblemente hermosa que te ves así?

Su comentario logro que me olvidara de todo y me ruboricé.

—Quisiera pedirte el permiso para secuestrarte y llevarte lejos de aquí...

Busque su mirada, en ella se leía el deseo y un poco de miedo también.

—¡Señor Jefferson! Sus palabras me escandalizan profundamente, no son cosas de decir en una primera cita —dije en un susurro a modo de broma.

Me agarró la cara entre sus manos y me besó, haciéndome casi perder la cabeza.

Cuando se separó de mí me ofreció mi sonrisa favorita y mi pulso de aceleró solo. Inmediatamente las luces se atenuaron y una pareja empezó a llenar la sala con sus voces de soprano. Antes de darme cuenta ya se había terminado.

—¿Te gustó? —pregunto él, expectante.

—Sí, cantan divinamente bien.

Me ayudó a levantarme de mi asiento y salimos hasta la calle. Se veía muchísima gente que salían al mismo tiempo, Noah me apretó contra él con fuerza. Llegamos casi al coche cuando de repente salió entre el turgorio de la gente un brazo con un puñal en mano, precipitándose hacia mí. Solté un grito y todo paso muy rápido, al momento estaba en el suelo con el cuerpo de Noah encima de mí, protegiéndome. La gente gritaba y corría por todos lados.

—¿Alison, estás bien? —preguntó Noah con angustia.

—Sí, estoy bien, no pasó nada.

Lo mire a la cara más detenidamente, estaba pálido y suspiró de alivio. Hice ademán de levantarme, pero sentí en mi mano algo pegajoso y caliente. Levanté la mano para ver qué era y me horroricé.

—¡Noah, estás sangrando! —empecé a buscar dónde tenía la herida.

—Amor, no es nada, no siento casi dolor.

Y ahí en el costado encontré algo que no era tan pequeño como me hubiera gustado. Ahogué un grito de desespero. *Alison calma, eres médico, no lo olvides.* Automáticamente unos reflejos instintivos vinieron a mí. Levanté el bajo del vestido y desgarré la tela, se la puse en la herida apretando con fuerza. Noah hizo una mueca de dolor y apretó la mandíbula. Unos hombres se acercaron y me propusieron su ayuda gentilmente.

—Rápido, hay que llevarle al hospital.

Lo levantaron con suavidad y lo recostaron en el coche. Ni me lo pensé, salté al asiento del conductor, arranqué el coche y salí en tromba rumbo al hospital. En pocos instantes Noah empezó a toser. No me gustó esa tos.

—Aguanta, casi llegamos —lo tranquilicé.

—Alison... yo te amo.

Detuve el coche en seco y me abalancé sobre él, cogí su cara entre mis manos.

—¡Te prohíbo que te despidas de mí! —le dije entre sollozos.

Me miró con dulzura y cerró sus ojos, su cuerpo empezó a tener convulsiones.

—¡Noah, no! —grité con fuerza—. ¡No me dejes otra vez!

CAPÍTULO 17

—¿Por qué tardan tanto? —pregunté de nuevo con angustia y mirando las grandes puerta blancas cerradas ante mí. Llevábamos como horas y horas aquí. Y menos mal que Cedric estaba de guardia esta noche.

—Alison, dales tiempo —me replicó Ann—. Tu sabes muy bien como son de largas estas operaciones.

Sí, lo sabía muy bien, en mi trabajo veía a menudo cuando llevamos a algún herido al hospital como se desesperaban sus familiares y la interminable espera. Nunca pensé que ahora yo también viviría algo tan doloroso. La profunda herida en el costado de Noah era muy grave y perdió mucha sangre debido a lo cual entró en estado de shock con convulsiones. Casi me da a mí un ataque de nervios cuando perdió el conocimiento en el coche.

Margaret, que estaba a mi lado sentada sollozando, gimió, Ashley pasó un brazo por sus hombros y empezó a consolarla. Thomas... él lloraba en silencio como un niño desconsolado en un rincón.

Ann recorría el pasillo de punta a punta sin parar, haciendo que Jeffrey la cogiera de los hombros y la obligó a mirarle a los ojos.

—No es culpa tuya, para ya de culparte.

Su marido parecía tener una especie de sexto sentido, era como si él sintiera las emociones de los demás.

—¡No comprendo porque no lo vi antes! ¡Tendría que haberlo visto!

La rodeó con sus brazos y besó su frente con dulzura.

—Sabes muy bien que a veces no se puede hacer nada, es el destino —le susurró al oído.

Se abrieron las puertas, dejando salir a una enfermera. Nos miró a todos a la cara y se fijó en Jeffrey y preguntó:

—¿Doctor Bennett? Me envía a buscarle el Doctor Jefferson.

Me levanté de un salto, mi corazón empezó a temblar.

—¡Soy la Doctora Bennett! —me dirigió una mirada incrédula— ¡Lléveme donde está él! —ordené.

—Debe ser una confusión —balbuceó ella—. Debí entender mal el nombre, volveré a preguntar.

Me entró furia y la cogí del brazo para encararla antes de que se fuera.

—Me va a escuchar muy bien, señorita: si no me lleva ahora mismo con el Doctor Jefferson haré que la despidan... ¡inmediatamente!

Sentí que todos me rodeaban y le lancé una mirada feroz a ella.

—Y lo hará, créame —replicó Ann—. La vida de mi hermano depende de ella.

Todos nos giramos a verla de repente. Tenía la mirada perdida y su cuerpo estaba tenso.

—¿Ann, qué ves? —preguntó Margaret con angustia.

—A Noah, está muy pálido y... echa sangre por la boca.

Me di media vuelta y salí corriendo hacia las puertas, las abrí sin esperar a la enfermera y empecé a buscar por todas las habitaciones. No presté atención a las miradas curiosas de los pacientes allí presente.

—¿Cedric? —lo llamé, con esperanza que no estuviera muy lejos para oírme.

—Alison, por aquí —respondió de pronto.

Fui hacia su voz, lo encontré en una sala adjunta, miré por todos lados en busca de Noah, pero ahí no estaba. Busqué su mirada con miedo, se le veía cansado y mucho más mayor. Sentí miedo, me detuve ante él. Mi corazón se desbocó.

—Esta vivo, pero muy grave— me dijo él en un susurro.

Se me abrieron los ojos como platos y noté que mi respiración se aceleraba.

—Alison, necesito tu ayuda —me agarró de los hombros y en su mirada había una mortal gravedad—. De médico a médico. En tu tiempo están más adelantados, tiene que haber alguna forma de salvarlo.

Dejé de lado mis miedos y dejé salir al médico que había en mí.

—¿Cuáles son los síntomas del paciente?

Se le iluminó la cara y empezó a contarme. Después de un rato, cuando ya terminó su relato, me quedé pensando. *"Respira con dificultad, sangre al toser, ¿pero qué podía hacer yo en esta época sin los equipos adecuados? ¡Piensa, piensa!"* y me llegó una idea, tenía que intentarlo.

—Cedric, llévame con él, necesitaré que me traigan rápido todo lo que le voy a pedir.

Asintió con su cabeza.

—Un recipiente con agua limpia, un bisturí y un tubo de intravenosa esterilizado.

Se giró hacia la misma enfermera y ella sin esperar nada se fue a cumplir las órdenes. Me guió a través de varios pasillos y entramos a una habitación individual. Mi corazón dio un

brinco al verlo ahí tendido entre las sábanas blancas. El recuerdo de unas lágrimas correr por unas mejillas arrugas me vino a la cabeza. Con un nudo en la garganta sentí que mis ojos también se llenaban de lágrimas. Me acerqué a su cama y le miré a la cara. Tenía los ojos cerrados y con profundas ojeras bajo ellos. Estaba muy pálido y su frente bañada de sudor. Su respiración era muy ruidosa, se le notaba la dificultad al respirar. Instintivamente cogí un paño limpio dejado en una mesita al lado de su cama, fui al pequeño cuarto de baño y lo mojé de agua fría. Volví al lado de Noah y se lo deposité con cuidado en la frente. Movió un poco la cabeza, pero no despertó.

Le cogí de la mano para que sintiera que estaba a su lado y acerqué a su oído mi boca susurrándole:

—No voy a permitir que te mueras, ¿me oyes? No así, otra vez no.

No fui capaz de continuar, sentí desbordarse por mis ojos las lágrimas acumuladas y que tan desesperadamente había evitado derramar con anterioridad. Me las enjuagué rápidamente y acumulando la poca fortaleza que aún me quedaba le dije algo que ahora si sentía que tenía que decirle.

—Prometo casarme contigo. Ahora sé que fui absurda al decirte que no. Te amo... Por favor, Noah, no me dejes...

Apareció Cedric a mi lado con la enfermera, traían todo lo que les pedí.

—Cedric, necesitaré tu ayuda —asintió con la cabeza, esperando mis ordenes—. Primero denme una bata blanca.

La enfermera me trajo una y me la puse por encima del vestido.

—Segundo: hay que incorporarlo — y así lo hicimos.

Quitó la sábana que le cubría, dejando así su pecho descubierto y le giramos un poco sobre su lado bueno, dejando así su herida a buena altura.

—Cedric, voy a hacer un pequeño corte entre la séptima y sexta costilla —le informé, indicándole a la vez con mi dedo—. Cuando yo te lo diga, pásame con rapidez el tubo sin aguja de la intravenosa.

Lo miré a los ojos, tenía una mirada confiada y eso me lleno de valor. "*Tú puedes, Alison, para eso era que tenías que ser médico. Para salvar su vida.*" No supe de donde me vino ese pensamiento, pero así era y otra pieza de mi rompecabeza se encajó de pronto.

—¿Alison, preparada? —me preguntó mi suegro.

—Sí, más que nunca —respondí, segura de mí misma.

Tomé una gran bocanada de aire.

—Bisturí —pedí.

Acto seguido Cedric me lo pasó. Acerqué mi mano, y quité las gasas de la herida y con un movimiento preciso y rápido corte la piel sobre un centímetro.

Noah gimió, pero no había tiempo que perder en anestesia.

Burbujas de sangre empezaron a salir al ritmo de su respiración.

—¡Tubo!

Me lo pasó casi antes de haberlo pedido. Estaba conectada a Cedric, era muy fácil trabajar con él.

Introduje el tubo por el corte para llegar a su pulmón izquierdo y cogiendo del otro extremo lo sumergí en el recipiente lleno de agua. El oxígeno dentro del agua provocó una succión de la sangre, así llenando y tintando la misma de líquido rojizo.

Cuando más o menos hubo salido un cuarto de litro de sangre, Noah empezó a respirar bien. Suspiré aliviada y miré a Cedric, él me sonrió y en su mirada se podía leer la gratitud.

—Se va a poner bien, eso permitirá que sus pulmones se vacíen de la sangre causada por la herida —le expliqué, señalando el tubo dentro del agua.

—Alison, no sé cómo darte las gracias por salvar la vida de mi hijo —me agradeció él con la voz llena de reconocimiento.

—No fue nada, hubiera hecho eso y más si lo hubiera necesitado. Yo... daría mi vida por él —le dije con lágrimas en los ojos.

Luego, hizo algo que no me esperaba, me abrazó con suavidad y murmuró:

—Eres como un regalo de Dios, gracias.

—¿Pa...padre? —nos dimos la vuelta al mismo tiempo para ver a Noah despertando. Éste se acercó con rapidez, acudiendo a la llamada de su hijo.

—Hijo, no hables, descansa, ya habrá tiempo.

—Alison —me llamó Noah con agotamiento.

Esta vez me acerqué yo y me cautivó con su maravillosa mirada. Se quedó tranquilo y relajado al verme y le sonreí, sintiéndome feliz. Buscó la mirada de su padre y le dijo con una pequeña sonrisa torcida.

—Me voy a casar.

CAPÍTULO 18

—Es un hecho —le dijo Noah con la mirada llena de alegría a su padre.

Me sobresalté ante sus palabras, nunca pensé que me hubiera oído.

—¿Pero, tú escuchaste mis palabras? —repliqué con una voz sorprendida.

Buscó mi mirada.

—Claro, amor, lo escuché todo.

Me ruboricé y él me ofreció una cansada pero maravillosa sonrisa.

—Felicidades a los dos —nos dijo su padre.

—Gracias —contestamos a la vez como un susurro, él por la poca energía que aún tenía, yo por la vergüenza.

Se abrió la puerta de la habitación y entraron el resto de la familia. Margaret se acercó rápidamente a la cama a ver a su hijo, y suspiró aliviada de verlo bien. Se abrazó a su esposo con alegría reflejada en la cara. Thomas, Ashley y Jeffrey se situaron a los pies de la cama mirando y sonriendo a su hermano. Empezaron a hacerle preguntas a él, preguntando cómo se sentía y qué era lo había pasado. No prestaba atención a la conversación. Cautiva de su mirada no me di cuenta de que ahí faltaba alguien, y ese alguien me saltó encima, sorprendiéndome y me abrazó con fuerza. Me tambaleé un poco pero logré no perder el equilibrio. Ann, que escondió su rostro en mi pelo todo desecho, lloraba con desespero. La abracé y la mecí para tranquilizarla. Todos contemplaron la escena con cariño.

—Ya pasó, Ann, ya pasó —le murmuré.

Se separó un poco de mí y vi caer unas gruesas lágrimas de cocodrilo.

—Tú... lo... salvaste —logró decir entre sollozos y con ojos hinchados de tanto llorar — Gracias.

En eso se oyeron más sollozos, nos giramos a ver y cual fue nuestra sorpresa al descubrir a Thomas llorando.

—¿Wow, pero lloras de verdad hermano? —se mofó Noah, para luego hacer una mueca de dolor.

—¿Quién, yo? No. Es que se me metió algo en los ojos — replicó Thomas con rapidez, enjuagándose las lágrimas con el brazo.

No nos pudimos aguantar la risa de su contestación y reímos. Ashley lo rodeó con sus brazos y le murmuró con una sonrisa picara:

—Pobrecito mi osito lindo.

Todos aguantamos la risa, menos Ann.

—¿Osito lindo? ¡jajajaja!

Y más risas, uniéndonos a su risa contagiosa si querer. Noah también rió.

—¡Ay! —se quejó.

Nos callamos todos y me acerqué a él rápidamente.

—Ya vale por hoy de visitas. Ya comprobaron que está mejor, y se recuperará —declaré en tono brusco.

Miré a Cedric y él se aclaró la voz.

—Totalmente de acuerdo con usted, Doctora Bennett. Hijo, tienes que descansar y recuperar fuerzas, ya tuviste bastantes emociones por hoy.

Me sonrió amablemente y me subieron los colores.

Todos se despidieron de Noah y salieron de la habitación. Me miró con dulzura y me señaló que me sentara a su lado. Con cuidado de no hacerle daño me senté y recosté mi cabeza en su hombro.

—Te amo —le dije en un susurró.

Besó mi coronilla.

—Yo también a ti, mi amor.

—Me asusté mucho, creí que te perdía —confesé.

—¿Tú crees que después de escucharte que sí te casarías conmigo te iba a abandonar? No podrás deshacerte de mí tan fácilmente, prometida mía —me contestó con voz traviesa, aunque con esfuerzo. Me ofreció una mirada llena de amor y con una sonrisa triunfante —. Ah y otra cosa, te ves muy sensual cuando conduces mi coche. Debería dejarte conducir más a menudo —añadió él en el mismo tono.

—No sé ni cómo lo hice, tantos botones y artilugios. Es un milagro que llegáramos sanos y salvos al hospital.

—Tú eres mi milagro —susurró en mi oído.

No había lugar a duda que en este momento yo era la mujer más feliz en este mundo. Y sin darme cuenta me deje llevar por el cansancio de una noche muy larga y muy emotiva. Cerré mis ojos y me dormí tranquila al lado del hombre que tanto amaba.

Pasaron los días y las semanas en un abrir y cerrar de ojos. Mis visitas al hospital y mi

colaboración con Cedric me permitían estar más tiempo de lo permitido con Noah. Éste se iba recuperando más cada día que pasaba. Vinieron unos policías para informarnos que no encontraron al culpable. Algo se me escapaba de aquella noche, pero no sabía el qué. Hasta el jefe de los Cheyenne pasó una noche a visitarnos, nos explicó que para él era más fácil "*deambular entre blancos*" cuando estos no estaban presentes con sus ojos curiosos. Recuerdo con alegría que su visita no solo le trajo más energía a Noah, sino que me devolvió algo que creía perdido para siempre

—Lo encontré a la orilla del río, a unos kilómetros de la mansión —me explicó, entregándome el colgante—. Es parte vital en todo lo que está ocurriendo, mi joven señora, y será parte vital de todo lo que ocurrirá, bueno y malo. Nunca lo apartes de ti.

Sus palabras me dejaron pensativa y hasta cierto punto me asustaron un poco, es por eso que desde su visita nunca me lo volví a quitar. Al tenerlo colgado de mi cuello me sentí plenamente protegida de nuevo. Con Noah vivo y saludable y el colgante en mi poder nada me ocurriría.

Una noche Margaret se quedó velando el sueño de su hijo y me obligaron a volver a la mansión para así descansar debidamente.

—En casa te esperan para cenar, apenas has comido nada en estos días —me regañó dulcemente ella.

La verdad era que la comida del hospital era horrible y nada más olerla me provocaba náuseas.

Me dolía separarme de él, pero me dejé convencer casi sin protestar.

Cuando llegué a casa Ann salió a recibirme y me acompañó a mi cuarto para que yo me bañara. Un largo baño relajó todos mis músculos tan doloridos y tensos. Salí del agua, enrollándome en una gran toalla y el roce de esta contra mis pezones me arrancó un grito de dolor. Hacía semanas que notaba mis pechos hinchados y doloridos como si me fuera a venir el periodo.

—¿Alison, estás bien? — preguntó Ann inquieta a través de la puerta.

—Sí, ya salgo.

Me puse un vestido de mangas largas marrón, me cepillé el pelo y salí del cuarto de baño. Ann me miraba con cautela.

—Estoy bien, de verdad.

—Eso espero, te ves muy pálida. Necesitas alimentarte ya de una rica comida. Ashley preparó la cena, es muy buena cocinera.

Me asió del brazo y nos dirigimos a la cocina. Llegamos y cuando abrimos la puerta me llegó de lleno unos olores muy fuertes, algo agridulces. Mi estomago se revolvió un poco,

seguro por el hambre que sentía. Tomé asiento y saludé a todos.

—Alison —me llamó Jeffrey. Giré mi cabeza a verlo—. Llegó un telegrama hace un rato del hospital.

Me angustié.

—Tranquila, él está bien, es para que supieras que mañana le dan de alta. Margaret nos pidió que preparáramos una pequeña fiesta de bienvenida.

—Sí, claro, es buena idea —Ann aplaudió con entusiasmo.

—No hace falta que vayas mañana, lo dejarán salir temprano.

Asentí con la cabeza. Ashley comentó que iba a hacer un pastel, Thomas le propuso ayudarle para así de paso poder "*jugar con la nata del pastel*", le susurró a su esposa. Ella lo miró con pasión y lo besó con urgencia. Sonreí para mí, en estas semanas pude conocer mas a mi futura cuñada, detrás de su máscara de frialdad, había una mujer con gran corazón. Ann no paraba de hablar y decir lo mucho que tenía que hacer para preparar la fiesta y el poco tiempo que le quedaba.

—¿No tienes apetito? —me preguntó ella, viendo que llevaba ya diez minutos jugando con mi tenedor sin llevarme casi nada a la boca.

—No mucho —negué con la cabeza algo distraída.

—¿Qué te ocurre, Alison? ¿Es la comida de mi esposa que te ha sentado mal? —intervino Thomas; ella lo miró furiosa y él le ofreció una sonrisa de disculpa.

—Claro que no, está todo delicioso —dije, sonriendo a Ashley.— Debe de ser por los nervios, lo que ocurrió hace unas semanas, tengo el estomago delicado, eso es todo.

Mis cuñadas intercambiaron una mirada cómplice que no supe entender. Me sentía cansada y me pesaban los parpados, sólo quería irme a dormir. Me excusé con ellos y me levanté de mi asiento con paso vacilante. Todo empezó a dar vueltas a mi alrededor, me aferré a lo primero que tuve al alcance de la mano, la rampa de la escalera. Mi estomago me quemaba y sentí pinchazos muy fuertes.

Sentí un escalofrío y empecé a temblar. "*Respira, 1, 2, 3, inspira, 1, 2, 3, espira.*" pensé para mi misma. A la tercera o cuarta vez pareció atenuarse el dolor. Me aventuré a intentar subir un escalón cuando otro pinchazo más fuerte que antes me cortó la respiración. Me dejé caer al suelo, incapaz de moverme, y esta vez no pude reprimir un grito de dolor. Todos acudieron corriendo hacia mi.

—¿¡Alison!? —escuché a lo lejos que me llamaban. El dolor era cada vez más insoportable, no pude contener las lágrimas.

Noté como alguien me levantaba del suelo, cerré mis ojos y me agarré el estomago con

fuerza. Debí quedarme inconsciente un rato porque cuando volví a abrirlos estaba en el hospital. Giré mi cabeza y vi a Cedric que preguntaba algo a sus hijos, estos tenían caras descompuestas. No oí nada ya que en mis oídos solo escuchaba un extraño zumbido. Un sabor amargo invadía mi boca, eso me hizo que me girara a vomitar. Cuando paso, sentí que alguien me sujetaba el pelo de una mano y con la otra me sujetaba la cintura, gracias a lo cual no me caí al suelo. Giré mi cabeza y vi que era Noah, en su mirada había terror. Le ofrecí una débil sonrisa.

—Noah no deberías estar aquí —le dije con voz cansada.

—No digas tonterías, ya te dije que no ibas a deshacerte de mí tan fácilmente —me contestó con inquietud.

Se acercó su padre y le lanzó una mirada angustiada a su hijo. Yo ya sabía cuál era el diagnostico.

—Cedric —le llamé para que mirara a mi, lo que hizo. Me enderecé un poco y le informé con la voz temblando—. Ya sé lo que tengo. Me han envenenado.

CAPÍTULO 19

Veneno.

Sí, intentaron matarme, no cabía ninguna duda. Después de varios lavados de estomago y gracias a Dios que no me terminé el plato, solo se quedó en un gran susto.

El asesino me había visto y seguramente no me dejaría en paz hasta acabar conmigo, o yo con él.

Estaba decidida, esto era ya demasiado. Noah casi se vuelve loco, no quería que yo continuara con ese juego, pero yo si quería seguir por el bien de todos. La noche siguiente a mi envenenamiento reviví en sueño el momento en que la mano con el cuchillo salió entre el tumulto de gente para atacarme. Como en cámara lenta ahí es cuando recordé haber visto la marca en su antebrazo, *"el trébol"*.

Me desperté sudando frío. Se lo conté a Noah y éste a la policía. Unos cuantos días en el hospital y por fin me dejaron regresar a la mansión, no si antes ser revisada a fondo por Cedric. Me encontraba aun con náuseas y con un malestar general.

Le hice prometer a él que no comentara nada de mi estado a Noah ni a nadie y me lo prometió bajo secreto profesional, ofreciéndome una sonrisa cómplice.

Todos eran muy atentos conmigo, en especial Ashley que se culpaba de lo que pasó.

—Tu comida estaba muy buena y lo sabes —la tranquilicé, ofreciéndole mi mejor sonrisa.

—Lo que pasó no deja lugar a duda que "él" estuvo en la casa y "él" puso el veneno en la comida de Alison —constató Cedric. Estábamos todos reunidos en el salón. Se podía casi palpar en el ambiente la tensión.

—Sí, estoy de acuerdo contigo, Cedric —replicó Jeffrey—. Hay que trazar un plan y ceñirnos a él. Cerrar todas las puertas y ventanas con llave, no dejar a Alison sola bajo ningún pretexto.

Noah estaba sentado en un sillón y yo sobre sus piernas, me abrazaba con fuerza como si tuviera miedo a perderme. Todos estábamos tensos.

Hablamos un rato más y de repente Ann saltó de los brazos de su esposo y se plantó en medio de todos.

—¡Alison! ¿Cuándo es tu cumpleaños? —le miré sorprendida.

—Fue hace un mes.

Y desvié la mirada, ella dejó escapar un pequeño grito.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Ann. ¿Tú crees que tenía cabeza en ese momento para pensar en eso?

—Pues yo digo que habrá una fiesta en tu honor —exigió ella.

Era como una niña pequeña, nada le podías negar, puso cara de puchero. Me miró con lágrimas en los ojos.

—Ann... —murmuré suplicante.

—¡Por favor, acepta! Llevas aquí tres meses y quiero complacerte, será una fiesta pequeña. También será la perfecta ocasión para celebrar vuestro compromiso.

Esto último lo dijo mirando a su hermano. Se miraron a los ojos en silencio y era muy extraño, me quedé fascinada, casi creí que se hablaban con la mente. No sé qué vio Ann, pero se puso muy contenta de repente.

—¡Gracias hermanito!

Enganchó el brazo de su esposo para sacarlo casi a rastras de allí.

—Vamos, tengo un millón de cosas por hacer aún... —decía ella hablando con rapidez, mientras su esposo se veía sobrecogido.

Reímos todos, una nueva energía positiva flotaba en el aire.

—Esta enana es diabólica, siempre se sale con la suya —concluyó Thomas.

—Sí, así es. Yo de ti, Alison, tendría miedo —continuó Ashley; la miré perpleja. —Para Ann una fiesta "pequeña" se va a transformar en el evento del año aquí en Denver.

—Perfecto —repliqué—, pueda que así el asesino venga y lo atrapemos.

Sentí a Noah tensarse y hubo un silencio embarazoso.

Volví mi rostro a para mirarlo, en su mirada había sufrimiento. Acerqué mi boca a la suya y deposite un pequeño beso.

—Te amo... —susurré contra sus labios. —No va a pasarme nada. Pediremos a los policías que vengan a la fiesta para más seguridad, que vengan vestidos de gala y no de uniforme, eso confundirá al asesino.

—¡Me gusta tu plan, Alison! —Exclamó Thomas, parece que no era muy buena para hablar en susurros. —No se me hubiera ocurrido eso jamás.

Le sonreí amablemente.

Cedric, viendo que su hijo era incapaz de pronunciar palabra alguna, cogió la palabra.

—Me parece un buen plan, todos te apoyamos y no dejaremos que te pase nada. Habrá que estar muy atentos y recordar todos que no hay que perder a Alison de vista en

ningún momento.

Eso lo dijo mirando a su familia, todos asintieron.

Una hora más tarde y después de repasar juntos el plan, nos desearon buenas noches y nos dejaron solos a Noah y a mí. Lo miré con dulzura y le sonreí.

—¿Puedo pedirte algo antes de irnos a dormir?

Asintió con un leve movimiento de su cabeza.

—Me tocarías mi nana... —pedí.

Esta vez su mirada cambió, sus ojos empezaron a brillar. Puso sus manos a ambos lados de mi cara y acercando su boca a la mía murmuró:

—Siempre que quieras —y me besó con dulzura.

Enredé mis dedos en su cabello tan suave, me levantó en brazos y me llevó así hasta el ático. Cuando entramos me maravillé de tan bello espectáculo.

Un gran piano negro de cola estaba en medio. Toda una parte del techo era de cristal, se veía a las miles de estrellas de una noche sin luna. Todo el suelo era de moqueta mullida beige y en otro extremo una chimenea en la cual dejaba ver como un fuego se consumía poco a poco. Delante de la misma había alrededor de una veintena de almohadones de estilo árabe de varios colores. Invitaban a acostarse en ellos cerca del fuego. Noah me depositó en el suelo, no sin antes robarme un beso que casi me deja sin aliento. Se instaló al piano y empezó a tocar mi nana.

Un nudo se me forma en la garganta, tantas veces que soñé con ella. Ahí estaba el hombre que amaba tanto, tocándola para mí.

El perfecto sincronismo de sus finos dedos y largos corrían por las teclas, dejando así escapar los sonidos tan maravillosos.

Cerró sus ojos y en su rostro había paz. Me acerqué a él por detrás, no pude contener el impulso de abrazarlo. Apoyé mi cabeza en su espalda y pude sentir con su cuerpo vibraba al compás de la melodía. Me saltaron las lágrimas y lloré en silencio.

Noah se dio cuenta, se giró y me abrazó, meciéndome al mismo tiempo.

—Gracias, es hermosa.

—Siempre que quieras, amor —me respondió.

Me estremecí, busqué su mirada.

—Noah, tengo que decirte algo que no sabes.

Tenía que contarle ya lo que Cedric me confirmó en el hospital. Me subieron los colores a

la cara, desvié la mirada. Pasó una mano por debajo de mi mentón y atrapó con sus hermosos ojos mi mirada.

—Alison, no me hagas esperar o voy a pensar que es algo malo —susurró con urgencia.

—¡No es nada malo! —me apresuré a aclarar. Que difícil era contarle, me puse nerviosa y empecé a morderme el labio. —Bueno yo... Mejor dicho, tú... Nosotros, estamos esperando un hijo.

En un segundo sus ojos pasaron de la preocupación a la sorpresa y de sorpresa a la felicidad.

—¡Alison! ¿Me estas diciendo que vamos a tener un hijo? ¿Tuyo y mío?

Asentí con la cabeza muerta de la vergüenza. Se le iluminó la cara, se levantó, me estrechó más fuerte contra él, dándome a la vez besos por toda la cara.

—Oh, mi Alison, que feliz me haces. Te amo, te amo, te amo...

De pronto se detuvo en los besos y me miró sorprendido.

—Pero... ¿Y el veneno? ¿Cómo es posible que no haya ocurrido nada?

Si a "nada" se refería a un aborto, yo tampoco me lo explicaba. Instintivamente cogí el colgante con mi mano derecha, nerviosa.

—No tengo una explicación médica para eso, Noah —reconocí en un susurró, mi corazón palpitaba con rapidez—. Desde antes de llegar a esta época cosas extrañas, o más bien, mágicas, me han ocurrido... Y confío plenamente en que todo va a salir bien, que nuestro hijo estará sano y fuerte. Ten un poco de fe, por favor. Necesito tu confianza para poder conservar la mía.

Me besó con urgencia y me llevó hasta los almohadones. Me depositó con delicadeza sin dejar de besarme.

Empezó a darme vueltas la cabeza y me aferré a él, buscando su lengua con la mía, besandole con la misma pasión.

Me desvistió al mismo tiempo que yo a él, al fin desnudos me acostó quedando él a mi lado. Me cuerpo reclamaba el suyo con impaciencia, pero él se tomó su tiempo.

Besó mi cuello, acarició mis pechos y con su lengua jugó con ellos, me estremecí entre sus brazos. Un fuego despertó en mí y crecía cada vez más, a cada caricia. Siguió bajando para llegar a mi vientre ligeramente hinchado, y beso cada centímetro, lo acarició con una mano. En su mirada había ternura y brillaban como nunca antes los había visto.

Sobraban las palabras, el amor que sentíamos el uno por el otro era algo mágico. No pude contenerme más y le atrajé hasta mí, sintiendo su cuerpo caliente contra el mío. Acaricié su espalda con mis manos, le besé como nunca antes me hubiera atrevido a

hacerlo.

Se estremeció y yo arqueé mi espalda cuando entró en mí con una embestida cuidadosa, como si tuviera miedo a hacerme daño. Le demostré que no tuviera miedo, me arqueé aun más, fundiéndome con él, formando uno solo. Respondió en el acto, empezando a mover sus caderas en un vaivén impetuoso, llevándome hasta perder la cabeza.

Gemí su nombre, me aferré a él como si mi vida dependía de su cuerpo.

Y de repente lo sentí vibrar en mí, explotar de placer gimiendo mi nombre y jadeando, eso me condujo al mismo tiempo al mismísimo cielo.

Estuvimos horas así, abrazados el uno al, otro tanto mirando a las llamas del fuego. Se durmió en un suspiro con una hermosa sonrisa dibujada en sus labios, se le veía feliz al igual que yo. Una extraña sensación me invadió, como si nos observaran. Giré mi cabeza en todas las direcciones y no vi nada. Oí de repente crujir el suelo de madera que estaba al otro lado de la puerta cerrada. Me entró pánico.

¿Y si "él" estuviera ahí y vio nuestro encuentro amoroso? Observé como el picaporte giraba para abrirse lentamente. Me horroricé y solté un grito.

—¡Noah!

CAPÍTULO 20

Noah se despertó de golpe alarmado por mi grito, buscó mi mirada y yo le señalé la puerta con un dedo. Se dio cuenta a qué me refería, viendo también como giraba el picaporte. Se levantó en silencio poniéndose los pantalones apresuradamente, yo también me vestí, no sé cómo, pero lo hice. Me puso un dedo en la boca para indicarme que mantuviera la calma y el silencio. Mi corazón latía con fuerza y estaba aterrorizada. Se acercó a la puerta para así sorprender al intruso, escondiéndose detrás de la misma.

—¿Noah, estás ahí...? —preguntó una voz de mujer.

Me sorprendió el tonó familiar y miré a Noah para obtener respuestas. Su cara era de confusión, abrió la puerta y mis ojos se abrieron como platos cuando vi a una mujer pelirroja literalmente arrojarle al cuello de él y apretarlo con fuerza.

—Noah, como te eché de menos... —me quedé en blanco contemplándoles.

"¿Quién es ella y porqué lo abraza como si fuera suyo?" me pregunté. Era obvio que eran íntimos. Sentí celos así como unas inmensas ganas de matar a alguien, me dirigí a la puerta, no quería ver como manoseaba a Noah y como él se dejaba. Una mano atrapó mi brazo, haciéndome girar al mismo tiempo y me encontré cara a cara con él, me miraba perplejo.

—¿A dónde crees que vas?

—A dormir —contesté con voz seca—. Dejaré que tú y tu "amiga" puedan reencontrarse tranquilamente.

En sus labios se dibujó una sonrisa traviesa. Me atrajo a él y pego su boca a mi ojera susurrándome.

—¿Sabes que eres irresistible cuando te pones celosa? Me encanta... —y depositó un pequeño pero ardiente beso en mi lóbulo.

Me estremecí de placer y me subieron los colores a la cara, así olvidándome por completo de la molesta presencia de la intrusa, cosa que duró poco ya que oímos un carraspeo. Enlazó nuestras manos sin parar de mirarme a los ojos.

—Grace, ¿recuerdas a mi mujer, Eleonor? —preguntó él con orgullo.

Vi como se le descajó la cara a la tal Grace, sin lugar a duda no esperaba verme ahí. Pero algo me molestó en su forma de mirarme. Primero lo hizo con recelo, se veía muy nerviosa, y luego su mirada se endureció lanzándome todo su odio.

—Eleonor —pronuncio mi nombre con frialdad—. ¡Querida, cuanto tiempo sin vernos! —completó, ahora ya en un tono más austero.

Su expresión cambió a una muy fingida sorpresa. ¡Hipócrita! Se acercó a mí y me plantó un beso en la mejilla como si fuéramos amigas de toda la vida. Me dieron ganas de lavarme inmediatamente con jabón desinfectante. Algo de ella no me gustaba para nada, su nerviosismo o su reacción al verme la sorprendió demasiado.

—Hola, Grace —contesté con el tono más amable que pude articular—. ¿Y qué te trae a estas horas por aquí?

Sí, no podía disimular ser la gran anfitriona. Me crucé de brazos, esperando la explicación de esa mujer.

—Bueno yo... acabo de regresar de París con mi prometido y por lo tarde que es no se me ocurrió otro lugar al cual acudir. Estaba segura que me recibirían con las puertas abiertas. ¿O me equivoco? —preguntó ella.

Miré sus ojos con duda, pero no me dejé engañar por su cara de perro abandonado. Hasta cualquiera de los niños que había atendido con anterioridad y se hacían los valientes manifestando que no le dolía nada eran mejores actores que ella. Yo los premiaría con un Oscar, a esta entrometida... con un Razzie.

—Claro que no molestas. Eres bienvenida, ¿verdad "amor"? — remarqué bien la palabra *amor* para así dejarle claro que Noah era mío.

Busqué su irresistible mirada, vi que estaba confuso. Lo miré con intensidad, llevándome una mano a mi colgante y apretándolo. *"Ojalá pudieras leerme la mente, mi amor. Hay un dicho que dice: ten a tus amigos cerca, pero a tus enemigos aún más"*, le grité en mi interior, estaba segura, mi corazón me advertía de un gran peligro y además me advertía que me cuidara de ella.

De repente Noah se sobresaltó y me miró con sorpresa para luego asentir con su cabeza. Le miré, también extrañada, ¿acaso me había escuchado?

Asintió su cabeza de nuevo ¡*"Oh, Dios mío, tú me lees la mente"*! Esta vez sonrió dulcemente. *"Te amo"*, pensé bien fuerte.

—Y yo también a ti —me contestó en un susurró sensual, le sonreí tímidamente.

—¿Entonces, puedo quedarme? —preguntó Grace, interrumpiendo así un momento tan mágico. "Que oportuna", pensé para mí misma. Noah contuvo a duras penas una risa, se volvió cara hacia ella.

—Por supuesto.

Ella puso una alegre cara, pero luego me echó una fugaz mirada y se puso seria.

—Noah, ¿sería mucho pedir que me acompañaras hasta la puerta de la habitación de huéspedes? Es que está muy oscuro.

"*Miedo te daría yo a ti si le tocas un pelo...*" paré en seco mis pensamientos ante la mirada de diversión de él, me ruboricé violentamente.

—Sí claro, te acompaño —dijo él, devorándome con la mirada. Acercó sus labios a los míos para depositar un beso rápido—. Regreso ahora mismo, no te muevas...

Asentí con mi cabeza y respirando el delicioso perfume que me llegó de pronto. Era embriagador y las mariposas de mi estomago se agitaron frenéticas. Gracias, embarazo, ahora tenía los sentidos ultrasensibles.

Observé como salieron del ático en silencio, la puerta se quedó entreabierta. Cuando me quedé sola fui a mirar por la ventana. El cielo estaba cambiando de negro a purpura, las estrellas así desapareciendo una por una conforme se acercaba el alba. Me emocioné ante tan bello espectáculo, unas lágrimas se deslizaron por mis mejillas, "*estúpidas hormonas*", pensé.

Un sexto sentido me advirtió que ya no estaba sola, me giré feliz para recibir a mi amado, pero no era él. Allí ante mí y con una mirada negra y espeluznante me observaba un hombre de cabello rubio, lo tenía largo para los cánones de la época. Lo había visto antes, ¿pero, dónde? ¿En un recuerdo, tal vez...? *¡Piensa, piensa!* Y como un milagro vino a mí como un recuerdo borroso de Eleonor prometiéndole a él que huirían juntos.

Me invadió un inexplicado terror, mi respiración se aceleró al instante. "*Tranquila, no le demuestres tu miedo*" propuse a mí misma.

Se acercó a mí con pasos lentos y se paró a un metro.

—Eleonor me hiciste una promesa y vengo a obligarte a cumplirla —en su cara se dibujó una sonrisa maliciosa.

Me armé de valor y le miré con determinación.

—Jamás me iré contigo... Owen.

En cuanto me negué, redujo el espacio entre nosotros. Su mirada perturbada me paralizó el corazón, más no las neuronas. Si mis pacientes pequeños podían ser grandes actores, yo podía aprender de ellos.

—No me toques —repliqué con drama, dándole la espalda y soltando un falso sollozo—. Sabes que sólo la muerte haría que incumpliera mis promesas.

—¿Entonces, por qué diablos me dices que no irás conmigo? —inquirió con furia en la voz.

—Estoy enferma, Owen... Muy, muy enferma —le engañé con pesadumbre, mirando hacia el amanecer en un gesto teatral—. Y es contagioso... ¿Por qué crees que estoy enclaustrada en este ático? ¡La familia me ha aislado! Tan solo con respirar el aire que yo respiro puedo propagarles la infección matándolos en días...—Solté un bajo alarido, de lo

más patético y me giré a enfrentarlo, tosiendo a la vez.

Como si se tratara de la plaga que acabara con la vida de la humanidad, Owen retrocedió alarmado, colocando sus manos frente a él a manera de escudo. ¡Con qué ínfulas venía a hacerme reclamos! No sólo tenía que vérmelas con un asesino oculto, ahora también con un hombre que lo habían dejado en la mitad de la conquista... Sólo me faltaba tenérmelas que ver con un pariente mantenido y chantajista para completar el cuadro perfecto.

—Parece que me sigues amando después de todo —le susurré con devoción—. Viviremos juntos por lo que me queda de vida, y luego tú me seguirás hacia la eternidad...

Abriendo los ojos como platos, salió corriendo de la habitación, cuando estuve segura de que no me podía oír nadie no pude aguantar más la risa, la cara de Owen cuando salió corriendo era demasiado cómica. Me volví a mirar el espléndido amanecer, una duda vino a mí de pronto, una duda que se llamaba Grace.

CAPÍTULO 21

El día de mi cumpleaños llegó, con Noah a mi lado tan atento, cariñoso y amoroso. Cuidaba cada detalle, cada gesto con un amor inmenso. Vigilaba de que no me faltara nada en absoluto, incluso sabía de antemano qué se me iba a antojar a media noche. Era un amor y yo lo amaba más cada día, me pidió que compartiera con él su habitación. Era la misma que visité en el futuro cuando acudí a la emergencia, con su techo alto y las paredes de piedra blanca, incluso las cortinas eran las mismas. Se me hizo raro de volver a estar ahí, pero accedí encantada, ahora las circunstancias eran muy diferentes.

Noah y yo anunciamos juntos a la familia que en poco más de cinco meses contarían con un nuevo miembro, me ruboricé de placer al ver la felicidad de todos.

Margaret se puso a llorar, diciendo que al fin iba a ser abuela y me abrazó con gentileza. Cedric, que hasta ahora mantenía el secreto, se vio al fin libre de poder felicitarnos a gusto. Thomas levantó a su hermano en sus brazos y le dio vueltas y vueltas hasta casi marearlo al pobre, comentando al mismo tiempo que tendría un sobrino con el cual jugar al fútbol. Ashley se emocionó mucho y me confesó que ese era su gran sueño, ser madre. La miré con compasión.

—Seguro que cuando menos te lo esperes te quedas embarazada.

Me sonrió y me abrazó con una gran ternura. Ya al fin me giré a ver a Ann, ella traía una sonrisa traviesa.

—¡Por fin lo han contado, ya era hora! Prometí a Jeffrey no decir nada, pero lo supe desde el primer día.

¿De qué me sorprendía? Era simplemente Ann.

Eché una mirada a su marido, se le veía la cara de vergüenza. Me hizo mucha gracia, ya tenía bastante con su mujer.

—Felicidades a los dos —dijo él.

Le sonreí tímidamente y asentí con mi cabeza a modo de agradecimiento.

En el otro extremo del salón estaba Grace, todos se la quedaron mirando, esta se acercó lentamente a mí, su cara era de pura envidia, no cabía duda que se moría de celos.

—Felicidades, querida, espero que todo salga bien —dijo ella irónicamente.

¿Eso había sonado a amenaza o lo soñé? Le eché una mirada feroz, advirtiéndole así de que no le tenía miedo. Una sonrisa maliciosa apareció en su cara y se alejó de nuevo.

Ann me regaló un vestido nuevo, ya que mi vientre se redondeaba cada día mas, era muy hermoso, de un color azul noche con encaje negro. Me encantó y disimulaba bien mi

vientre; no quisimos, por precaución, decírselo a nadie más. En fin, bajamos a la gran sala de fiesta, unos recuerdos vinieron a mí pero se fueron de repente cuando llegamos y observé todo maravillada, parecía sacado de un cuento de hadas.

No hubo ningún rastro del asesino en mi fiesta de cumpleaños, con la presencia de los policías y Noah, que no me dejaba sola ni a sol ni a sombra, me sentía más que tranquila.

Ashley tenía razón, más que una pequeña y tranquila fiesta eso pareció la fiesta del año. Se podía escuchar cómo los músicos interpretaron a Beethoven y a Mozart desde algún rincón de la gran sala de fiesta. La decoración era sin dudar obra de Ann, con miles de flores y velas por todas partes. Una tarta gigante de tres pisos de altura, casi tan alta como yo, me sorprendió. Poco a poco iban llegando los invitados, así llegamos a recibir a más de ciento cincuenta personas. Todos se maravillaban de verme tan radiante y me felicitaron por mi cumpleaños entregándome un regalo, sentí vergüenza de pensar que no eran para mí en realidad.

Conocí a mucha gente. Tuve que fingir conocerles a todos. Gracias a Ann y Ashley casi les me conocía a todos, me detallaron con exactitud cada una de las personas allí presentes. La noche fue muy larga y agotadora, cuando ya casi todo el mundo se fue, un mayordomo se acercó a Noah y le susurró algo al oído, no sé qué le dijo, pero pareció molestarlo y apretó los labios con fuerza. Se acercó a mí.

—Alison, tengo que dejarte por unos minutos sola, le diré a Ann que venga. Tengo un asunto pendiente que resolver.

Su mirada era seria de repente.

—No te preocupes por mí, estaré bien.

Depositó un beso rápido en mi cabeza y se alejó. ¿Qué era eso tan importante que tenía que resolver para alejarse de mí? Me moría de curiosidad, me revolví inquieta en mi asiento, luego llegó Ann con su cara de felicidad y se sentó a mi lado.

—¿Alison, te gustó la fiesta? —preguntó muy animada.

—Claro, Ann, pero me hubiera gustado algo más íntimo.

La expresión de su cara cambió a la de una niña pequeña enfadada, puso moritos y todo, no pude ni aguantar un mueca de dolor por si se hubiera enfadado conmigo.

—Ann —le llamé, pero ella desvió la mirada y se cruzó de brazos—. Gracias a ti por darme una fiesta tan maravillosa, no lo olvidaré nunca.

La expresión en su cara se relajó un poco y seguí:

—¿Sabes?, sin ti no habría podido conseguir ni hacer una reverencia bien, eres mi mejor amiga, que digo, eres mi hermana.

En eso volvió su rostro hacia mí y sus ojos estaban anegados de lágrimas, se me echó al cuello para abrazarme con fuerza, sollozando. No pude sino responder a su abrazo, apretándola más fuerte.

—¡Yo también te considero mi hermana! —dijo ella, emocionadísima.

Se acercó Jeffrey, Ashley y Thomas cogidos de la mano hacia nosotras.

—Ann, amor ¿por qué lloras? —preguntó su marido, ligeramente preocupado.

Ella se soltó de mi cuello y saltó a los brazos de éste sin dejarlo de mirar a la cara.

—Porque estoy feliz... ¡Alison me ha dicho que me considera su hermana!

Se le iluminó la cara al decir esas palabras. Intercambié una mirada cómplice con Ashley y esta me sonrió.

—Oh, enana ¡Te has emocionado y todo! —se burló Thomas.

Esta giró su rostro hacia él y le estiró la lengua, nos reímos todos ante su mueca de niña pequeña. Se acercó un ayuda de cámara a mí y me entregó una nota doblada, la cogí con curiosidad y la leí.

«Te espero en nuestro ático. Te amo, Noah.»

Me subieron los colores y no pude evitar sonreír al recordar la última vez que estuvimos allí.

—¿Qué pone en la nota? —preguntó Ann, curiosa.

—Es de Noah, me espera en el ático —respondí tímidamente.

—¡Vaya!, pero que romántico es mi hermano —intervino Thomas.

Eso le valió que Ashley le pisara el pie a propósito, él soltó un *ay* y la miró con asombro.

—¡No seas metiche! Ojalá se te pegara algo de romanticismo a ti también —le reprendió ella.

Esta vez fue Ann la que se rió a carcajadas de él, al ver la cara de confusión que puso. La verdad era que era muy gracioso, me levanté de mi silla sonriendo. Deseé buenas noches a todos y me dirigí al ático, cuando llegue oí voces que provenían de ella y me detuve en seco ante la puerta entreabierta para escuchar. Mi corazón dio un vuelco al ver a Noah y Grace ahí, mi pulso se aceleró y no pude evitar seguir mirando.

—Noah, pero ¿qué vamos a hacer? —le preguntó ella a él con una voz muy apenada.

Él la tomó por los hombros y la miró fijamente a la cara, se le veía serio.

—No te preocupes, me haré cargo del bebé y cuidare que no te falte de nada.

¿Bebé? Empezó a darme vueltas la cabeza, no comprendía nada. ¿De que bebé hablaban? Me llevé una mano a mi boca ahogando así un grito de sorpresa cuando de repente vi a Grace colgarse del cuello de Noah y besarle en la boca. Mi cerebro no quiso asimilar lo que pasaba, no podía quitar mi vista de ellos dos, labios contra labios, los brazos de ella en su cuello... Me quedé como una estatua muerta por dentro. Apenas ocurrió en segundos pero lo comprendí todo. Cómo me había engañando a mí misma al pensar que Noah me amaba. Que estúpida fui. Di media vuelta y me fui sin hacer ruidos. Cuando llegué al pasillo de las habitaciones, no pude aguantar las lágrimas de rabia y furia.

Instintivamente me llevé la mano a mi colgante, sabía que Noah escucharía mis pensamientos en cuanto lo tocaba, era raro, pero así funcionaba el colgante mágico, y grité bien fuerte para que me oyera.

«¿Cómo pudiste engañarme así? ¡Te odio, te odio, Noah Jefferson!»

Solté un sollozo desgarrador, como si mi alma se rompiera en dos. Me puse a llorar desconsolada en medio del pasillo; tan bien como mal llegué a la puerta de mi habitación y cuando la abrí oí como alguien bajaba a toda prisa por las escaleras.

Apareció Noah con la cara descompuesta y pálido, en el otro extremo del pasillo, se paralizó ahí en seco, nuestras miradas se encontraron por un momento, le eché una mirada de dolor y me puse a temblar. Un nudo se me formó en la garganta, ¡que ilusa fui!

—Alison no es lo que te imaginas —me dijo él con su mirada clavada en mí.

—Sé lo que vi —repliqué entre sollozos.

¡Embustero! pensé bien fuerte otra vez. Se le abrieron los ojos como platos y extendió la mano hacia mí, ya no pude aguantar más y entre a mi antigua habitación y cerré la puerta con llave. Me fui directa a la cama y me deje caer en ella abatida.

El amor, la vida, todo mi mundo... todo se había terminado. Perdí la noción del tiempo, me dejé llevar por el llanto y la desesperación. Lloré como aquella vez en el que lo vi morir, la pérdida era insoportable.

Pudieron haber pasado horas o segundos, no me di cuenta, era como si el tiempo se hubiera detenido. Alguien gritaba mi nombre. Sonaba sordo y muy lejano, tal vez lo soñé, quién sabe. Percibí un sonido cerca, sorprendentemente próximo. Alcé un poco la vista y lo único que vi fue un brazo que se acercaba a mi con rapidez con un pañuelo en la mano, me lo estampó en la boca y me lo apretó con fuerza, alguien me cogió por los brazos para impedirme que me moviera. Sentí pánico, intenté debatirme para que me soltara, pero era imposible, era sin duda más fuerte que yo. Un olor muy fuerte se desprendía del pañuelo, comencé a marearme y mis parpados se hicieron pesados, luché para no dormirme contra el aroma dulzón y amargo al mismo tiempo, cada vez más fuerte que se infiltraba a la fuerza por mi nariz y mi boca hasta llegar a mis pulmones.

Parpadeé un par de veces, mi visión se iba nublando, en un abrir y cerrar de ojos algo

llamó mi atención. Me concentré un poco para ver mejor qué era y me horroricé al reconocer una marca en ese brazo que me tenía prisionera, la marca del *trébol* fue lo último que percibí antes que me engullera la oscuridad.

CAPÍTULO 22

La fiesta de cumpleaños fue muy larga, un sin fin de gente no pararon de ir y venir durante toda la noche. Yo no me alejé de mi amada Alison en ningún momento, ni siquiera podía dejar de mirarla. Estaba tan hermosa, tan radiante, me fue difícil contener el impulso de besarla con pasión cada vez que se le subían los colores a las mejillas por los cumplidos que le decía la gente.

Las mujeres la miraban con envidia y los hombres con deseo muy poco disimulado, la verdad era que desprendía como un aura de felicidad, eso la hacía más especial y atractiva. Sonreía sin cansarse e interpretó a la perfección su papel de Eleonor.

Por fin llegó el momento tan esperado cuando los invitados empezaron a irse, me moría de ganas de estar a solas con mi Alison, sentir su cuerpo temblar a cada caricia y como se arqueaba contra mí, pidiéndome más. Busqué su mirada, me miró con esos ojos inteligentes que amaba tanto, una sonrisa se dibujó en mi cara. Sobraban las palabras cuando me miraba de esa manera tan amorosa. No podía sentirme más feliz de tenerla conmigo y nunca creí ser más feliz cuando me anunció que íbamos a ser padres, no cabía en mí de gozo. Le ayudé a acomodarse en el asiento, se veía cansada, en el momento que iba a sentarme a su lado se acercó el mayordomo Ronald.

—Señor, me envía a buscarle la señorita Grace, la espera en el ático, le ruega que se reúna con urgencia con ella.

¿Qué querrá ahora Grace? Me la encontré varias veces en estos días vagando como alma en pena por los pasillos, hasta creí verla llorar. Cada vez que intentaba acercarme a ella para preguntarle qué le pasaba, ella se iba corriendo a encerrarse en su habitación. El hecho de que me llamara a buscar ahora me molestaba mucho, tenía que ser algo importante, no quería alejarme de Alison.

Depositó en su cabeza un beso rápido y me di media vuelta llevándome conmigo el maravilloso olor a frutas del bosque que desprendía su cabello.

Me giré y salí en busca de Ann, la encontré en la entrada despidiendo a los últimos invitados con Margaret, me acerqué a ella y la tomé del brazo alejándola así de la gente, me miró curiosa.

—Ve con Alison, por favor, tengo que ir a ver qué le pasa a Grace.

—Ve con cuidado con ella, su carita de santa no me engaña.

Asentí con mi cabeza y miré como mi hermana se reunía con Alison, me quede un poco mas tranquilo. Me fui casi corriendo hacia el ático, cuando llegué encontré a Grace sentada en la banqueta del piano, cuando se dio cuenta de que estaba ahí vino a abrazarme corriendo y llorando. Me quede ahí inmóvil, no sabía qué hacer, ella lloraba en mis brazos desconsolada. Al rato cuando se le pasó se separó de mi y yo como buen

caballero que soy le ofrecí mi pañuelo para que pudiera enjuagarse las lágrimas. Me miró agradecida y en sus ojos vi un gran dolor.

—Noah... gracias por venir —murmuró ella con gran pesar—. Yo no sé a quién acudir, tengo un gran problema.

—Ya dime qué te ocurre, Grace —le dije animándola a seguir.

Desvió la mirada.

—Yo... Bueno, tu sabes que Owen es mi prometido y que nos íbamos a casar en primavera ¿verdad? —Asentí con la cabeza—. ¡Oh, es terrible lo que me pasa! me da mucha impotencia.

En eso se cubrió la cara con sus dos manos y dejó escapar un sollozo. Empecé a impacientarme, le tomé las manos y se las quité de la cara, obligándola así a mirarme.

—¡Grace, si no me cuentas cuál es el problema no podré ayudarte! —exclamé en un tono autoritario.

Me echó una mirada rara.

—Estoy esperando un hijo de Owen. Cuando se enteró, él me abandonó, diciéndome que fui una estúpida y que no estaba seguro de ser el padre.

Me quedé impactado de lo que me contó. ¡Cobarde! Me entraron ganas de ir a buscarlo ahora mismo y obligarlo a asumir sus responsabilidades a ese... ¡mal nacido!

—Pero ¿qué vamos a hacer? —me preguntó ella con una voz muy apenada.

Me puse serio, la cogí por los hombros y la miré fijamente a los ojos.

—No te preocupes, me haré cargo del bebé y cuidaré que no te falte de nada.

Se le iluminó la cara, de pronto algo llamó su atención y miró hacia la puerta, cuando yo iba a mirar hizo algo que no me esperaba para nada, se colgó de mi cuello y aplastó sus labios en los míos. Me quedé helado, sorprendido de su osadía. La rechacé con firmeza.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunté con enfado, ella me miraba con una extraña expresión y se puso a reír como una histérica.

No comprendía nada, estaba confuso. Oí su voz en mi cabeza de pronto.

«¿Cómo pudiste engañarme así?” ¡Te odio, te odio, Noah Jefferson!»

Me sobresalté alarmado ante el dolor en la voz de Alison. ¿Cómo, pero cuándo? ¿Acaso ella nos vio? ¡No podía ser cierto! Lo comprendí todo, me habían tendido una trampa. Busqué a Grace con la mirada, pero no la encontré ¿Cuándo se fue que no me di ni cuenta? Un sentimiento de sospecha se apoderó de mí.

—¡Oh, Dios mío! ¡Alison! —exclamé y salí de ahí resbalando en busca de mi amada, tenía que explicarle que no era lo que pensaba.

Bajé de cuatro en cuatro las interminables escaleras para así llegar más rápido. Cuando al fin llegue al pasillo de las habitaciones me paré en seco, a unos pocos pasos de mí estaba mi Alison, mi pulso se disparó cuando nuestras miradas se encontraron. Su cara era un mar de lágrimas y en sus ojos vi un gran dolor, su dolor era el mío, se me desgarró el alma, ¿Dios, pero cómo me dejé engañar así por Grace? La miré fijamente a los ojos con angustia.

—Alison, no es lo que te imaginas.

¡Tenía que creermelo como fuera! Me miró con mucha tristeza, se puso a temblar.

—Sé lo que vi — me contestó entre sollozos.

"¡Embustero!"

No hice ningún gesto cuando la vi entrar a su antigua habitación, oí como dio un portazo. *"La he perdido"* fue lo único que pensé. Me dejé caer al suelo con pesadez, cogí mi cara entre mis manos y sentí deslizarse por mi rostro algo húmedo y caliente, quería morirme. Mi amor, mi razón de ser, de existir, me creía un farsante.

Noté como alguien me sacudía con fuerza, levanté la vista y ante mí estaba mi padre, vi como sus labios se movían ¿Acaso me hablaba a mí? No escuchaba nada más que lo que me dijo mi Alison una y otra vez.

¿Cómo pudiste engañarme así? Te odio...

—¡Noah, reacciona!

Me llegó de pronto la voz de mi padre, lo miré a sus ojos preocupados ¿Sabría él lo qué me pasaba? Seguramente no.

—Lo siento, hermanito, pero es por tu bien.

¿Thomas? Qué quiso decir con eso... volví un poco mi cara y vi cómo se acercaba una gran mano abierta estampándose así en mi mejilla, la fuerza del impacto volteó mi rostro a un lado. Me dolía, pero no era nada en comparación del sufrimiento de mi corazón.

—Por favor, cuéntanos qué ha pasado, hijo —sollozó mi madre desde algún lugar.

—¡Maldita sea! —oí a mi hermana jurar entre dientes — ¿Dónde está Alison?

Me inquieté al oír pronunciar su nombre y me levanté de golpe del suelo, miré a toda mi familia ahí presente, se veían con caras de dolor y sufrimiento, busque la mirada de mi hermano y le dije casi gritando:

—¡Thomas! ¡Busca a Grace, y retenla! No la dejes escapar, nos tendió una trampa.

Este asintió con su cabeza y se fue corriendo acompañado de Jeffrey.

—¡Te lo dije, que no te fiaras de ella! —me recriminó mi hermana, enfadada.

La miré con todo el sufrimiento que sentía mi corazón.

—Ann, sé que tienes razón, pero ahora no hay tiempo para eso. Alison se ha encerrado en su cuarto, tienes que ayudarme, te lo suplico ¡ella tiene que entender que es una trampa!

Acto seguido se dio media vuelta y se fue hacia la puerta, llamó.

—Alison, soy yo, Ann, déjame entrar.

No obtuvo ninguna respuesta, me desesperé aun más. Volvió a llamar de nuevo, esta vez más fuerte, y nada, silencio absoluto.

Mi madre y cuñada también lo intentaron, pero sin suerte alguna. El silencio era desgarrador, no se oía nada de nada. Ann pegó su oreja a la puerta con un intento de oír algo, en eso Cedric se acercó a mí con cara de preocupación.

—Hijo, puede que se haya quedado dormida, tantas emociones juntas, en su estado la habrán agotada. Aun así me quedaría más tranquilo si la examinara por precaución.

Lo miré con aprensión y asentí, también yo quería verla, lo necesitaba como si fuera una droga. Advertí a Ann cogerle una horquilla del pelo de Ashley y lo introdujo en la cerradura, con paciencia y girando con precisión consiguió abrir la puerta. Sin ni si quiera darle las gracias, entré en busca de mi amada y ahí me quede congelado ante la escena. Mis ojos recorrieron la habitación vacía con terror, sí, vacía, ella no estaba ahí. La cama estaba desecha la puerta del armario estaba abierta y ahí no quedaba ninguna prenda. Mi corazón se encogió y un nudo se formó en mi garganta. *¡La he perdido para siempre, se ha ido!*

—¿Pero, dónde está Alison? —preguntó mi madre con angustia.

Fui arrastrándome hasta su cama, me senté y acerqué a mi cara su almohada aun estaba húmedo de las lágrimas de mi Alison.

—¿Qué es eso ? —preguntó Ann.

Levanté mi vista y distinguí entre lágrimas como recogía un pañuelo y se lo enseñaba a Cedric. Éste lo llevó a su nariz para olerlo y acto seguido se le descompuso la cara, un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

—Es cloroformo. Me temo que Alison no se fue por voluntad propia, ha sido secuestrada.

CAPÍTULO 23

Un fuerte dolor de cabeza me despertó de pronto, abrí mis ojos a duras penas, un mareo me invadió y mi boca tenía un sabor amargo.

Me llevé una mano a la boca, me escocía, noté como mi piel estaba irritada. *¿Qué es lo que me pasó?* me pregunté con nerviosismo. Hice un esfuerzo para luchar, para recordar algo. Y ahí llegaron a mí todas las imágenes, ¡Grace y Noah besándose! *¡No por favor...que sea una pesadilla...!*". Una oleada de dolor invadió mi cuerpo, sentí que la sangre huía de mi rostro. La larga noche, el olor a cloroformo que entraba a la fuerza en mis pulmones y *"Oh, Dios mío, lo más importante...la marca del trébol"*.

Empecé a hiperventilar, el horror se apoderó de mí, me obligué a abrir mis ojos y miré por todas partes, empecé a contar en mi mente todo lo que veía a mi alrededor: un diminuto cuarto de cuatro paredes, una vidriera a mi izquierda de varios colores, una pequeña mesa, una silla y a mi derecha una puerta de madera. Eso lo resumía todo. Me levanté y me acerqué a la puerta con la esperanza de encontrarla abierta, giré el picaporte y solté un gemido de pánico al comprobar que no cedía.

Empecé a llorar desconsolada, *"Dios mío, ayúdame. Fue el asesino quien me secuestró"*. Me llevé una mano protectora a mi vientre.

—No te preocupes, mi bebé, mamá está aquí y no va a dejar que te pase nada.

Me tranquilicé un poco y fui a sentarme, no podía dejarme dominar por el miedo. En ese instante se abrió la puerta y cual fue mi sorpresa cuando vi aparecer a Grace y Owen juntos, se me desencajó la mandíbula.

—Hola, Eleonor —me saludó Grace con una sonrisa maliciosa en su rostro.

—¡Tú y él! —balbuceé, no podía creerlo.

Se acercó Owen, deteniéndose a un metro de mí, traía en la mano una peluca negra grasienta. Lo observé con horror.

—Cuando mi querida Grace me confirmó que no estabas enferma, que por cierto me creí como un tonto, quería matarte en ese momento —me miró con una mirada tirante—. Eres muy buena mentirosa, felicidades —y pasando un dedo por mi mejilla vi la marca en su brazo, se me aceleró el pulso.

"El asesino a Eleonor", tengo que seguir su juego. Lo miré con desprecio.

—Sabes que he vuelto de la tumba para vengarme ¿verdad?

Se le descompuso la cara en el acto, el color de su rostro adquirió un extraño tono gris, dio tres pasos atrás, jadeando de terror. *Sigue así, lo estás consiguiendo, se ha asustado*, me animé a mí misma. Me levanté de la cama, segura de mí misma y le señalé con un dedo.

—Vas a sufrir muy pronto las consecuencias de tus actos —seguí con una voz tenebrosa, una idea me vino a la mente y exclamé —: ¡Te maldigo para siempre!

Se angustió ante mis palabras y salió corriendo como si llevara el diablo en cola, "*cobarde*" pensé y sonreí.

—No te creas que me has engañado, conozco muy bien tus juegos Eleonor —declaró Grace con desprecio, le lancé una mirada feroz—. Tú me quitaste a Noah hace ya muchos años, sabías que lo amaba con locura y no te importó casarte con él.

¿Entonces era eso, todo era por culpa de ella y de un amor frustrado? La miré a los ojos por un momento, vi que no mentía, casi me dio pena. Casi.

—Ahora vas a sufrir como sufrí yo todas tus humillaciones, te quedarás aquí hasta que des a luz y cuando nazca tu bebé te lo quitaré y haré creer a todos que es mío.

—¡Nooo! —Grité con horror llevándome las manos a mi vientre con protección—. ¿Pero, por qué? no te basta con haberme quitado a Noah, ahora también quieres a mi hijo.

Me puse a temblar de rabia y de dolor.

—Tu estás embarazada... —y se puso a reír como una loca, la miré sin comprender.

—Querida, pero que fácil fue hacerte creer la mentira... unas cuantas lágrimas, un falso embarazo, ah y lo mejor fue tu cara cuando besé a Noah cuando estaba desprevenido. Fue una trampa y tu caíste en ella con tanta facilidad.

Siguió riendo y mi corazón se puso a palpar frenético.

—¿Una trampa? —repetí en voz alta — ¡Tú lo planeaste todo!

Un sentimiento de furia se apoderó de mí, respire hondo y solté el aire con fuerza.

—Calma, mi querida amiga, no querrás que le pase algo a mi *bebé*... ¿verdad?

Mi corazón dio un brinco al oír sus palabras, me eché para atrás, cayendo así en la cama y la miré con odio.

—Estás completamente loca si crees que te le voy a entregar.

—Eso ya lo veremos querida.

Se dio media vuelta y se fue, cerrando la puerta con llave.

Me acurruqué en la diminuta cama, rodeé con mis brazos mi abultado vientre con ademan protector. Mi cuerpo se puso a dar pequeños sobresaltos, reflejo del gran miedo que sentía por dentro.

"¿Dios mío, qué voy a hacer?" unas lágrimas amargas se desbordaron de mis ojos y me entró un ataque de pánico, cuando de repente y surgido de ninguna parte oí su hermosa

voz en mi cabeza, *"mi Alison, te amo"*.

¿Estaré loca? Levante la vista y lo busqué por toda la pequeña habitación, no había nada, *"no estás loca, mi amor"*.

¿Pero, cómo te puedo oír en mi cabeza? pensé yo extrañada, ahí me di cuenta que apretaba con fuerza mi colgante.

"Encontramos el colgante de Eleonor entre las cosas de Grace, Ann me dijo que intentara ponerme en contacto contigo, ¡mi amor, cuanto lo siento yo...! En eso su voz se quebró.

"Noah, sé que fue una trampa, tu no tuviste la culpa de nada, ahora lo sé y también te amo perdóname... Nos engañó a los dos...ella quiere quitarme a nuestro hijo..." dejé escapar un gemido de dolor.

"Mi Alison, cuanto quisiera estar ahí y abrazarte con fuerza, te prometo que te voy a encontrar, no descansaré hasta dar contigo amor, aunque tenga que morir en el intento. Eres mi vida, te amo, te amo".

Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios y una llama de esperanza se encendió en mi corazón. El hecho inexplicable de poder oír la voz de Noah en mi cabeza era un gran consuelo para mí, me aferré con todas mis fuerzas a ese regalo tan mágico.

Pasaron los días con lentitud, le contaba a Noah a través del pensamiento cómo se redondeaba mi vientre cada vez más, la alegría que sentí cuando noté la primera patadita. Le explicaba cada detalle, cada momento con lujo de detalle, qué más podía hacer yo... No dejaba de animarme constantemente. Él me contó sus avances con la policía, también me dijo que contrató un detective privado, me buscaría hasta el fin del mundo si fuera necesario.

Y así pasaron casi cinco meses, me dormía todas las noches escuchando a Noah tararear mi nana en mi cabeza, lo echaba tanto de menos que hasta dolía al respirar. Una tarde en la que estaba harta de estar siempre sentada o acostada, me levanté de la cama con gran esfuerzo dado al gran tamaño de mi vientre, cuando sentí de repente un líquido caliente bajar por mis piernas.

—¡Mierda!

CAPÍTULO 24

Cada vendidos minutos tenía una contracción nueva, "*perfecto*", eso me daba aun un buen rato por delante. Tenía que escaparme de aquí, tracé un plan en mi cabeza y como pude enjuagué con la manta "las aguas" y escondí ésta bajo la cama.

Respiré bien hondo y espiré, me compuse una cara de martirio y grité:

—¡GRACE!

No tardó ni medio minuto en acudir, la miré con gran desespero.

—Necesito tomar aire fresco... Por favor, sácame de este cuarto... —me miró sospechosamente, seguí—: Aquí no entra ni oxígeno... No querrás que le pase algo al "bebé" por falta de aire puro ¿verdad?

—Esta bien, te doy cinco minutos y ni uno más, y no intentes nada ¿me entendiste?

Puse los ojos en blanco y bufé.

—¿Dónde quieres que vaya que este bulto? —inquirí, señalando mi vientre.

—Ya, vamos, no quiero perder mas tiempo.

Me aguanté una sonrisa y la seguí por el pasillo hasta una escalera muy estrecha, olía a humedad y a ¿incienso?

¿Pero, dónde estaba? No lo comprendí hasta llegar abajo y vi ahí una especie de capilla... Me era muy familiar, pero no sabía donde la había visto antes, "*piensa, Alison, acuérdate*"...y me llegó de pronto, ¡aquí es donde mi padre me llevaba de pequeña a misa! Supuse que en algún momento lo reformarían, pero sin lugar a duda era la misma capilla.

Entonces, lo vi tirado en el suelo. El retrato pintado a mano de Eleonor, con su magnifico vestido rojo y Noah detrás de ella con una mano en su hombro. Nunca me detuve a pensar que fue de esa pintura, la última vez que lo vi fue la noche que llegué a esta época. Un extraño sentimiento se apoderó de mí, me acerqué y miré a mi hermoso amor con mucha tristeza. Sus magníficos ojos verdes, su media sonrisa, me influyeron valor para seguir. Un destello brillante llamó mi atención en ese retrato, busqué con la mirada y como ya me pasó antes, como un acto reflejo, toqué mi colgante. ¡*El colgante!* pues claro, ahí tenía mi única salvación, el colgante de Eleonor brillaba de una manera extraña, vi por el rabillo del ojo que el mío también.

Medité por un momento, volver al futuro para salvar a mi hijo de una egocéntrica desquiciada... dejar a Noah aquí... se me cortó la respiración al pensar que no volvería a verlo jamás. Mi dulce amor, mi vida, él era todo para mí.

Una nueva contracción me llegó de improvisto, intenté disimular, pero no pude aguantar el dolor, me llevé las manos a mi vientre y grité.

—¡Aaayy!

—Vaya, vaya, parece que por fin a llegado el momento tan esperado —soltó Grace con frialdad y sin mas contemplaciones agarró mi pelo con fuerza y me obligó a mirarle a los ojos. —Más te vale darte prisa en parir, no tengo todo el día, mi Noah me espera.

Esta vez era mi turno de reír como una loca.

—¿Crees que te va recibir con los brazos abiertos? —pregunté.

—¿Y por qué no va a ser así?

Una nueva contracción, mucho más fuerte que la anterior, me hizo doblar la espalda; me caí al suelo con pesadez. Sentí bajo mi mano un objeto punzante, lo aferré y cerré mi mano para que no lo viera. Cuando se atenuó un poco el dolor y volví a respirar bien de nuevo busqué su mirada.

—Grace, la policía te está buscando por todas partes, no podrás escapar —se le abrieron los ojos como platos y su rostro se contorsionó—, si me dejas libre ahora, prometo que no te pasará nada.

—¡Mentira! —chilló ella con ira, sus ojos estaban desorbitados. —No creas que me vas a engañar, Eleonor...

—No soy Eleonor Jefferson —la contradije con fastidio, esta vez me miró fijamente a los ojos—, soy Alison Bennett y he venido desde el futuro para vengar su muerte. Tú la conociste mejor que nadie, también has tenido la ocasión de ver en estos meses que no soy *ella*.

Se quedó pensando en mis palabras por un momento y esta vez me echó una mirada que me dio miedo de verdad.

—Eso quiere decir que tú, al igual que ella, también me quitaste a mi Noah... ¡maldita puta!

Se echó sobre mí como una loca, antes de que pudiera tocarme y con mucha rapidez, saqué el objeto punzante y lo dirigí a su cara, cortando así desde la oreja hasta la nariz. Esta se echó hacia atrás, llevando una mano a su cara con horror.

—¡Aahh! —gritó ella— ¡Me has desfigurado, perra!

Se incorporó y con una mano levantada hacia mí, me gritó de nuevo.

—¡Te mataré!

Y escuché un golpe seco, vi como caía al suelo inconsciente. Busqué con mi mirada quién la golpeó y me sorprendí al ver a Owen allí parado con una pala levantada en alto.

—¿Owen?

No podía creer que él me hubiera salvado, me miraba con desconfianza.

—No podía dejar que ella hiciera eso, tú eres... —no acabó la frase, se le notaba ansioso—. ¿Me quitarás la maldición, por favor? —me rogó, cayendo de rodillas y juntando las palmas de sus manos.

La verdad que era conmovedor verlo así, suplicando.

—Solo hay una manera de que pueda quitarte eso —me miró con urgencia y seguí—, tienes que entregarte a la policía, ahora...

Su mirada de pronto se oscureció.

—Si no lo haces no podrás dormir, ni comer, y verás mi cara por todas partes, te perseguiré hasta tu muerte.

Se levantó, dio media vuelta y salió corriendo. Miré a Grace, no sabía cuánto tiempo tenía antes de que despertara, empuñé con nervio mi colgante.

—*¿Noah, estás ahí? Di que sí, por favor, di que sí...*

—*¡Alison! Estaba muerto de miedo por no saber nada de ti en tanto rato.*

Solté un grito de dolor tan fuerte que hasta las palomas que anidaban ahí salieron volando. Oí en mi cabeza como aguantó la respiración y la soltó de golpe.

—*¿Es el bebé? Oh, Dios mío, respira hondo y suelta el aire lentamente. Alison, háblame, dime algo, por favor...*

—*Cálmate, Noah, solo ha sido una contracción. Escúchame con atención, no sé cuánto tiempo me queda, estoy en la capilla que hay abandonada al final de calle principal de Denver... ¿Noah, sigues ahí?*

No oía nada. Volví a mirar a Grace, seguía inconsciente.

—*¿Has estado al otro lado de la ciudad todo este tiempo? No te muevas, ya vamos para allá.*

Que gracia me hizo eso, me entraron unas ganas terribles de empujar, hice una mueca de dolor.

—*Ahora no, aún no, por favor...*

—*¿Alison, qué pasa?* —me preguntó nervioso

—*Las cosas van más rápidas de lo que creí, está a punto de llegar nuestro hijo... ¡Noah, corre!*

Dios, cómo dolía, era como si algo me desgarrara por dentro, apreté la mandíbula y rechiné los dientes. En eso oí protestar a Grace, la miré, aun tenía los ojos cerrados, pero sus parpados temblaban, signo inconfundible que no tardaría de volver en sí. Me asusté, mi corazón se aceleró, miré al cuadro de Eleonor con lágrimas en los ojos.

—*Sabes que siempre te amaré ¿verdad?* —pregunté con el eco de mi voz, rota de dolor.

—*Alison...también te amo eres mi razón de ser. Aguanta, falta poco, ya casi llego...*

En su voz pude comprobar que sentía lo mismo que yo.

—*Ya no hay tiempo, está ya abriendo los ojos.*

No dejé de mirarle a la cara, me aferré a mi colgante con desesperación, sollozando y seguí.

—*Gracias por todo el amor que me has dado, lo llevaré siempre dentro de mi corazón.*

Ahora sentí las lágrimas caer por mis mejillas calientes, me nublaban la vista.

—*Te amo, te amo, te amo para siempre Noah Jefferson.*

Y sin pensarlo más, temiendo por mi hijo, acerqué mi otra mano vacilante al colgante de Eleonor.

Apenas lo toqué que una luz blanca cegadora llenó toda la capilla; un trueno sonó muy fuerte, igual que la primera vez, cerré mis ojos con fuerza y me dejé llevar a través del túnel del tiempo, alcancé a escuchar su maravillosa voz por última vez como un murmullo, antes de que me llevara la oscuridad.

—*Juro que encontraré la manera de volver a ti, mi Alison... ¡Te buscaré por la eternidad! ¡Te amo!*

EPÍLOGO

Me desperté empapada de sudor, aterrorizada otra vez, siempre tenía la misma pesadilla en donde aparecía Grace y me arrebatava a mi bebé. Miré a mi alrededor con nerviosismo y reconocí mi habitación. Automáticamente mis ojos fueron a parar a la cuna que estaba a mi lado. Suspiré aliviada cuando vi dormir tan tranquilamente a mi hija.

Sí, fue para mi gran sorpresa, una niña. Ayleen. Era preciosa con su carita de ángel, se la veía sonreír en su sueño; su brillante pelo de color rojizo oscuro caía libre en rizos perfectos alrededor de su rostro, formando una aureola. Se me anegaron los ojos de lágrimas y me apreté la boca con la mano para ahogar el llanto que me subía por la garganta. A sus dos años de edad tenía ya todo su carácter y cuando no obtenía lo que quería ponía cara de puchero con morritos, igual que Ann. Lo más impactante era cuando estaba a punto de dormirse meciéndola entre mis brazos y tarareando mi nana, me miraba con sus ojitos de un hermoso color chocolate igual que los míos, la misma forma de mirar que su padre como si leyera mis pensamientos. Lloraba en silencio la pérdida. Cuánto le echaba de menos, era una pesadilla.

Recordé con tristeza su voz aquel día, la angustia que había en ella, nuestras últimas palabras... su promesa... *"Juro que encontraré la manera de volver a ti..."* Ojalá fuera cierto que pudiera volver a mí.

El nacimiento de Ayleen ante los ojos atónitos de la gente que asistía a misa fue difícil y muy emocionante. Gracias a Dios, Dan estaba ahí para recibirme de mi inexplicable "viaje". Me contó que el día que desaparecí casi se vuelve loco, pero su abuelo le había relatado a los pocos días la extraña leyenda de una muchacha destinada a volver al pasado para así amar y ser amada y poder hacer justicia; ella regresaría muy pronto a nuestro tiempo. En el día y hora que el anciano abuelo de Dan predijo, éste se presentó en la capilla y fue testigo de todo.

Mis padres fueron otra cosa, ellos simplemente no creyeron en mi increíble historia, pensaron que fui raptada por una secta y que me lavaron el cerebro. No les culpaba, la verdad, sino fuera porque yo misma viví la historia, nunca me lo hubiera creído.

Semanas después de recuperarme del parto investigué cuál había sido el destino de mis verdugos. Las intrigas, el miedo y el sufrimiento que Grace y Owen me causaron jamás se borrarían de mi mente, menos cuando el daño estaba hecho y estaba tan lejos de una de las dos personas más valiosas de mi vida.

La biblioteca pública de Denver contaba con una hemeroteca extraordinaria, una colección de todas las ediciones del diario «Las Crónicas de Denver» estaba a disposición de los lectores; bastó con que leyera los informes de la semana en la cual regresé a mi época para enterarme que un informante anónimo había delatado el paradero de Grace. Al principio creí que dicho informante había sido Owen, pero los informes policíacos

hablan que fue una mujer quien llamó. Grace quedó con la cicatriz que le ocasioné, algo de lo cual no me arrepiento, y fue internada en un manicomio porque fue diagnosticada con locura severa, increíblemente no fue llevada a prisión por atentar contra la vida de Eleonor Jefferson ya que hasta las reclusas corrían peligro con semejante chiflada. En cambio, Owen si tuvo de destino la cárcel; no solo por apuñalar a Noah en nuestra salida a la ópera, sino también por cómplice en mi secuestro. Él se entregó a las autoridades y desde el principio dio un giro radical a su vida, se entregó a la religión, seguramente para borrar todos los actos cometidos en contra de Eleonor y de mí o simplemente, como el cobarde que era, para que la maldición desapareciera.

De mí, o mejor dicho, de Eleonor, no se decía prácticamente nada, simplemente que después de ser rescatada, cosa que era mentira, se exilió en un país europeo. No quise seguir enterándome de lo que pudo ocurrirles a los Jefferson y a mi amado Noah. Pese al paso del tiempo, los recuerdos aún eran hermosos... y dolorosos por su ausencia.

—¡Mami! —oí que me llamaba mi hija.

Giré mi cara a ver a mi hija ya despierta, me miraba seria. Levantó sus manitas en mi dirección para que la cogiera, la atrapé con ternura y la apreté con dulzura contra mi cuerpo. Buscó mi mirada y preguntó:

—¿Mami llora?

A su corta edad era una niña muy avanzada y muy inteligente, no se le escapaba nada.

—No, cariño, mami esta feliz porque tiene a la niña mas hermosa del mundo —le contesté sonriendo, me devolvió la sonrisa enseñándome sus perfectos dientes de leche.

Tomé aliento y continué:

—Ayleen, hoy vamos a ir a un lugar muy especial —me miró con mucha atención—, vamos a ir a la casa de tu papá.

Me moría de ganas de que viera el cuadro de Noah. Le conté desde muy pequeña todo de su padre y que él, allá donde estuviera, la amaba tanto como yo. Asintió con su cabeza, sus ojos brillaban de una manera muy especial.

Anteriormente no pude, en ningún momento, acercarme lo bastante a la mansión sin sufrir un ataque de ansiedad, pero hoy estaba decidida a ir por mi hija para que ella viera donde vivió su padre.

Después de comer la subí al coche, la acomodé en su silla pasándole el cinturón de seguridad, se veía hermosa con su vestido rosa, su preferido. Yo vestía unos vaqueros negros ajustados y una blusa de seda azul, acompañado de unos zapatos de tacón medianos negros. Debía ser práctica con lo que usaba, con una niña en crecimiento, dispuesta a explorar el mundo y a correr en cualquier momento, no podía darme el lujo de ir montada en tacones de diez centímetros que me impedían movilidad y correr

ultraveloz. Mi pulso se aceleraba cada vez más a medida que me acercaba a la mansión. Apreté la mandíbula con fuerza... *¡hazlo por ella, sé fuerte!*, me animé.

Cuando llegamos las verjas estaban abiertas, "*curioso*" pensé, era como si me esperaban.

Detuve el coche frente a la puerta principal y bajé del coche, saqué a mi hija, ella miraba con gran curiosidad todo a su alrededor. Di la vuelta a la casa y entré por el pasadizo de la torre, aquel que una vez nos ayudó a Noah y a mí a no ser "vistos".

Me entraron ganas de llorar, pero me aguanté, quería que fuera un día especial para Ayleen. No quería recorrer el pasillo de las habitaciones sintiendo que no lo soportaría, dado que el último recuerdo de este no era bueno; bajé por las escaleras de servicio con mi hija en brazos, llegando a la cocina. Todo estaba intacto tal cual lo recordaba, como congelado en el tiempo, casi podía oler a pan recién hecho por Margaret... decidí seguir a través del hall y fui al salón, busqué con la mirada aquel cuadro, pero no estaba. Me di media vuelta y fui a la biblioteca. Nada tampoco.

Qué raro, ¿dónde lo pondrían? me pregunté y se me ocurrió que quizás estuviera en el ático, mi hija no abrió la boca en todo el rato.

Cuando llegué y entré, dejé escapar un pequeño grito de sorpresa, haciendo que mi hija se sobresaltara en mis brazos para luego seguir mi mirada. Allí frente a mí, colgado en la pared, no estaba el cuadro que yo esperaba encontrar. Era muy distinto, se veía a Noah sentado bajo el árbol cerca de nuestro río, entre sus brazos estaba yo asentada, no Eleonor, sino yo, nos mirábamos con amor y ternura, su hermosa sonrisa torcida me derritió el corazón y unas lágrimas corrieron por mis mejillas.

—Ayleen —ella me miró y yo le señalé a su padre en el cuadro. —Él es tu papá —dije con emoción.

Vi por sus ojos pasar todo tipo de agitación, luego me volvió a mirar y negó con la cabeza mirando a su vez por encima de mi hombro y señalando con su dedo.

—¡Ahí... papá! —exclamó ante mi sorpresa.

Aun era muy pequeña para comprender. Gimoteó con impaciencia y la deposité en el suelo, me quedé ahí parada frente al cuadro y apreté mi colgante como la hacía siempre que sentía la necesidad de tranquilizarme.

Oí como salido de la nada su hermosa voz en mi cabeza, "*Alison*" Otra vez mi cabeza que imaginaba su voz. Cerré los ojos con fuerza y sacudí la cabeza para no volverme loca... "*Sigues igual de hermosa, amor*", ya está, me había vuelto loca como una cabra.

—Alison, abre los ojos.

Di un respingo al oír su voz tan cerca, era tan real que casi podía pensar que estaba ante mí, mi corazón se aceleró de pronto al oler un aroma demasiado familiar, como a luz, sol

y a miel...

Y entonces sentí en mis labios el roce de una caricia, me puse a temblar, no quería creer que... No podía ser cierto ¿o sí? Abrí mis ojos y me encontré con su maravillosa mirada de jade, aquella que extrañaba y añoraba tanto.

—¿Eres tú de verdad? —dije con la voz temblando.

—Sí, amor... te dije que no te librarías de mí tan fácilmente — me recordó y me eché a llorar.

Nos miramos los dos con emoción y sin esperar más acortamos la distancia para abrazarnos con fuerza y juntamos nuestros labios con desespero. Me empezó a dar vueltas la cabeza, era una sensación increíblemente extraña poderlo sentir entre mis brazos otra vez... Me dejé llevar por su ardiente beso hasta que una pequeña voz nos interrumpió.

—¡Mami!

Me angustié y me alejé un poco de él, pero sin soltarme de su agarre y vi a mi hija mirarme con una extraña y exquisita sonrisa traviesa, le abrí mis brazos y esta se alojó en ellos. Noah la miraba fascinado y yo estaba feliz, miré a Ayleen a los ojos.

—Tenías razón, mi niña hermosa, aquí está tu papá.

Ella buscó su mirada, le miró detalladamente y sin previo aviso le abrió sus brazos y le sonrió, Noah la cogió en brazos y deposito un tierno beso en su frente.

—Hola, mi princesa, me alegro conocerte al fin —dijo con ternura.

—Mi papá —contestó ella sonriendo.

A nuestras espaldas oímos un "Oh" general, me volví y descubrí con emoción a toda la familia, era extraño mirarlos vestidos con trajes de mi época, y no de los años cuarenta. Nos miraban con gran ternura y sonrisas de ojera a oreja.

Ann se echó a mi cuello literalmente y todos rieron a carcajadas. Después de un rato de abrazos y lágrimas de felicidad contemplé con recelo a mi familia... Mis ojos seguían derramando lágrimas de verles a todos, no podía creer en la suerte que tenía.

—Yo descubrí al que te envenenó, Alison —soltó Thomas con euforia, algo completamente fuera del lugar para el momento.

—¿Ah?

— Yo sigo pensando que fue cuestión de suerte, replico Jeffrey.

—¿Cómo...?

—Cuando estuviste secuestrada, Thomas encontró en el mismo pasadizo por el que hace unos minutos ingresaste, una prenda de hombre... de alguien a quién conocíamos —me contó Cedric.

—¿Quién era? —pregunté, aunque sospechaba la respuesta.

—Owen —contestó Margaret.

—El tiene un gusto bastante "particular" para vestir —dijo Ann—. Puedo asegurar que es vestido por el enemigo.

—Sospechamos, no, estamos seguros, que Owen ingresó por el pasadizo y en un descuido por mi parte, en un momento en que pude salir de la cocina, aprovechó para verter el veneno en el plato especial que te estaba preparando —me informó Ashley.

—Nunca estuvieron de viaje en París —afirmé.

—Jamás —confirmó Noah.

Sentí sus brazos rodearme la cintura y ahí me perdí en sus hermosos ojos. En un instante desapareció el resto de la familia, dándonos la privacidad que Noah, mi hija y yo necesitábamos. Por un instante me pregunté qué tanto se habían adaptado al modernismo de este nuevo siglo.

—Te dije que encontraría la manera de volver a ti —murmuro contra mi boca dulcemente.

Le sonreí, mirándolo con amor. Verlo allí, con nuestra hija en sus brazos... era la imagen más hermosa que podría atesorar jamás.

—Te he dicho alguna vez que... ¿te quiero? —le pregunté juguetonamente.

Me echó una mirada traviesa.

—No desde hace más de setenta años, o algo así...

—Te quiero.

—Y yo también a ti, Alison.

—A propósito, ¿que querías decir con lo de que me perdonarás algún día?

—Supongo que es porque entonces no adiviné como llegar hasta ti y por eso fue que te pedía perdón, casi pasa lo mismo otra vez...

Me enseñó el colgante de Eleonor, comprendí que viajaron a esta época gracias a el.

—No hay nada que perdonar, porque estás aquí ahora para siempre y eso es lo que cuenta.

Sabía que a partir de ahora nada podría separarnos jamás, porque a pesar de todos los obstáculos vividos, nuestro amor pudo vencer la muerte, sobrevivió a través del tiempo, y nos volvió a unir.

Ahora me di cuenta que fuimos más fuertes que el destino.

No se pierdan la mágica historia de amor de Noah y Alison en *Amor, recuérdame*, segundo libro de la trilogía «Ámame ahora y siempre.»

Extracto de Amor, recuérdame:

—Alison, ¡despierta!

Quise contestar, pero la voz no me salía.

—¡Abre los ojos, mi amor! Mírame...

La voz de un ángel quería sacarme de esta dulce oscuridad.

¿Por qué no me dejaba tranquila? Me sentía tan cansada.

—¡Alison! —llamó de nuevo la maravillosa voz.

Intenté mover la cabeza un poco. Un dolor agudo atravesó mi cabeza de repente, me quedé quieta y con la respiración entrecortada.

—Dan... —se me escapó entre gemido y gemido de dolor, sin saber por qué.

Era un milagro que hubiera podido hablar.

—Daniel —repetí bajito.

Abrí mis ojos lentamente y allí delante de mí había un hombre muy guapo. Su cara estaba tan cerca de la mía que sólo podía ver sus hermosos ojos de un precioso verde. En su mirada se leía preocupación.

—¿De qué Daniel hablas? —preguntó el hombre, fui incapaz de contestarle.

Un nuevo dolor agudo me traspasó de nuevo como un rayo el cráneo, quise levantar una mano a mi cabeza pero el hombre guapo me la cogió y la apretó con suavidad entre las suyas.

—Estás herida en la cabeza y tu frente esta vendada. No te preocupes, todo va a ir bien, amor. Estás fuera de peligro.

¿Amor? ¿Y de qué peligro hablaba él? Por mucho que intenté pensar, mi memoria estaba muda. Nada, no recordaba nada. ¿Cómo me llamaba? ¿Y quién es ese hombre que me llamaba amor? Me sentí frustrada. Le miré con más atención, su cara no me sonaba, estaba segura.

—¿Quién es usted? —pregunté, esas tres palabras bastaron para cerrarme los ojos de cansancio.

—Soy Noah Jefferson —me contestó el hombre con una voz llena de sufrimiento—. Soy tu marido.

Intenté protestar, pero mis labios estaban sellados.

¡No estoy casada! Quise gritarle.